



HERMES TAVERA-BUENO

PROBADOS

VIDAS
CONFRONTADAS
CON VALORES
ETERNOS



IADPA

PROBADOS
VIDAS CONFRONTADAS CON VALORES ETERNOS



IADPA

Inter-American Division Publishing Association®

2905 NW 87 Ave. Doral, Florida 33172 EE. UU.

tel. +1 305 599 0037 - mail@iadpa.org - www.iadpa.org

Presidente: **Saúl Andrés Ortiz**

Vicepresidente de Producción: **Daniel Medina**

Vicepresidenta de Mercadeo y Ventas: **Ana L. Rodríguez**

Vicepresidente de Finanzas: **Moise Javier Domínguez**

Dirección editorial

J. Vladimír Polanco

Revisión final

Andrés Jiménez

Diseño de interior, diagramación y portada

Kathy Hernández de Polanco

Copyright © 2023

Inter-American Division Publishing Association®

ISBN: 978-1-78665-757-2

ISBN 978-628-95779-3-8 Colombia

Impresión y encuadernación: **Editorial Nomos S. A.**

Impreso en Colombia / *Printed in Colombia*

1ª edición: noviembre 2023

Procedencia de las imágenes: IStock, Shutterstock

Está prohibida y penada, por las leyes internacionales de protección de la propiedad intelectual, la traducción y la reproducción o transmisión, total o parcial, de esta obra (texto, imágenes, diseño y diagramación); ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia, en audio o por cualquier otro medio, sin el permiso previo y por escrito de los editores.

Salvo indicación en contra, todas las traducciones bíblicas, son del autor, que además ha seguido la fraseología tradicional de la Reina Valera. También se ha usado la versión Reina-Valera, revisión de 1995: **RV95** © Sociedades Bíblicas Unidas (SBU), la revisión de 1960: **RV60** © SBU, la Reina-Valera Antigua: **RVA** © Public Domain, la Reina-Valera Actualizada: **RVA2015** © Editorial Mundo Hispano, la Biblia de las Américas: **LBLA** © The Lockman Foundation, la versión Dios Habla Hoy: **DHH** © SBU, la Traducción en Lenguaje Actual: **TLA** © SBU, la Reina-Valera Contemporánea: **RVC** © SBU, la Nueva Versión Internacional: **NVI** © Bíblica, la Nueva Traducción Viviente: **NTV** © Tyndale House Foundation, la Palabra de Dios para Todos: **PDT** © Centro Mundial de Traducción de la Biblia, la Nueva Biblia Viva: **NBV** © Bíblica, la Nueva Biblia de las Américas: **NBLA** © The Lockman Foundation, y La Palabra (España): **BLP** © Sociedad Bíblica de España, la Biblia del Jubileo 2000: **JBS** © Ransom Press International y La Palabra versión Hispanoamericana: **BLPH** © Sociedad Bíblica de España.

En las citas bíblicas, salvo indicación en contra, todos los destacados (cursivas, negritas) siempre son del autor o el editor.

Las traducciones de autores clásicos latinos y griegos (Heródoto, Ovidio, Tucídides, Diodoro Sículo y Flavio Josefo) son del autor, siguiendo el texto original de la *Loeb Classical Library* (Harvard University Press).

Las traducciones de textos ugaríticos son del autor, siguiendo el texto y sistema de citas de KTU (*Keilalphabetische Texte aus Ugarit*) presentados en Dietrich, M., O. Loretz y J. Sanmartín en *The Cuneiform Alphabetic Texts from Ugarit, Ras Ibn Hani and Other Places*. 3rd. ed. (Münster: Ugarit-Verlag, 2013).



DEDICATORIA



A mi hermano
y mejor amigo,
Próspero (Nino).
Él es un ejemplo
de lo que significa
poner los intereses
de otros por encima
de los personales.
En este caso,
he sido constantemente
el mayor beneficiado.







AGRADECIMIENTOS



QUIERO DEDICAR UNAS LÍNEAS de agradecimiento a personas clave que han contribuido a la realización de esta obra.

En primer lugar, quiero agradecer al Pr. Roberto Herrera y a la administración de la División Interamericana por brindarme la oportunidad de conectarme con su hermandad y ser parte de este proyecto. Roberto ha sido de gran ayuda, participando en largas conversaciones que han refinado el propósito de la obra. Tuve el privilegio de que mi amigo Vladimir Polanco editara el libro. Él, junto con Herrera, visualizó lo que debía ser el libro y es responsable de muchos aspectos positivos del mismo.

El Pr. Henry Beras, un amigo de larga data, adoptó este libro como su proyecto personal y fue fundamental para que se cumplieran los plazos de entrega del manuscrito. También quiero agradecer al Pr. Roberto Matos, al Pr. Andrés Jiménez, Awilda Acosta y a Emigdio Martin por su valiosa y apreciada ayuda.

Mi familia cercana (mi esposa Luz Stella y mis hijas, Stelli, Ashley y Britisha) brindaron el apoyo y estímulo que me permitieron dedicar tiempo a ser lo que soy. Stella y Stelli, además, leyeron la obra y ofrecieron sugerencias muy productivas.

Sobre todo, agradezco a Dios por el regalo de su Palabra, el don del Espíritu para comprenderla y la capacidad para compartirla con su pueblo. Si, al estudiar este material, alguien encuentra nuevas razones para servirle y adorarle, entonces se habrá cumplido el propósito por el cual escribí este libro.





CONTENIDO

Prólogo	10
1. Adán y Eva: aceptando los límites de Dios	12
2. Caín: cuando tener no es suficiente.....	26
3. Jacob: el valor de cumplirle a Dios.....	38
4. Bezaleel: dones para la edificación.....	54
5. Mujeres y espejos: el sentido de darlo todo	68
6. Acán: la maldición de lo sagrado	82



- 7. David y su ejército: buscando primero el reino 96
- 8. La viuda de Sarepta: sosteniendo el ministerio... 110
- 9. Amós: voz del pobre, voz de Dios..... 122
- 10. Jeremías: inversiones de fe 136
- 11. Hageo: ahora es el tiempo 148
- 12. Nehemías: «cien veces más»..... 164
- 13. Isaías: en la presencia de lo sagrado 178

PRÓLOGO



NOS COMPLACE ENTREGAR a la hermandad este cuarto libro de una serie de materiales que resaltan la relación existente entre la mayordomía y la espiritualidad. Las publicaciones anteriores, *Como él nos ve*, de J. Vladimir Polanco; *Aprendan de mí*, de Alejandro Bullón y Roberto Herrera; y *Dedicados a la tarea*, de Filiberto Verduzco nos han presentado una visión integral de la mayordomía cristiana y nos han enseñado cómo la mayordomía constituye un eje fundamental en nuestra búsqueda de una espiritualidad radiante y comprometida.

Ahora, con gran emoción, presentamos este nuevo libro: **PROBADOS: VIDAS CONFRONTADAS CON VALORES ETERNOS**, escrito por Hermes Tavera-Bueno. El pastor Tavera, un hombre versado en las Escrituras, analiza conceptos clave de la mayordomía y la espiritualidad tal y cómo han quedado ejemplificados en la vida de varios personajes del Antiguo Testamento. Esto hace que **PROBADOS**, a pesar de la abundante información presentada en cada uno de sus capítulos, no sea un libro árido y saturado de teoría muerta; más bien en sus páginas disfrutaremos de un soplo de aire fresco, hermosos relatos que nos mostrarán cómo la mayordomía influye en la vida diaria, en los afanes de la cotidianidad humana y cómo nos pone cara a cara con lo sagrado. Los paralelos que se establecen entre los personajes y los principales acontecimientos bíblicos aportan a esta obra una creatividad e ingeniosidad poco comunes en la literatura adventista.

El autor ha logrado que estos antiguos personajes cobren relevancia para la audiencia del siglo XXI. Nos presenta a hombres y mujeres de la Biblia que lucharon contra los mismos problemas y debilidades a los que nos enfrentamos en nuestro tiempo. Algunos fueron derrotados; otros alcanzaron victorias impresionantes; y todos nos dejan lecciones perdurables y relevantes que nos ayudarán a fortalecer nuestra relación con nuestro Señor y Salvador.



PROBADOS es un valioso ejemplo de lo expresado por el apóstol Pablo en su Carta a los Romanos: «Todo lo que antes se dijo en las Escrituras, se escribió para nuestra instrucción, para que con constancia y con el consuelo que de ellas recibimos, tengamos esperanza» (Rom. 15: 4, DHH). Su lectura nos motivará a respetar los límites que Dios ha establecido para los seres humanos, a comprender que tener no es suficiente, a reconocer la importancia de cumplir las promesas hechas a Dios, a aceptar el valor de darlo todo por el Señor; además, nos advertirá sobre la maldición que implica tocar lo sagrado y la bendición que supone buscar primero el reino de Dios. Asimismo, comprenderemos nuestra responsabilidad en el sostenimiento de la obra de Dios y en la ayuda a los más necesitados; nos impulsará a hacer inversiones de fe, a dejar de poner excusas y visualizar que este es el momento para edificar el reino de Cristo. Finalmente, veremos por qué el Señor nos recompensará cien veces más aquí y cómo permanecer en la presencia de lo sagrado.

Es nuestro mayor deseo que los administradores de las Uniones y Campos locales, los pastores y los líderes de las iglesias locales sean guiados por Dios en el establecimiento de planes y estrategias que contribuyan a que PROBADOS pueda ser de bendición para toda nuestra hermandad. Anhelamos que las iglesias, las estaciones de televisión, las emisoras radiales y nuestras redes sociales se conviertan en agentes efectivos para llevar el contenido de este libro a una cantidad incontable de personas. Que al final de la historia humana, todos los que hemos sido probados, todos los que hemos sido confrontados con los valores eternos, podamos oír las maravillosas palabras: «Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré. Entra en el gozo de tu señor» (Mat. 25: 21, RV95).

Ivelisse Herrera
Tesorerera de la División Interamericana
de los Adventistas del Séptimo Día.



Adán y Eva: aceptando los límites de Dios



Caminaré entre ustedes.
Yo seré su Dios y ustedes
serán mi pueblo
(Lev. 26: 12, NVI)



EL SOL SE RETIRABA lentamente empujado por la brisa de la tarde.¹ La frescura invitaba a descansar y dejar la mente libre de rigores. Evocaciones de intensos placeres y la suspicacia de pensamientos reprimidos la hacían divagar en la floresta. Una sonrisa sospechosa se reflejaba en las aguas que huían, mientras ella corría sin saber a dónde. Picarescas fantasías de lo «que pudiera pasar», y el recuerdo de que «no puede ser» la empujaban con fuerzas misteriosas que inconscientemente le susurraban que no podía dejar pasar otro día... porque ella sí sabía qué buscaba.

De repente ahí estaba, ante el árbol prohibido. La seducción de la fruta se hace fuerte. Un rayo del sol penetra el santuario del bosque y alumbra su cara. Es su último momento de lucidez. «Es que Dios ha dicho que no puedo... no puedo, no puedo...».

Sufriendo la prohibición divina, sus pensamientos se le escapan y los puede oír en otra voz. Es la serpiente que habla. «¿Conque Dios os ha dicho: “No comáis de ningún árbol del huerto”?» (Gén. 3: 1). La mujer es sorprendida y no sabe si es por oír al animal hablar, o porque este adivina sus dudas. El inicio del diálogo con «conque...» (en hebreo *eph qi*) sugiere que la serpiente está citando el «pensamiento secreto»

de la mujer,² o, de acuerdo con Elena G. de White, era el «eco de sus pensamientos».³ De repente un miedo la posee al sospechar que está ante un enemigo.⁴ Pero la mujer no huye en temor de Dios, y enmascara la curiosidad maliciosa con pretender defenderlo: «Podemos comer del fruto de todos los árboles —respondió la mujer—. Pero en cuanto al fruto del árbol que está en medio del jardín, Dios nos ha dicho: “No coman de ese árbol ni lo toquen; de lo contrario, morirán”» (Gén. 3: 2, 3, NVI).

La serpiente no capitula ante la corrección de la mujer y le replica con toda la convicción de quien aparenta saber lo que dice: «¡No es cierto, no van a morir!». Y antes de que la mujer se diera cuenta de la implicación de lo que ha oído, la serpiente le asegura que Dios no es el que ella hasta ahora ha conocido. Todo lo contrario. «Dios sabe muy bien que cuando coman de ese árbol se les abrirán los ojos y llegarán a ser como Dios, conocedores del bien y del mal» (Gén. 3: 4, 5, NVI).

La serpiente guarda silencio y se retrae como esperando una reacción. No necesita decir nada más pues la imaginación de la mujer está sustituyendo sus palabras. Muy adentro de su alma la mujer le cree a la serpiente y, al hacerse parte de la conspiración, sus sentidos cambian de repente y le hacen ver que el fruto prohibido «era bueno para comer, y que era atractivo a la vista y era deseable para adquirir sabiduría» (Gén. 3: 6, NVI). Se acerca al fruto, lo arranca nerviosamente y come de él con compulsión. En ese momento entra en escena su esposo. Ella le ofrece y él come sin resistencia. Ahora les tocaba esperar y desear que las palabras de la serpiente fueran ciertas. De repente, horrorizados, caen en cuenta que lo que les hizo ver el fruto hermoso ahora los hace verse detestables, y se esconden del Señor y de ellos mismos. Solo el temor es más grande que la vergüenza.

Y TODOS PECARON

Esta historia cruza los siglos, es imposible olvidarla, puesto que la vivimos diariamente en otros jardines, pero con la misma serpiente. La caída de Adán es la caída de todos. Todos, como ellos, pecamos y a todos nos echaron del Edén. Cada día el tentador prepara nuevos ataques contra Dios y su Palabra. Pone en duda, tergiversa y contradice abiertamente lo que Dios ha dicho. Y nosotros, como ellos, seguimos acercán-

donos a la serpiente, entrando en diálogo con la tentación, adoptando las palabras del enemigo, viendo la prohibición exagerada, nos hacemos parte en la conspiración y caemos en pecado.

A nuestros sentidos pervertidos, el pecado le sigue pareciendo interesante, bueno y agradable. Lo que Dios ha prohibido se nos da como la clave para nuestro ascenso. Cada día la fidelidad es sacrificada, en nombre de la superación personal, en el altar del placer.

LOS ECHÓ DE SU PRESENCIA

Los antiguos lectores de la Biblia veían en la historia de los primeros padres una parábola de la historia de Israel, su propia historia.⁵ Así como el mundo fue declarado, al salir de las manos de Dios, «bueno» (Gén. 1: 4, 10, 12, 18, 21) o «muy bueno» (Gén. 1: 31, NVI), la tierra prometida a Israel es llamada «una tierra buena» (Deut. 1: 25, 35; 3: 25; 4: 21, 22; 6: 18; 8: 7, 10; 9: 6; 11: 17).

Al principio de la creación no existía la lluvia como la conocemos hoy (Gén. 2: 5), pero «subía de la tierra un manantial⁶ que regaba toda la superficie» (Gén. 2: 6, BLPH). Este manantial salía del océano subterráneo que la Biblia llama «abismo» (*tehom*, Gén. 1: 2) o «gran abismo» (*tehom rabah*, Gén. 7: 11). Como el mundo al principio, la tierra prometida era una «tierra de arroyos de agua, de manantiales y de fuentes del abismo (*tehomot*) que brotan por vegas y montes» (Deut. 8: 7, RVA).

Como Edén, la tierra prometida a Israel era un lugar especial en el mundo. Esta era una tierra «buena y amplia» (Éxo. 3: 8, RVA15), «tierra de trigo y cebada, de vides, higueras y granados; tierra de olivos, de aceite y de miel; tierra en la cual no comerás el pan con escasez, y donde no te faltará nada» (Deut. 8: 8, 9, RV95). Es que Israel, como el huerto del Edén, fue plantado (*nata'*) por el mismo Dios (ver Gén. 2: 9; 2 Sam. 7: 10; 1 Crón. 17: 9).

Después de crearlo, Dios «tomó» (*laqah*) al hombre «puso» (*he-niha*) en el huerto (Gén. 2: 15). De la misma manera, el Señor tomó (*laqah*) a Israel de Egipto (Deut. 4: 20; cf. Jos. 24: 3) de «en medio de otra nación» (Deut. 4: 34) y lo colocó en la tierra de Canaán. Es interesante saber que la forma del verbo «puso» es usada por Moisés para describir la acción de Dios de «hacer reposar» a su pueblo en la tierra (Éxo. 33: 14; Deut. 3: 20; 12: 10; 25: 19).



Esta historia cruza los siglos, es imposible olvidarla, puesto que la vivimos diariamente en otros jardines, pero con la misma serpiente.

Al parecer Dios acostumbraba a «caminar» (*haleka*) en el jardín (Gén. 3: 8). Y se propuso lo mismo con Israel: «Caminaré entre ustedes. Yo seré su Dios y ustedes serán mi pueblo» (Lev. 26: 12, NVI). «Porque el Señor tu Dios anda en medio de tu campamento» (Deut. 23:14, NBLA). Una vez en el huerto, Dios le dice al hombre que «de todo árbol del huerto podrás comer» (Gén. 2: 16). Esto es una invitación a disfrutar el jardín. «Podrás comer» es también la expresión mosaica para instar al pueblo a gozarse en la tierra prometida (Deut. 12: 15, 18, 20, 21, 27) y alegrarse «delante de Jehová, vuestro Dios» (12: 12, RV95).

Aludiendo al árbol del conocimiento del bien y del mal, Dios dijo: «No comerás» (Gén. 2: 17). Esta expresión está en el mismo tiempo y modo verbal en que fueron dados los Diez Mandamientos de Éxodo 20. Es como si Israel en Canaán estuviera bajo la misma prueba que el hombre y la mujer tuvieron en el jardín. La amenaza de muerte si el hombre pecaba se hace paralela a las maldiciones que vendrían sobre Israel si violaba el pacto: «Vendrán sobre ti todas estas maldiciones, te perseguirán y te alcanzarán hasta que perezcas; por cuanto no habrás atendido a la voz de Jehová, tu Dios, para guardar los mandamientos y los estatutos que él te mandó» (Deut. 28: 45, RV95).

Tristemente, Israel, como nuestros primeros padres, falló la prueba. Por esta razón es que la “historia primaria” de Israel termina en 2 Reyes 24: 18 — 25: 26 con el exilio en Babilonia, así como Adán y Eva quedaron fuera del Edén.

Un árbol que prolongaba la vida (Gén. 2: 9; 3: 22) y otro árbol llevaba a la muerte (Gén. 2: 17) fueron las opciones para Adán. Ellos decidieron la muerte y perecieron fuera del Edén. Para Israel las opciones fueron las mismas. «He puesto delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición; escoge, pues, la vida, para que vivas tú y tu descendencia, amando a Jehová, tu Dios, atendiendo a su voz y siguiéndolo a él, pues él es tu vida, así como *la prolongación de tus días*, a fin de que habites sobre la tierra» (Deut. 30: 19, 20, RVA).

Israel, como nuestros padres en el huerto, decidió el camino de la desobediencia y la muerte. Dios expulsó al hombre del jardín (Gén. 3: 23, 24). En las palabras de Pablo, Adán y Eva fueron «destituidos de la gloria de Dios» (Rom. 3: 23). Así termina también la “historia primaria” de Israel: «Vino, pues, la ira de Jehová contra Jerusalén y Judá, hasta que *los echó de su presencia*» (2 Rey. 24: 20, RV95).

El huerto estaba diseñado para que, a través de Adán, las bendiciones divinas llenaran toda la tierra (Gén 2: 10-15). Sin embargo, tras su torpe accionar, no son las bendiciones del Señor, sino el pecado de Adán lo que ha alcanzado a toda la humanidad. La tierra fue maldita (Gén. 3: 17; cf. Rom. 5: 12, 18, 19).

Así mismo Israel, quien fue llamado a «ser bendición» para «todas las familias de la tierra» (Gén. 12: 2, 3); pero, por su apostasía, el nombre Dios fue «profanado entre las naciones» (Eze. 36: 23). «Y la tierra fue profanada por sus moradores, porque traspasaron las leyes, falsearon el derecho, quebrantaron el pacto eterno. Por esta causa la maldición consumió la tierra y sus moradores fueron asolados» (Isa. 24: 5, 6, RVA).

REYES REBELDES

A nuestros primeros padres le fueron dados privilegios reales. Dios les dio autoridad para «dominar»⁷ la tierra, incluyendo las bestias.⁸ Hablando del hombre al principio de la creación, Salmo 8 declara: «*Lo coronaste de gloria y de honra. Lo hiciste señorear sobre las obras de tus manos; todo lo pusiste debajo de sus pies*» (Sal. 8: 5, 6. RVA) incluyendo «los animales del campo» (vers. 7).

Que el hombre y la mujer son presentados como realeza en Génesis es confirmado por el hecho de que son colocados en un jardín

(Gén. 2: 8). En la Biblia Hebrea, la palabra «jardín» (*gan*), cuando describe a un lugar específico concreto que no es el «jardín de Dios» se refiere, por lo general, a la propiedad de los reyes (2 Rey. 21: 18, 26; 25: 4; Neh. 3: 15; Jer. 39: 4; 52: 7).⁹

Incluso el conocimiento del bien y del mal (Gén. 3: 22) era relacionado en el Israel antiguo con el conocimiento sobrenatural que poseían los reyes. Una mujer le dice a David «mi señor, el rey, es como un ángel de Dios *para discernir entre lo bueno y lo malo*» (2 Sam. 14: 17).

En el mundo bíblico era conocido el concepto de un rey vasallo, o un rey con poderes limitados sobre un territorio, y que dependía de un rey más grande (el gran rey) que le daba autoridad (ver 2 Rey. 24: 1). Dios es presentado en Génesis como «el gran rey» que otorga autoridad al hombre, su «rey vasallo» en la tierra.

Génesis 2: 8 dice que Dios «puso» (heb. *sym*) al hombre en el jardín. Este verbo es el mismo que se usa para decir que Dios ha «puesto» a alguien como rey sobre su pueblo (1 Rey. 10: 9; Sal. 18: 43). El hombre como vasallo de Dios, ejerce su autoridad solo bajo la autoridad de Dios. El hombre es rey solo en la medida que Dios es el «gran rey». Su autoridad es limitada y derivada.

La historia de Israel se centra también en la vida de sus reyes. La Biblia no se enfoca en sus hazañas bélicas, políticas o su contribución a la civilización universal. A los escritores bíblicos lo que les interesa es mostrar si estos reyes fueron fieles y obedientes al encargo divino. De cada uno se dice que «hizo lo bueno» (1 Rey. 15: 11) o «hizo lo malo ante los ojos de Jehová» (1 Rey. 11: 6); aunque estos últimos fueron la mayoría (1 Rey. 14: 9, 22; 15: 3, 26, 34, etc.).

La Biblia se enfoca en los reyes porque estos actuaban como representantes del pueblo. Sus acciones tenían un sentido colectivo. Por eso muchos de los salmos son dirigidos al rey o puestos en boca del rey. El pueblo es bendecido cuando el rey es bendecido, y el pueblo está en problemas cuando el rey es atribulado. 2 Samuel 24 muestra cómo, a pesar de que fue David quien pecó (24: 10), Jehová envió una epidemia a Israel (vers. 15). El mismo David le dice a Dios: «Yo pequé, yo hice lo malo; ¿qué hicieron estas ovejas? Te ruego que tu mano se vuelva contra mí y contra la casa de mi pa-

dre» (vers. 17, RV95). Desde esa óptica, el pecado de nuestros primeros padres, como reyes de la tierra, afectó a toda la humanidad.

Los últimos reyes de Judá también fueron reyes vasallos (2 Rey. 24: 1, 17; 25: 22) que se rebelaron (2 Rey. 24: 20) y violaron su pacto con el rey de Babilonia (Eze. 17: 15, 18). «Nabucodonosor, rey de Babilonia, subió en campaña, y Joacim se convirtió en su siervo por tres años, pero luego volvió a rebelarse contra él» (2 Rey. 24: 1, RV95).

El pecado en Génesis, entonces, es presentado como una rebelión contra Dios, un acto mediante el cual se procura sustituir la autoridad divina, una violación del pacto y una usurpación de las funciones de Dios.

SACERDOTES APÓSTATAS

Muchos detalles en la historia del Edén indican que este era una especie de santuario. Su orientación hacia el este (Gén. 3: 24; Éxo. 27: 13, 14) y la presencia de querubines protegiéndolo a todos lados (Gén. 3: 24; Éxo. 26: 1, 31) son tan solo algunas indicaciones. En ese sentido Adán y Eva son presentados como sacerdotes ministrando a Dios en el jardín. Cuando Dios le dice al hombre que debe «trabajar» (*‘obad*) y «cuidar» (*samar*) el huerto (Gén. 2: 15) usa las mismas palabras que describen a los que ministran en el tabernáculo (Núm. 1: 53; 4: 39, 43, 47; 8: 25, 26).

Vistos como sacerdotes, el pecado de los hombres se hace más grave. No se conformaron con estar cerca de Dios y ser mediadores de sus bendiciones, sino que quisieron «ser como dioses» y convertirse en el fin último de adoración, sin dependencia de nadie. El pecado de Adán se repite cada vez que robamos a Dios su gloria, cuando nos colocamos en el centro del escenario, cuando somos el foco de atención y cuando vivimos para nosotros mismos.

PARA ALCANZAR SABIDURÍA

Creo que es tiempo de responder una pregunta que está en muchas mentes: ¿en qué consistió el pecado que trajo tantas malas consecuencias a la humanidad? ¿Qué acción tan horrenda fue haber comido del fruto prohibido?

Hasta ahora hemos relacionado la historia del jardín con el santuario y los sacerdotes, como aparece en el Pentateuco, o con la historia de Israel o de sus reyes, como aparece en los libros históricos y proféticos. Pero existen buenas razones para tratar de entender la historia de los orígenes a la luz de la tradición sapiencial de Israel. En todo caso el árbol prohibido es un árbol de «conocimiento» (*da'at*). La mayoría de las veces en la que aparece esta palabra en el Antiguo Testamento es en libros que se relacionan con la obtención de sabiduría.¹⁰

La serpiente dijo a la mujer que sus ojos «serán abiertos» (Gén. 3: 5), una acción que en la Biblia tiene que ver con la adquisición de percepción y conocimiento sobrenaturales (2 Rey. 6: 17; Sal. 119: 18). La mujer tomó el fruto porque pensó que el árbol era apropiado para llegar a ser más sabio (Gén. 3: 6). Por otro lado, el «árbol de vida» es un símbolo de la sabiduría que proviene de Dios (Prov. 3: 18; 11: 30; 13: 12; 15: 4). La historia de la caída en el jardín es la historia del rechazo del hombre de la sabiduría divina para adquirir un conocimiento prohibido.

¿QUÉ ES SABIDURÍA?

Para entender la trama en Edén debemos descubrir el concepto bíblico de sabiduría. Para eso sugiero que olvidemos por un momento el libro de Génesis y nos traslademos al libro de Job. Te pido que ahora dejes este libro y dediques unos minutos a leer el capítulo 28. *[Por favor no sigas sin leer Job 28. Hay una bendición que espera por ti en esos versos. Si puedes, te recomiendo que lo leas más de una vez].*

Los versos 1-11 nos hablan del poder del hombre para extraer de la tierra no solo pan por la agricultura (vers. 5), sino todo tipo de riquezas: plata, oro (vers. 1), hierro, cobre (vers. 2) y piedras preciosas (vers. 6). El hombre tiene el poder de manipular la naturaleza para su provecho (vers. 9-11) y penetrar a lo más profundo de la tierra (vers. 3-4).

A pesar de todo el poder y conocimiento del hombre, este no puede encontrar sabiduría. El autor se pregunta: «¿Dónde se halla la sabiduría? ¿Dónde se encuentra el lugar de la inteligencia?» (Job 28: 12).

Los versos 13-19 nos dicen que los hombres no conocen el valor de la sabiduría (vers. 13) y por lo tanto esta no puede ser comprada ni con oro y ónix, ni con cristales y perlas, ni con zafiro y topacio. No

hay nada que pueda igualar su valor (vers. 15, 16). La razón por la que los hombres no la pueden encontrar en este mundo (vers. 14) es porque «no se halla en la tierra de los seres vivientes» (vers. 13).

Entonces el poeta inspirado se vuelve a preguntar: «¿De dónde, pues, procede la sabiduría y dónde se encuentra el lugar de la inteligencia?» (vers. 20, RV95). El hecho de que estas preguntas se repiten formando las columnas del poema, muestra que este es el tema de estos versos. ¿Qué es sabiduría? ¿Dónde puede ser hallada?

Los versos finales nos responden (vers. 21-28). La sabiduría está «¡encubierta [...] a los ojos de todo viviente!» (vers. 21, RV95) y «Dios es quien conoce el camino de ella» (vers. 23). Los hombres no tienen el poder de descubrirla, por lo que solo puede ser recibida por revelación (vers. 27).

¿En qué consiste esta sabiduría oculta, la sabiduría revelada de Dios? Los versos 24-26 nos dicen que esa sabiduría es la forma en la que Dios dirige todo lo que está «bajo de los cielos» (vers. 24). «Al darle peso al viento y fijar la medida de las aguas; al darle ley a la lluvia y camino al relámpago de los truenos» (vers. 25, 26, RV95). Dios determinó «la medida de las aguas», dio órdenes a la lluvia, al trueno y al relámpago. Por boca de Jeremías, Dios nos manda a contemplar las olas: «Aunque se levanten tempestades, no podrán rebasar esos límites; aunque bramen las olas, no pasarán de allí» (Jer. 5: 22, RVC). Si las olas obedecen mi palabra, «¿no van a tener temor de mí?», nos pregunta el Señor. «¿No van a temblar en mi presencia? ¿Ante mí, que con arena le puse límites al mar?» (vers. 22, RVC).

El poema de Job culmina diciendo que Dios no solo manifestó la sabiduría en la creación, sino que la declaró directamente a los mortales: «Ya entonces la vio él y la puso de manifiesto, la preparó y también la escudriñó. Y dijo al hombre: “*El temor del Señor es la sabiduría*, y el apartarse del mal, la inteligencia”» (Job 28: 27, 28, RV95).

Si la sabiduría divina se revela en las reglas que rigen y sostiene todo lo creado, ser sabio es reconocer esas reglas. Si Dios revela su sabiduría estableciendo límites al hombre, *el ser sabio es aceptar los límites de Dios*. Eso es lo que significa que «el temor del Señor es el principio de la sabiduría» (Prov. 1: 7, LBLA).

SABIENDO EL BIEN Y EL MAL

Volvamos ahora al relato del Edén. Se nos hace claro que el pecado del hombre consistió en comer del «árbol del conocimiento del bien y del mal» (Gén. 2: 17; 3: 3; 6, 11, 12). Por la serpiente descubrimos que «saber el bien y el mal» es ser «como Dios» (Gén. 3: 5), hecho que es confirmado luego por Dios: «El hombre ha venido a ser como uno de nosotros, conocedor del bien y el mal» (Gén. 3: 22, RV95).

Alguien ha dicho que, aunque no sabemos qué fruto producía el árbol, estamos seguros de que por lo menos este ha generado más discusiones que frutos. Es de imaginar que existen muchas teorías y argumentos. Pero yo me quiero limitar a la que creo que es la mejor explicación de acuerdo con el texto sagrado.

Adán y Eva antes de comer del fruto, sabían distinguir entre lo que era el bien y el mal. Al menos sabían que obedecer la voz de Dios era bueno y que comer del árbol era malo. En todo caso, Dios espera que distingamos entre el bien y el mal; esto no es algo que Dios prohibiría. Quiero sugerir que el conocimiento tiene más que ver con la *determinación* de lo que es bueno o malo. La Biblia presenta el conocimiento del bien y el mal como una acción legal de ejecutar o pronunciar juicio, ejercida por personas no dependientes (no niños o muy ancianos) y que en Israel se presenta como un don sobrenatural que procede de Dios (Deut. 1: 39; 2 Sam. 13: 22; 14: 17, 20; 19: 35; 1 Rey. 3: 9, 28; Isa. 7: 15, 16).¹¹

Cuando Labán escucha las palabras y la historia de Eliezer exclama: «De Jehová ha salido esto; no podemos hablarte ni mal ni bien» (Gén. 24: 50). Es decir, Labán se retraería de su derecho a juzgar la situación y reconocía que solo Dios estaba a cargo. Otro ejemplo tiene que ver también con Labán. Este está ofendido porque Jacob huyó de la casa con sus hijas, nietos y (lo que él considera) su propiedad sin avisarle. Labán decide perseguir a Jacob, pero Dios le aparece y le dice: «Guárdate que no hables a Jacob ni bien ni mal» (Gén. 31: 24, LBLA). Dios no le está prohibiendo a Labán hablar con Jacob, sino *pronunciar juicio sobre Jacob*. Labán confiesa: «Tengo poder para hacerte daño, pero anoche el Dios de tu padre me habló, diciendo: “Guárdate de hablar nada con Jacob ni bueno ni malo”»

(vers. 29, LBLA). Aunque Labán cree *saber* lo que es *bien* y *mal*, aunque él puede actuar de acuerdo con su *conocimiento*, Dios le prohíbe actuar *de manera independiente*. Labán debe dejar que sea Dios el que *determine* lo que es bueno y lo que es malo.

Otro ejemplo lo encontramos en la historia de Balaam, cuando este se abstiene de hacer lo que quiere porque Dios se lo ha prohibido. «Aunque me dieras todo el oro y la plata que caben en tu palacio, yo no podría desobedecer las órdenes del Señor ni hacer nada bueno ni malo por mi propia cuenta» (Núm. 24: 13, DHH).

Estos textos y ejemplos muestran que el conocimiento del bien y del mal es una expresión legal (Lev. 27: 12, 14; Ecl. 12: 14), donde el que lo posee actúa determinando lo que es bueno y malo. El conocimiento del bien y del mal es *autonomía moral*.

Dios dijo que no comieran del fruto porque, él es el único que tiene el derecho de determinar lo que es bueno o malo. Al desobedecer a Dios, los hombres se colocan en el lugar de jueces determinando ellos mismo lo que es correcto o no. Es en ese sentido que el hombre al pecar «es como Dios», porque intenta usurpar la autoridad de Dios para decidir nuestras acciones (Gén. 3: 5, 22). Job 15: 7 y 8 se hace eco de la creencia de que el primer hombre (*hari'son 'adam*) de alguna manera tuvo acceso al concilio secreto de Dios (*sud 'eloah*) y usurpo (*tigra*) la sabiduría de Dios.

VIVIR CON SABIDURÍA

Si sabiduría es respetar los límites de Dios, pecado es violar esos límites. Más aun, pecado es usurpar el lugar de Dios y establecer nuestros propios límites. Cuando vivimos sin reglas, sin normas, sin controles, sin límites; cuando nuestros gustos y deseos son la razón de nuestro actuar ético, simplemente mostramos nuestra autonomía moral... y pretendemos ser como Dios, sabiendo el bien y el mal.

Cuando hay una persona que se niega a complacer sus más profundos y fuertes deseos, cuando este hace los más grandes sacrificios aún en contra de su estabilidad; cuando lo entrega todo, y lo deja todo por amor de Cristo, el universo que observa se da cuenta que invisible a sus ojos hay un principio en su corazón, un límite que respeta que es el decreto de Dios en su vida. Entonces... es declarado sabio.



REPASEMOS UN POCO

Al leer el capítulo sobre la importancia de aceptar los límites divinos, hemos iniciado nuestro viaje de trece estaciones. Tras haber echado un vistazo a los elementos más importantes de la caída de nuestros primeros padres, el autor nos ha ayudado a entender las similitudes que existen entre la experiencia de Adán y Eva y la historia del pueblo de Israel, en particular, la historia de los reyes israelitas y de los sacerdotes.

El punto central de este capítulo nos llevó a entender que **la esencia del pecado de nuestros primeros padres radicó en su deseo de llegar a ser moralmente independientes de Dios.** En otras palabras, no quisieron aceptar que solo Dios posee el derecho de determinar lo que es bueno y lo que es malo. Tanto Adán como Eva creyeron que al comer del árbol de la ciencia del bien y del mal se igualarían con Dios y alcanzarían la sabiduría necesaria para decidir qué es bueno y qué es malo. Pero como hemos visto, esa sabiduría escapa a los límites humanos, no sabemos dónde está ni cuál es su precio, porque solo Dios la posee y la ha mostrado en todos sus actos. En realidad, el Señor es el único que puede establecer los límites que nos evitarán caer en el mal. **La sabiduría consiste en respetar los límites establecidos por el Señor, sirviéndole con amor y apartándonos de todo lo que Dios diga que es malo.**

Y ahora que has leído este capítulo, te invito a contestar estas preguntas a fin de que puedas aplicar a tu propia experiencia lo que has aprendido:

1. Según el autor, ¿en qué consistió la caída de Adán y Eva?
2. De acuerdo con Job 28: 23-28, ¿por qué Dios tiene derecho a establecerles límites a los seres humanos?
3. ¿En qué sentido hoy día seguimos cometiendo el mismo pecado de Adán y Eva?
4. ¿Puedes dar algún ejemplo?
5. ¿Cómo nos ayudan los límites puestos por Dios a vivir como fieles mayordomos en el siglo XXI?

1. Génesis 3: 8 sitúa el evento en *le ruah hayyom*, «en el viento del día», o más específicamente en «el tiempo ventoso del día», es decir «la tarde» como traduce la LXX (gr. *to deilinón*).
2. André LaCoque, *The Trial of Innocence. Adam, Eve, and Yahwist* (Oregon: Cascade Books, 2006), p. 146.
3. Elena G. de White, *Patriarcas y profetas* (Doral, Florida: IADPA, 2012), p. 36.
4. Dios encomendó «guardar» y «proteger» el jardín. Esos verbos pueden sugerir la existencia de un peligro en el jardín. Compare el uso del verbo “guardar” (*shamar*) en Números 3: 28, 32, 38.
5. Los primeros nueve libros de la Biblia Hebrea son: Génesis, Éxodo, Levítico, Números, Deuteronomio, Josué, Jueces, Samuel y Reyes (el Libro de Rut pertenece a otra sección en la Biblia Hebrea). Estos libros narran una historia continua que se extiende desde el Edén hasta el exilio babilónico. A esta historia le llamaremos «la historia primaria» de la Biblia.
6. La palabra hebrea traducida como «manantial» (*‘ed*), la Reina Valera la vierte como «vapor».
7. Note, por ejemplo, 1 Reyes 4: 24 donde el verbo *radah* se usa para la extensión del reino de Salomón, la amplitud de su dominio como rey.
8. En el Antiguo Cercano Oriente y en la Biblia, el tener control de las bestias es un atributo real (Gén. 10: 9; Jer. 27: 6; Dan. 2: 38).
9. Eclesiastés 2: 5 usa la palabra relacionada *gannah*. La versión griega del Antiguo Testamento, la Septuaginta (LXX), traduce *gan* como *paradeisos*. Tanto la palabra griega *paradeisos* como la hebrea *pardes* son de origen persa. La palabra *pardes* también es usada en la Biblia para la propiedad de los reyes (Neh. 2: 8; Cant. 4: 13; Ecl. 2: 5; Est. 1: 15; 7: 7, 8).
10. La palabra aparece cerca de noventa veces en la Biblia Hebrea de las cuales 11 se ubican en Job, 7 en Eclesiastés y 40 en Proverbios.
11. W. Malcom Clark, «A legal background to the Yahwist's use of “good and evil” en Génesis 2, 3», *Journal of Biblical Literature* 88, n.º. 3 (1969), pp. 266-278.



2

Caín:
cuando tener
no es suficiente



Me engrandecí
y acumulé más
que todos los que
fueron antes de mí
(Ecle. 2: 9, RVA2015)



NO SABEMOS CÓMO LO SUPO, pero él estaba seguro de que Dios no había aceptado su ofrenda... ni lo había aceptado a él. En ese momento le pareció que todo se derrumbaba. Tal vez no estaba acostumbrado al rechazo, eso hacía más difícil admitir el hecho de que *Dios había preferido a su hermano*.

Muchos años habían pasado desde que su madre se alegró al verlo nacer.¹ Génesis 4: 1: «Adán había tenido² intimad³ con Eva su mujer; ella concibió y dio a luz a Caín. Y dijo: “de⁴ Dios he adquirido⁵ un varón”».

Dios había formado *de la tierra* al *hombre* (Gén. 2: 7). De *Adamah* (tierra) había hecho a *Adán*. Ahora, de *isha* hace un *ish*, de la *varona* crea un *varón* (Gén. 2: 22, 23; 4: 1).⁶ «Porque, así como la mujer procede del varón, también el varón nace de la mujer; pero todo procede de Dios» (1 Cor. 11: 12, RV95). Eva estaba feliz, y Caín era la razón. El «dolor» del parto había sido opacado por el gozo de traer vida (Gén. 3: 16).

Antes de la creación de Adán se anticipaba su vocación de labrador (heb. *ʿbd*) de la tierra (Gén. 2: 5). Después de ser creado, Dios explícitamente le encargó «labrar» la tierra (Gén. 2: 15), compromiso que continuó después de la caída:

«Y lo sacó Jehová del huerto de Edén, *para que labrara* (*ʿbd*) la tierra de la que fue tomado» (Gén. 3: 23).

No es de extrañar que Caín decidiera ser «labrador (*ʿbd*) de la tierra» (Gén. 4: 2). El apelativo de *ish* (*varón*) que antes se aplicaba a Adán (Gén. 2: 22, 23, etc.), ahora se aplicaba a Caín (4: 1). Como primogénito, él asume el deber y oficio de su padre. Él es ahora el nuevo «Varón» del planeta.

EL TIEMPO DE LA PRUEBA

Pasaron los años, y llegó el tiempo de traer una ofrenda a Dios. No sabemos si se celebraba el fin de la cosecha o de algún ciclo natural o religioso, el hecho es que «Caín trajo del fruto de la tierra una ofrenda a Jehová» (Gén. 4: 3, RV95). Colocó su ofrenda sobre el altar y esperó la respuesta divina.

Caín esperó... y esperó, y Dios no hizo nada. ¿Qué había ocurrido? ¿Había algo errado con su ofrenda? ¿Sería que su ofrenda no tuvo derramamiento de sangre? ¿Sería que él no dio de lo mejor de sus frutos? ¿No la ofreció en el tiempo correcto? ¿Sería que sus frutos, al provenir de la tierra que Dios maldijo, no eran adecuados? No sabemos con certeza, y tampoco sabemos si Caín alguna vez lo supo. La narración no nos provee de pistas claras y definidas. Y eso *no* es una mala noticia. La escasez de datos en el texto para responder nuestras preguntas es la prueba de que estamos formulando las preguntas equivocadas. Tendemos a centrarnos en los detalles que se resaltan *menos*; y hacemos de esos *detalles menores* el centro de toda la historia. ¿Por qué no entendemos la historia en función de lo que ella dice y no de lo que *no* dice?

EL MISTERIO DE LA ACCIÓN DIVINA

Mirando la narración como un todo, me parece que la historia de Caín tiene menos que ver con el rechazo de su ofrenda y más que con la manera en la que reaccionamos cuando nos sentimos rechazados.

Debemos recordar que Dios no miró con agrado «a Caín ni a su ofrenda» (Gén. 4: 5). Caín tuvo mucho que ver con el rechazo de su ofrenda. Un adorador que agrada a Dios nunca puede ofrecer una ofrenda

que Dios no acepte. No importa cuál sea la ofrenda, esta nunca será aceptada de las manos de un falso adorador.

Génesis resalta la predilección de Dios por el hijo menor. Desde la historia de Caín y Abel al inicio del libro (Gén. 4) hasta la historia de Manasés y Efraín al final (Gén. 48: 14, 17-19), el mensaje es claro: el «hermano menor será más grande» (Gén. 48: 19), «el mayor servirá al menor» (Gén. 25: 23). Lo dicho a Rubén se aplica a muchos primogénitos de Génesis: «No serás el principal» (Gén. 49: 4).

El hecho de que por lo menos en un caso esa predilección se expresara aún antes de los hermanos nacer (Gén. 25: 22, 23) sugiere que la razón se encuentra en *el misterio de la elección divina* y no en la conducta de los hombres.⁷ Desde una perspectiva humana el rechazo de Caín parece arbitrario, pero todo es parte de la «¡profundidad de las riquezas, de la sabiduría y del conocimiento de Dios!» (Rom. 11: 33).⁸ Esa línea de razonamiento se confirma al descubrir que Dios ni siquiera «miró» la ofrenda ni a Caín (Gén. 4: 5).⁹ ¿Estaba la elección hecha antes que las ofrendas fueran traídas?

REBELIÓN

El punto de la historia es que Caín no estaba dispuesto a aceptar la soberanía divina y su rabia interna lo hundió en la depresión (4: 5, 6).¹⁰ Caín es una bomba de tiempo. Su alma corre peligro y Dios muestra su afecto por él al hablarle como a un hijo: «¿Por qué estás enojado? ¿Por qué se ha decaído tu rostro? Si haces lo correcto, ¿no serás exaltado?»¹¹ Pero si no lo haces el pecado está a la puerta (como un animal¹²) esperando atacar. Pero tú tienes que dominarlo» (Gén. 4: 6, 7).

Caín no parece hacer caso al consejo de Dios. Intenta hablar con su hermano, pero no le salen palabras,¹³ y mientras ambos están en el campo abierto Caín lo ataca y lo mata (Gén. 4: 8). La fiera del pecado ha tomado control de Caín y este no solo está condenado a morir, sino que también es un portador de la muerte. Caín quiere imponer su elección matando al que Dios ya ha elegido.

Dios confronta a Caín: «¿Dónde está Abel, tu hermano?». Caín niega saber y desafiantemente cuestiona: «¿Soy yo el *guarda* de mi hermano?» (Gén. 4: 9). Dios había encomendado a Adán cultivar y

guardar el jardín (Gén. 2: 15). Tanto Caín como Adán se hacen labradores, pero fallan “guardando”, Adán el Edén y Caín a su hermano.

Dios asume la venganza de la muerte de Abel (Gén. 4: 10), maldice a Caín (4: 11, 12),¹⁴ pero aun así promete protegerlo (Gén. 4: 15-16). Caín no acepta la protección divina y se aleja del territorio sagrado (vers. 16) y de la presencia de Dios (vers. 14).

Caín es condenado a vivir como un «vagabundo en la tierra» (vers. 12); sin embargo, él es el primero en construir una ciudad. La construcción de la ciudad refleja la resistencia de Caín a vivir como un fugitivo (vers. 14). Él quiere estabilidad y sosiego. La ironía es que la ciudad de Caín está «en la tierra de Nod», en la tierra de los errantes (vers. 16). Aunque se esconde en el sistema urbano, su alma deambula en temor. Él quiere seguridad, pero su espíritu nunca tendrá satisfacción.

CAÍN COMO MODELO

El veredicto bíblico sobre Caín es que «sus obras eran malas», que «era del Maligno» (1 Juan 3: 12). De todos modos, yo creo que, si esta no fuera una historia sagrada con un punto de vista divino, y fuera una novela secular, el personaje de Caín de seguro se convertiría en el modelo de muchas personas. Miremos seis detalles bíblicos de la historia de Caín en Génesis 4, e imaginémoslos en cualquier otra persona:

1. Tiene poder y elimina a los que se interponen con sus planes (vers. 5, 8, 9).
2. La justicia no parece aplicar en su caso (vers. 15).
3. A pesar de eso, él cuenta con la protección divina (vers. 15).
4. Es el fundador de una ciudad, la primera ciudad en la historia (vers. 17).
5. Tiene hijos, y su descendencia pasa de la séptima generación (vers. 17-24).
6. Sus descendientes son pioneros civilizadores, domesticadores de animales, músicos y expertos en metalurgia (vers. 20-22).

Sí. Caín es un hombre de éxito, un hombre que dejó una huella en el mundo y en la historia. Pero su éxito plantea el dilema milenario del por qué los fieles sufren cuando los impíos parecen prosperar.

El autor del Salmo 73 observó atentamente a los justos e injustos del mundo y su radiografía es como si fuera la historia de Caín y Abel recontada.

Los impíos son «arrogantes» y «orgullosos» (vers. 3, 6), desafían a Dios (vers. 9) y viven como si él no existiera (vers. 11). Oprimen al débil (vers. 8) y lo tratan con violencia (vers. 6). A pesar de su maldad, prosperan (vers. 3), no sufren dolores (vers. 4), y parecen no ser afectados por los problemas comunes de la humanidad (vers. 5). Su presencia refleja éxito (vers. 7), siempre están tranquilos, aumentan sus riquezas (vers. 12), y gozan de la admiración de la gente (vers. 10).

Ante esta aparente contradicción, el justo es tentado a sentir envidia (vers. 3), pues sufre diariamente (vers. 14). Muy adentro en su corazón piensa: «¡He mantenido un corazón puro, y mis acciones han sido limpias e inocentes, y todo ha sido en vano!» (vers. 13).

Muchos hoy están siguiendo lo que la Biblia llama «el camino de Caín» (Judas 11). Sus dioses son sus sueños, la religión es superación personal y su moral es una estrategia para el éxito. Sacrifican amigos, familias y relaciones para cumplir un objetivo. Destruyen los sueños de otros y no les importa pisar a todo el mundo para colocarse en la cima.

Cuando son confrontados con las necesidades de otros, cuando se les pide que colaboren con la obra de la que pretenden ser parte, actúan indiferentes. Cuando no se les reconoce su mínima contribución se retraen y se enojan. Como Caín, son labradores muy prestos en recolectar el fruto de sus labores, pero rebeldes en aceptar su responsabilidad como guarda de sus hermanos.

CAÍN EL EXPLOTADOR

Caín representa a los que han derramado «toda la sangre justa sobre la tierra» (Mat. 23: 35), incluyendo la sangre de Cristo (Hech. 3: 14, 15; Heb. 12: 24). Caín representa a todo «el que no ama a su hermano» (1 Juan 3: 8, 12, 14). Caín representa al que se enriquece sin escrúpulos y sin moral, al que explota y abusa de otros que dependen de él. Pongamos atención a las palabras de Santiago:¹⁵ «¡Vamos

pues ahora, oh ricos! [...]. ¡Han *amontonado* tesoros en los últimos días! He aquí clama el jornal de los obreros que segaron sus campos, el que fraudulentamente ha sido retenido por ustedes. Y los *clamores* [...] han llegado a los oídos del Señor de los Ejércitos. Han vivido en placeres sobre la tierra y han sido disolutos. Han engordado su corazón en el día de matanza. *Han condenado y han dado muerte al justo*» (Sant. 5: 1-6, RVA2015).

Notemos que la persona referida aquí es quien abusa de otros para «amontonar» más bienes (vers. 3). El apóstol equipara la *queja* de los empleados con la sangre de Abel que «clama desde la tierra» (vers. 4; cf. Gén. 4: 10). Abel es llamado «justo» en el Nuevo Testamento (Mat. 23: 35; cf. 1 Juan 3: 12). Aquí se acusa al explotador de haber condenado y «dado muerte al justo» (vers. 6). El rico sin moral es Caín, que bebe la sangre de sus hermanos.

TODO ES VANIDAD

Antiguos rabinos notaron que Caín vivió muchos años y tuvo una gran descendencia.¹⁶ El libro de Eclesiastés habla «de un hombre a quien Dios ha dado riquezas, posesiones y honra, y nada le falta de todo lo que desea», un hombre que «engendra cien hijos y vive muchos años, de modo que los días de sus años son numerosos» (Ecle. 6: 2, 3, RVA2015). Los rabinos especularon que este hombre de Eclesiastés «se refiere a Caín».¹⁷

Caín mató a Abel, y no pareció sufrir consecuencias materiales. Por eso Eclesiastés reflexiona: «Y es que cuando la sentencia para castigar una mala acción no se ejecuta de inmediato, el corazón de los mortales se dispone a seguir actuando mal» (8: 11, RVC). La voz de Caín se escucha también cuando Eclesiastés dice que «todo el esfuerzo, toda capacidad de ser excelente en lo que se hace es producto de la rivalidad de un hombre contra su prójimo» (Ecle. 4: 4).

Debemos recordar que el nombre «Caín» suena en hebreo como el verbo «adquirir» (*qanah*). Esa es la razón por la que la mujer dice que ha «adquirido» un varón, refiriéndose a Caín (Gén. 4: 1). El libro de Eclesiastés se hace eco de la historia de Caín para mostrar la futilidad de una vida dedicada a la «adquisición» de bienes materiales.

El personaje del libro se empeñó en buscar ganancias,¹⁸ comprar bienes¹⁹ y coleccionar²⁰ propiedades.²¹ «Me hice huertos y jardines [...]. Me hice estanques de aguas [...]. Adquirí siervos y los tuve nacidos en casa. También tuve mucho ganado, vacas y ovejas [...]. Acumulé también plata y oro para mí, y tesoros preciados de reyes y de provincias. Me proveí de cantantes, tanto hombres como mujeres; de los placeres de los hijos del hombre, y de mujer tras mujer. Me engrandecí y acumulé más que todos los que fueron antes de mí» (Ecle. 2: 5-9, RVA2015).

Como en la historia de Caín, Eclesiastés menciona el esfuerzo y el duro trabajo.²² Pero enfatiza la desesperación (2: 20),²³ el fastidio (4: 3, 8),²⁴ la fatiga (1: 8),²⁵ el dolor (1: 18),²⁶ la angustia (1: 17)²⁷ y la frustración (1: 18)²⁸ que este trae. «Entonces aborrecí la vida, porque la obra que se hace debajo del sol me era fastidiosa. Asimismo, aborrecí todo el duro trabajo con que me había afanado» (Ecle. 2: 17, 18, RVA2015).

El hombre de Eclesiastés es Caín porque, a pesar de lo que trabaja, se afana, y todo lo que ha conseguido, «Dios no le ha dado el poder de disfrutarlo» y por lo tanto «su alma nunca se sacia» (Ecle. 6: 2, 3). «Yo sostengo que un niño abortado vale más que ese hombre» (vers. 3, DHH). Y aquí precisamente está el mensaje del libro, en que *«todo es vanidad y aflicción de espíritu»* (1: 14; 2: 11, 17, 26; 4: 4, 16; 6: 9).

«Vanidad de vanidades, dijo el Predicador; vanidad de vanidades, todo es vanidad»²⁹ (1: 2, RV95; cf. 12: 8). Es un hecho muy sabido que la palabra «vanidad» (*habel*), es la misma raíz del nombre Abel (*hebel*), y que conlleva la idea de algo vacío, pasajero, falso (2 Rey. 17: 15; Jer. 2: 5; 23: 16). El hombre de Eclesiastés se afana por ser relevante, por lograr la felicidad adquiriendo cosas; pero termina reconociendo que todo es pasajero. Que «adquirir» (Caín) es «vanidad» (Abel).

¿Y QUÉ DE ABEL?

Habrás notado que no hemos hablado mucho de Abel. Cuando nace Caín, Eva le pone nombre y exclama con gozo (Gén. 4: 1),³⁰ pero no dice nada cuando nace Abel. Después de su nacimiento, y de su ofrenda, nunca más se menciona su nombre. Caín es el personaje de la historia y

Abel es simplemente «su hermano» (Gén. 4: 2, 8, 9, 10, 11).³¹ En la historia Dios solo habla con Caín y nunca habla con Abel (4: 6, 9, 15).

A pesar de ser aceptado por Dios, Abel es el que muere. Dios le brinda protección a Caín, su asesino, para que nadie lo mate; pero no protegió a Abel de la muerte. Abel muere sin descendientes, lo que en el contexto de los antiguos implicaba una vida inútil (Gén. 15: 2; Deut. 25: 6; Rut 4: 10; 2 Sam. 18: 18; Jer. 22: 30). El mismo nombre Abel (*hebel*) significa «soplo», algo temporal, vacío e improductivo (2 Rey. 17: 15; Job 7: 16; 9: 29; 21: 34), como el aire que se pierde en un suspiro (Sal. 39: 5, 6).

Contrario a Caín, Abel vive una vida aparentemente insignificante. Pero Caín, aunque vivió una vida para «adquirir» cosas perdió lo más importante. «¿De qué le sirve a uno ganar el mundo entero si se pierde la vida?» (Mat. 16: 26, NVI). Caín creyó salvar su vida, pero la perdió. Abel perdió su vida, y ganó la eternidad (Mat. 16: 25).

Caín es siempre quien habla, las palabras de Abel no se registran. Pero el testimonio de Abel no se ha callado desde entonces, «y muerto, aún habla» (Heb. 11: 4). Su muerte inocente prefiguró la muerte de Cristo (Hech. 3: 14, 15; 7: 52; cf. Sant. 5: 6). Su sangre fue el primer clamor de justicia que llegó a los oídos de Dios (Gén. 4: 10), solo superado por la sangre de Cristo «que habla mejor que la de Abel» (Heb. 12: 24).

Su historia inspiró a Set, su hermano, que lo sustituyó en la tierra, a ser no un «hijo» sino una «simiente» (*zera'*: Gén. 4: 25). La simiente que finalmente destruiría a la Serpiente y que pondría fin al pecado (Gén. 3: 15). Con Set se instaura la verdadera adoración de Dios en la tierra (Gén. 4: 26).

Caín logra fama, reputación, riquezas y relevancia. Abel sufre una muerte prematura. Caín es lo *máximo* que un hombre sin Dios puede lograr. Abel es lo *mínimo* que un hijo de Dios puede aspirar. Y con todo, desde la perspectiva de la eternidad, Abel *ganó* más.

REPASEMOS UN POCO

En este capítulo hemos aprendido que Caín es el símbolo de una persona exitosa, del que está dispuesto a pagar cualquier precio por adquirir todo lo que desea, del que incluso es capaz de rechazar el perdón y la protección divinas. Y precisamente el precio más caro que paga por adquirir es el de perder la más importante adquisición: la aprobación divina. Dios declaró que las obras de Caín eran malas y que pertenecía al maligno (1 Juan 3: 12). Y por su afán de adquirir, Caín se alejó de su Creador, falló en su deber de guardar a su hermano y se negó a aceptar la soberanía divina. Caín constituye un vivo ejemplo de que tener cosas sin **la bendición de Dios no llena el vacío existencial, no nos evita la depresión y no le proporciona sentido a nuestra vida.**

Este capítulo ha puesto de manifiesto que el testimonio de Abel sigue siendo una prueba contundente de que todo aquel que pierda su vida por causa de Cristo, en realidad la ganará para siempre. Caín adquirió cosas y perdió todo; mientras Abel perdió todo y ganó la vida eterna. El perfecto resumen de este capítulo podría ser esta pregunta de Jesús: **¿De qué le vale al hombre ganar todo el mundo si al final pierde su alma?** (Mat. 16: 26).

Estas son algunas preguntas que nos vendría bien contestar al reflexionar en este capítulo:

1. La prueba que definió la vida de Caín ocurrió en el contexto de la ofrenda que debía presentar a Dios. ¿Qué dicen nuestras ofrendas en cuanto al concepto que tenemos de Dios?
2. El autor nos dice que la elección de Abel y su ofrenda en lugar de Caín y la suya tiene más que ver con la soberanía divina que con las calificaciones de Caín y su ofrenda. ¿Qué implicaciones tiene para nosotros el concepto de Dios como soberano del universo?
3. ¿Qué significados puedes encontrar en estas palabras que Dios dirige a Caín: «Si haces lo correcto, ¿no serás exaltado? Pero si no lo haces el pecado está a la puerta esperando atacar. Pero tú tienes que dominarlo» (Gén. 4: 6, 7)?
4. ¿Qué diferencias puedes identificar entre el modelo de vida que representa Caín y el que representa Abel?
5. ¿Qué aprendiste respecto a cómo evitar que el afán de adquirir te impida ganar la eternidad?



1. No sabemos el tiempo que el hombre pasó en el Edén sin pecar. Caín nació fuera del Edén. Después de la muerte de Abel, Adán y Eva tienen por hijo a Set quien nació a los 130 años de la vida de Adán (Gén. 5: 3). Eso nos da un amplio margen para inferir la edad de Caín en el tiempo de este incidente.
2. La estructura sintáctica de la frase puede entenderse como una «construcción anterior» en hebreo, que en español equivale al pluscuamperfecto. Según Z. Zevit cuando la partícula *we* es seguida por un sujeto y un verbo en la forma *qatal* este indica una construcción anterior. Ziny Zevit, *The Anterior Construction in Classical Hebrew*, ed. T. E. Fretheim, Society of Biblical Literature Monograph Series (Atlanta, Georgia: Scholars Press, 1998). Otros ejemplos de esta construcción en Génesis están en 20: 3, 4; 24: 1; 31: 33, 34. El texto quiere presentar la intimidad sexual en el pasado para centrarse en el nacimiento presente de Caín.
3. El verbo usado es *yada'* que literalmente se traduce como «conocer», encierra la idea de intimidad sexual.
4. El sentido de la frase hebrea *qaniti ish 'et-YHWH* es muy debatido. Si tomamos la partícula hebrea *'et* en su uso tradicional de *complemento directo* la traducción sería: «He adquirido un varón, el (al) Señor». Si entendemos la partícula *'et* como la preposición «con» tenemos: «He adquirido un varón con el Señor»; es decir, «con la ayuda del Señor». El problema teológico generado por la primera opción, y la necesidad de añadir palabras en la segunda opción nos llevan a proponer la traducción de *'et* como un genitivo, «de», en el sentido de fuente u origen. Esta traducción concuerda con el paralelismo de Génesis 49: 25 y con la existencia de la preposición acadia *itti* equivalente al hebreo *'et* con el significado «de». R. Borger, «Genesis 4: 1. A Short Note», *Vetus Testamentum* 9, n.º. 1 (1959), pp. 85, 86.
5. El verbo *qanah* normalmente significa, «adquirir», «poseer»; ver (Sal. 78: 54; Prov. 18: 15).
6. Kenneth A. Matthew, *Genesis 1-11: 26. An Exegetical and Theological Exposition of the Holy Scripture NIV Text*, ed. E. R. Clendenen, The American Commentary (Nashville: Broadman & Holman Publishers, 1996), p. 265.
7. «Y no solo esto, sino que también cuando Rebeca concibió de un hombre, de Isaac nuestro padre, y aunque todavía no habían nacido sus hijos ni habían hecho bien o mal —para que el propósito de Dios dependiese de su elección, no de las obras sino del que llama—, a ella se le dijo: “El mayor servirá al menor”» (Rom. 9: 10-12, RVA2015).
8. Debemos notar que en Génesis y en Romanos el tema no es que Dios rechaza a un individuo y elige a otros para salvación. Aunque Caín es rechazado según Génesis 4: 5, en el versículo 7 Dios parece indicar que él puede todavía vencer el pecado, Caín tiene una oportunidad de salvación. La historia de Caín y Abel tienen que ver con cuál de los dos proveería la simiente (*sera'*), o linaje, que vencería a la serpiente (Gén. 3: 15). Note que Abel es elegido, pero después de su muerte es sustituido por Set quien es llamado «simiente» (Gén. 4: 25). En Génesis, la elección o rechazo de Jacob y Esaú no se trata primariamente de su salvación. «Un pueblo será más fuerte que el otro, y el mayor servirá al menor» (Gén. 25: 23). Se trata de pueblos, no de individuos. Romanos 9-11 no responde a la pregunta, ¿a quiénes elige Dios para salvación? La pregunta que Romanos responde es, ¿acaso rechazó Dios a su pueblo?» (Rom. 11: 1). El tema es la elección para ser «pueblo» (Rom. 9: 25, 30, 31; 10: 19; 11: 2; cf. 9: 4; 11: 5, 11, 12).
9. La expresión hebrea *lo' sa'ah* es normalmente traducida como que Dios «no miró con agrado». Aunque ese puede ser el sentido en algunos contextos (Éxo. 5: 9; Sal. 119: 117), la frase hebrea no contiene la expresión «con agrado». El verbo generalmente indica la simple acción de mirar (2 Sam. 22: 44; Job 7: 19; Isa. 17: 7; 31: 1). *Lo sa'ah* se utiliza en Isaías 17: 8 para la

acción de «no mirar» un altar. Si este es un correcto paralelo, entonces Génesis dice que Dios «no miró» al altar de Caín, es decir, ni a él ni a su ofrenda.

10. El estudio de M. I. Grubber comparó la expresión de Génesis, «caer el semblante» con paralelos en la literatura del Antiguo Cercano Oriente, especialmente acadia. Él concluye que Caín no estaba airado, sino deprimido. Meyer I. Gruber, «The tragedy of Cain and Abel: a case study of depression», *The Jewish Quarterly Review*. 69, n.º. 2 (1978), pp. 89-97.
11. El verbo *se'et* traducido como «exaltado» significa «levantar». El rostro de Caín había caído (*npl*), imagen de depresión (Gén. 4: 5, 6), y Dios le sugiere que la solución a su tristeza es actuar correctamente.
12. El verbo *robes* describe la acción de un animal (Gén. 29: 2; Eze. 29: 3).
13. El texto hebreo se traduce literalmente: «Y habló Caín a Abel su hermano... y aconteció que cuando estaban en el campo». Los puntos suspensivos indican que Caín dijo algo a Abel. Esta es la construcción más usual en la sintaxis hebrea. Pero el texto no dice qué Caín dijo. La expresión «vamos al campo» es añadida por la LXX, la versión siríaca y la Vulgata. Es posible que estas versiones hayan traducido de un original hebreo perdido, pero no tenemos evidencia de esto (hasta ahora). Mientras tanto debemos tomar el texto como está. *Caín no habla cuando el texto espera sus palabras*.
14. En Génesis, Dios maldice primero a la serpiente (3: 14), al suelo (3: 17) y luego a Caín (4: 11).
15. Esta alusión a Génesis 4 en Santiago 5 la tomé de John Byron, «Living in the shadow of Cain. Echoes of a developing tradition in James 5: 1-6», *Novum Testamentum* 48, n.º. 3 (2006), pp. 261-274.
16. Ellos especularon que Caín vivió muchos años porque el texto no menciona su muerte. El hecho de que la descendencia de Caín llegue hasta la séptima generación con Lamec, quien es el padre de la octava generación, indicaba una gran descendencia.
17. Como registrado en el *Midrash Rabbah* Kohelet.
18. *yitron* (Ecle. 1: 3; 2: 11, 13; 3: 9; 5: 9, 16; 7: 12; 10: 10, 11). Esta palabra y las que siguen pertenecen al mismo campo semántico de «adquirir».
19. *qanah* (Ecle. 2: 7).
20. *kanas/asah* (Ecle. 2: 8, 26; 3: 5).
21. *miqneh* (Ecle. 2: 7).
22. *'amal* (Ecle. 1: 3; 2: 10, 11, 18-22, 24; 3: 13; 4: 4, 6, 8, 9; 5: 15, 18, 19; 6: 7; 8: 15; 9: 9; 10: 15).
23. *ya'es*.
24. *ra'*. (También Ecle. 2: 17; 5: 1, 14; 6: 2; 8: 3, 5, 9, 11, 12; 9: 3, 12; 10: 13; 12: 4).
25. *yagea'*.
26. *mak'ob* (También Ecle. 2: 23).
27. *ra'yon* (También Ecle. 2: 22; 4: 16).
28. *ka'as*. (También Ecle. 2: 23; 7: 3, 9; 11: 10).
29. El tema de la «vanidad» es central en el libro de Eclesiastés (ver 1: 2, 14; 2: 1, 11, 15, 17, 19, 21, 23, 26; 3: 19; 4: 4, 7, 8, 16; 5: 9; 6: 4, 9, 12; 7: 6, 15; 8: 10, 14; 9: 9; 11: 8, 10; 12: 8).
30. Hacer un comentario cuando nace un hijo es muy usual en los personajes de Génesis (5: 29; 16: 11; 21: 2-6; 25: 24-26; 29: 32-35; 30: 6, 8, etc.).
31. En estos versículos, siete veces se menciona a Abel como «su hermano» o «tu hermano». Pareciera ser que Abel solo existe en la historia por su relación con Caín.



3

Jacob:
el valor
de cumplirle
a Dios



Yo estoy contigo;
te guardaré donde vayas
y te haré volver
a esta tierra
(Gén. 28: 15)



JACOB HABÍA ENGAÑADO a su padre y ahora corría el peligro de ser asesinado por su hermano, a quien también había engañado (Gén. 27: 41). Hasta ahora los puntos que marcaban su vida hacían honor a su nombre (Gén. 25: 26, 31-33; 27: 36).

Apenas comenzaba su camino cuando lo atrapó la noche. El largo de la travesía era tan incierto como su futuro. Las sombras fueron su refugio ante la inseguridad, el miedo y la culpa. Su cuerpo tan cansado como su conciencia necesitaba descanso. Se recostó en una piedra y durmió profundamente.

Entonces soñó. Y vio una escalera que se extendía de la tierra al cielo. Vio ángeles que subían y bajaban y tenían contacto con Dios, que estaba en la parte superior de la escalera (Gén. 28: 12, 13). Para Jacob, la escalera pudo ser una imagen de su camino. Mensajeros de Dios le acompañarían en su peregrinaje (Gén. 31: 11; 32: 1) hasta que él encontrara su destino en Dios, al final.

Una voz se oye. Es Dios quien habla: «Yo soy Jehová, el Dios de Abraham, tu padre, y el Dios de Isaac; la tierra en que estás acostado te la daré a ti y a tu descendencia. Será tu descendencia como el polvo de la tierra, y te extenderás al occidente, al oriente, al norte y

al sur; y todas las familias de la tierra serán benditas en ti y en tu simiente» (Gén. 28: 13, 14, RV95).

Todas estas promesas no eran nuevas. Dios se las había hecho a los patriarcas anteriores.¹ Dios no es todavía el Dios de Jacob, sino solo el «el Dios de tu padre Abraham y el Dios de Isaac». Pero con esta revelación Dios se está ofreciendo para ser también el Dios de Jacob.

PROMESAS Y VOTOS

Dios ahora deja de hablar del pasado y se enfoca en el presente. Deja de hablar de los padres y hace promesas directas a Jacob: «Yo estoy contigo; te guardaré donde vayas y te haré volver a esta tierra. No te abandonaré hasta que haga contigo lo que te he prometido» (Gén. 28: 15). Las promesas de Dios se centran en tres aspectos especiales:

- **Presencia divina:** «Estaré contigo», «no te dejaré».
- **Protección:** «Te guardaré donde vayas».
- **Retorno:** «Volveré a traerte a esta tierra».

Jacob se despierta consciente de que Dios está con él (Gén. 28: 16), y en temor reverente reconoce que ese lugar es «casa de Dios y puerta del cielo» (vers. 17). Jacob toma piedras y las acomoda en un memorial, derrama aceite sobre ellas como en un ritual (vers. 18) y cambia el nombre del lugar a «Bet-el», que significa «casa de Dios» (vers. 19).

Jacob procede a hacer un voto a la divinidad que se le ha aparecido. «Si va Dios conmigo y me guarda en este viaje en que estoy, si me da pan para comer y vestido para vestir y si vuelvo en paz a casa de mi padre, Jehová será mi Dios. Y esta piedra que he puesto por señal será casa de Dios; y de todo lo que me des, el diezmo apartaré para ti» (Gén. 28: 20-22, RV95).

Como todo voto, este consta de condiciones y ofrecimientos: si Dios hace lo que Jacob pide, entonces Jacob hará algo especial para Dios. Miremos las condiciones que Jacob pide:

- **Presencia divina:** «Si Dios está conmigo».
- **Protección:** «Y me guarda en este viaje».
- **Provisión:** «Si me da pan para comer y vestido para vestir».
- **Retorno:** «Y si vuelvo en paz a casa de mi padre».

Si comparamos las condiciones de Jacob en su voto, con las promesas que Dios ya le había hecho a él, notaremos que Jacob simplemente *repitió* las mismas promesas de Dios y las convirtió en el fundamento de su voto. Es como si dijera: «Señor, si cumples lo que me has prometido, entonces yo hare algo especial para ti».

Pero Jacob no solo repitió, sino también amplió las promesas divinas añadiendo una condición de provisión: «Si me da pan para comer y vestido para vestir».² Pan y vestido son elementos que la Biblia menciona como necesidades especiales de una persona que vive fuera de su tierra (Deut. 10: 18). Jacob quiere estar seguro de que la presencia de Dios en su vida indica que el Señor suplirá sus necesidades diarias. Esto muestra la fe inmadura de Jacob.³ Pero Jacob no solo repitió y amplió las promesas, sino que también las adaptó. Dios prometió estar con él y protegerlo donde quiera que fuera, pero Jacob espera protección «en este viaje». Dios promete traerlo a su tierra, Jacob espera algo más específico: regresar «en paz a la casa de mi padre». En esto Jacob nos traza un ejemplo. Las promesas de Dios deben ser aplicadas a nuestra vida real y presente.

Ahora pasemos a revisar los ofrecimientos del voto de Jacob. Si Dios provee su presencia, protección, provisión y el retorno de Jacob entonces, Jacob asegura, «Jehová será mi Dios y esta piedra que he puesto como memorial será una casa de Dios, y de todo lo que me des, sin falta apartaré el diezmo para ti» (Gén. 28: 21-22). Si Dios cumple las condiciones, Jacob promete:

- **Aceptar a Jehová** como su Dios.
- **Establecer un lugar de adoración**, un «Bet-el», una «casa de Dios».
- **Dar el diezmo** de todo.

La generosidad promovida en el mundo hoy es un concepto pagano. Damos porque nos sentimos bien al hacerlo, a las causas que se alinean con nuestros intereses sin que Dios esté envuelto en el asunto. Si bien mayordomía conlleva generosidad, filantropía no es mayordomía. La mayordomía bíblica comienza cuando, *primero*, aceptamos a Dios como «Jehová» y, *segundo*, nos identificamos con su obra (Bet-el, casa de Dios). Solo así lo que damos (diezmo) cuenta para el cielo.

El diezmo que promete Jacob lo apartará «de todo lo que me des» (Gén. 28: 22). Diezmar es reconocer que Dios es la fuente de todo lo que somos y tenemos, y que él espera que nuestro reconocimiento de lo que él es, se refleje en lo que damos para su causa y en su nombre.

UNA TRISTE HISTORIA

La Biblia da testimonio de la historia de Bet-el como un lugar para consultar a Dios (Jue. 20: 18, 26; 21: 2). Bajo la dirección de Samuel, el pueblo adoraba a Dios en Bet-el (1 Sam. 7: 16; 10: 3). Sin embargo, la historia de Bet-el tomó un rumbo totalmente errado con la división del reino. El rey Jeroboán, rey de Israel, temió que el pueblo se uniera al reino de Judá cuando regresaran al templo en Jerusalén a adorar (1 Rey. 12: 25-33). Así que fabricó dos becerros de oro y dijo al pueblo: «¡Bastante han subido a Jerusalén! ¡He aquí tus dioses, oh, Israel, que te hicieron subir de la tierra de Egipto!» (1 Rey. 12: 28, RVA2015). Uno de esos ídolos los colocó en Bet-el (vers. 29) donde hizo un altar de sacrificio (vers. 32, 33). Debido a la presencia del ídolo en Bet-el, el profeta Oseas le cambia el nombre de Bet-el («Casa de Dios») a Bet-aven, que significa «casa de iniquidad» (Ose. 4: 15; 5: 8; 10: 5, 8).⁴

En Bet-el también se construyó un templo, «el santuario del rey y la casa del reino» (Amós 7: 13).⁵ Este templo de Bet-el sirvió como centro de apostasía y de un culto alternativo para los israelitas. Allí el pueblo de Israel, el reino del norte, pagaba sus diezmos (Amós 4: 4).

Este culto de Bet-el fue condenado por Dios por medio de un profeta (1 Rey. 13: 1-3) y después de la caída de Samaria, el lugar fue destruido por el rey Josías de Judá. «Derribó también el altar de Bet-el y el altar pagano construidos por Jeroboán, hijo de Nabat, que hizo pecar a Israel. Además, quemó el altar pagano hasta convertirlo en cenizas y prendió fuego a la imagen de Aserá» (2 Rey. 23: 15, NVI).

Para el reino del norte con su falsa adoración, la justificación para adorar y pagar sus diezmos en el falso templo de Bet-el fue la historia de Jacob. Jacob (Israel) había consagrado a Bet-el como un templo, Dios se le había aparecido allí y Jacob había prometido allí pagar sus diezmos. El pueblo creía estar siguiendo el ejemplo de Jacob. De modo que la

bella historia del encuentro de Jacob con Dios en Bet-el se convirtió con el tiempo en una historia de apostasía y falsa adoración.⁶

LA RAÍZ DEL PAGANISMO

La perversión de Bet-el de un lugar sagrado a un lugar de idolatría no solo se encuentra en su historia tardía. Yo quiero sugerir que el problema con Bet-el se encuentra en sus orígenes, con Jacob. Una mirada cuidadosa al voto de Jacob mostrará que este se basaba en una total perversión de lo que significa tener una relación con Dios.


Leamos el voto otra vez: «Si Dios está conmigo y me guarda en este viaje, si me da pan para comer y vestido para vestir, y yo vuelvo en paz a la casa de mi padre, entonces *Jehová será mi Dios*. Esta piedra que he puesto como memorial será una casa de Dios, y de todo lo que me des, sin falta apartaré el diezmo para ti» (Gén. 28: 20-22).

Yo quiero que notemos que después del «Si» inicial, Jacob presenta sus condiciones. Y Después de «entonces» presenta sus compromisos. Notemos también dónde está la frase «Jehová será mi Dios». Es sorprendente que Jacob colocara su aceptación de Jehová como Dios dentro de sus ofrecimientos condicionales.⁷ Jacob solo aceptará a Jehová como Dios si Jehová cumple sus promesas y lo bendice.

El punto es que Jacob no ha reconocido a Jehová como su Dios. Y para dar ese paso él espera ser bendecido. Si damos una mirada rápida a su historia hasta aquí, Jacob no mantiene ninguna relación con Dios. La única vez antes de Bet-el que Jacob menciona a Dios es cuando está ante su padre. «Entonces Isaac preguntó a su hijo: “¿Cómo es que pudiste hallarla tan pronto, hijo mío?”. Él respondió: “Porque *Jehová tu Dios* hizo que se encontrase delante de mí”» (Gén. 27: 20).

Jacob se atreve a involucrar a Dios en el engaño contra su padre. No solo eso. Le llama «Jehová tu Dios». Jehová es el Dios de Isaac, pero no ha sido aceptado como «Dios» por Jacob. El mismo Dios en Bet-el reconoce la situación de Jacob al identificarse a él como «el Dios de Abraham tu padre y de Isaac» (Gén. 28: 13), sin mencionar a Jacob o una expresión equivalente.

La religión de Jacob es transaccional, una compensación comercial. Consiguió la primogenitura ofreciendo un intercambio, ahora



a generosidad promovida en el mundo hoy es un concepto pagano. Damos porque nos sentimos bien al hacerlo, a las causas que se alinean con nuestros intereses sin que Dios esté envuelto en el asunto.

promete ser fiel solo si es bendecido. Jehová es solo un instrumento al servicio de las necesidades de Jacob cuya divinidad será aceptada en la misma medida en que el pan y el vestido sean recibidos.

Con sus orígenes en una falsa concepción de Dios y de lo que significa una sana relación con él, no es de extrañar que Bet-el haya pasado de «casa de Dios» a un símbolo de apostasía.⁸ Donde Dios no ha sido aceptado como Señor, aun esto se llame la «casa de Dios» (Bet-el) es en realidad una Bet-aven (casa de iniquidad).

DIOS CUMPLIÓ SUS PROMESAS

La Biblia dice que «Dios conoce nuestra condición; se acuerda de que somos polvo» (Sal. 103: 14, RV95). No obstante, nuestras malas intenciones y falsas concepciones, Dios corre muchas millas con nosotros con el fin de bendecirnos. Él bendijo a Jacob. A pesar de que la fidelidad de Jacob era condicional a las bendiciones recibidas, las promesas divinas no dependían de la fidelidad de Jacob.

La primera promesa a Jacob fue la presencia divina (Gén. 28: 15). La primera condición del voto de Jacob era que Dios estuviera con él (Gén. 28: 20). Muchos años más tarde, el mismo Jacob confesó a sus mujeres: «Me he dado cuenta de que el padre de ustedes ya no me trata igual que antes; pero el Dios de mi padre siempre me ha acompañado» (Gén. 31: 5, DHH). Jacob habla a su familia de Jehová como el Dios que *«ha estado conmigo en el camino que he andado»* (35: 3).

La segunda promesa fue protección. Esta también fue la segunda condición de Jacob (Gén. 28: 15, 20). Dios cumplió esta promesa. En su conversación con sus esposas, Jacob les dice: «Su padre me ha engañado, pues varias veces me ha cambiado la paga. *Pero Dios no le ha permitido hacerme daño*» (Gén. 31: 7, RVC; cf. vers. 24, 29, 42; 32: 11).

Aunque Dios no lo prometió directamente, Jacob exigió provisión (Gén. 28: 20). En su confesión a sus esposas, Jacob sigue admitiendo el cumplimiento de las promesas divinas: «Así Dios le ha quitado el ganado al padre de ustedes y me lo ha dado a mí» (31: 9, NVI).

La tercera promesa divina (Gén. 28: 15) y la cuarta condición de Jacob eran regresar «*en paz* a la casa de mi padre», en Canaán (Gén. 28: 21). Dios cumplió su promesa protegiéndolo de Labán y de Esaú su hermano, y «Jacob llegó en paz a la ciudad de Siquem, en la tierra de Canaán» (Gén. 33: 18).

De Siquem Jacob se trasladó a Bet-el, el lugar donde Dios le había hecho las promesas (Gén. 35: 1-7), y de ahí llegó a la casa de su padre en Manre de Hebrón, de donde había salido más de veinte años atrás (Gén. 35: 27). La Biblia es cuidadosa al mostrar que Dios cumplió hasta el más mínimo detalle de lo que le había prometido a Jacob. «Dios no es hombre para que mienta, ni hijo de hombre para que se arrepienta. Lo que él prometió, ¿no lo hará? Lo que él profirió ¿no lo cumplirá?» (Núm. 23: 19). «Reconoce, pues, que Jehová tu Dios es Dios: Dios fiel que guarda el pacto» (Deut. 7: 9) Sus palabras «son fieles y verdaderas» (Apoc. 21: 5; 22: 6).

JACOB CUMPLE SUS VOTOS

Hasta ahora hemos visto a Jacob actuando con malicia tanto con su padre, como con su hermano y con Labán (Gén. 30: 37-42; 31: 20, 26, 27) ¿Cumplirá Jacob su voto a Dios? Las promesas de Dios en Bet-el y el voto de Jacob son la clave para entender la historia del patriarca. Cada acción de Dios se presenta como cumplimiento de sus promesas y el relato presenta acciones esenciales de Jacob como cumplimiento de su voto.

Ya vimos que Jacob prometió *aceptar a Jehová como su Dios*, *construir un santuario en Bet-el* y *pagar el diezmo de todo*. Vimos que la

última condición de Jacob a Dios era regresar en paz a su tierra. Y el texto dice que Jacob regresó «en paz a Siquem» (Gén. 33: 18).

Dos versículos más adelante del texto que muestra el cumplimiento de la última promesa de Dios, se muestra a Jacob cumpliendo también su voto: «Allí levantó un altar y llamó su nombre El-Elohei-Israel» (Gén. 33: 20). «El-Elohei-Israel» significa, «Dios (Él) el Dios de Israel». Israel era ahora su nombre, por lo tanto, Jacob con este altar proclama quién es su Dios.

Tiempo después, en cumplimiento de su voto, Jacob también abandona los dioses ajenos que había en su casa (Gén. 35: 2-4) en favor del «Dios que me respondió en el día de mi angustia y ha estado conmigo en el camino que he andado» (35: 3, RVC). Estamos seguros de que Jacob cumplió su primera promesa.

¿Qué acerca de la segunda? Él se comprometió a establecer un lugar de adoración en Bet-el como «casa de Dios». «Esta *pie*dra que he puesto como memorial *será una casa de Dios*» (Gén. 28: 22). La Biblia también es clara en cuanto a este detalle. Después de su regreso a Canaán, Dios le pide que haga un altar en Bet-el (Gén. 35: 1). «Llegó Jacob a Luz, es decir, a Bet-el, que está en tierra de Canaán, él y todo el pueblo que con él estaba. Edificó allí un altar y llamó al lugar “El-bet-el”, porque allí se le había aparecido Dios cuando huía de su hermano» (Gén. 35: 7, 8, RV95). El- Be-tel significa el «Dios de Bet-el».

No solo erigió un altar como Dios le pidió, sino que hizo de la piedra un lugar sagrado como él había prometido: «Jacob erigió entonces una señal en el lugar donde había hablado con él, una señal de piedra; derramó sobre ella una libación y echó sobre ella aceite. Y Jacob llamó Bet-el a aquel lugar donde Dios le había hablado» (Gén. 35: 14, 15, RV95). Con esas evidencias podemos afirmar que Jacob cumplió la segunda promesa de su voto.

UN VOTO NO CUMPLIDO

Un detalle que muchos pasan por alto es que, aunque Jacob prometió devolver el diezmo a Jehová, que fue su tercera promesa, extrañamente el registro bíblico no indica que lo hiciera. La Biblia es clara y específica al mostrar el cumplimiento de cada promesa de

Dios y de cada voto de Jacob. El silencio de la Biblia, más que una omisión, es una admisión de falta.

Hay dos detalles que el texto resalta en cuanto al cumplimiento de Jacob y sus votos. El primero es que Dios tomó seriamente que Jacob cumpliera lo que había dicho, y lo segundo es que Jacob al parecer no tenía entre sus planes cumplir todos sus votos.

En casa de Labán, Dios se le apareció a Jacob y le dijo: «Yo soy el Dios de Bet-el, donde tú ungiste la piedra y *me hiciste un voto*. Levántate, sal de esta tierra y vuelve a la tierra de tu nacimiento» (Gén. 31: 13, RVA2015). Aquí vemos a Dios moviendo a Jacob a la acción recordándole el voto que había hecho.

Al regresar a Canaán, a Siquem, que era la última promesa de Dios a Jacob y la última condición de Jacob a Dios, la intención de Jacob parece ser establecerse allí (Gén. 33: 18, 19). Jacob cree que con dedicar un altar a Dios todo está bien (vers. 20). Pero mientras que sus condiciones a Dios fueron específicas, en el cumplimiento de sus votos él no parece ser tan concreto.

Jacob todavía tiene otros dioses en su casa (Gén. 33: 2, 3), no ha establecido un lugar de culto en Bet-el, ni ha pagado sus diezmos. Solo después de la tragedia en Siquem (Gén. 34) y por orden directa de Dios Jacob entra en acción: «Dijo Dios a Jacob: “Levántate, sube a Bet-el y quédate allí; y haz allí un altar al Dios que se te apareció cuando huías de tu hermano Esaú”» (Gén. 35: 1, RV95).

En estos textos vemos a Dios recordándole a Jacob su voto y ordenándole cumplirlo. Eso refuerza la idea de que Jacob no cumplió su voto de pagar el diezmo como lo había prometido. Y esta falta tuvo una enorme repercusión en la historia de Israel.

LA HISTORIA DE SU PUEBLO

Esa falsedad del carácter de Jacob se reflejó luego en la historia de su pueblo. «“Dispusieron su lengua como arco; se hicieron fuertes en la tierra para el engaño, no para la fidelidad. Procedieron de mal en mal y no me han conocido”, dice el Señor. ¡Cúidese cada uno de su prójimo! En *ningún hermano* tenga confianza; *todo hermano suplanta*, y todo prójimo anda calumniando. Cada uno engaña [...], y no hablan verdad [...].

Su morada está en medio del engaño y *a causa del engaño rehúsan conocerme*”, dice el Señor» (Jer. 7: 3-6, RVA2015).

Estos textos hablan del pueblo, pero son un juego de palabras con la historia de Jacob. Cuando el texto dice «todo hermano *suplanta*» usa la palabra *ya'qob*, recordando que *Jacob* fue el suplantador de su hermano (Gén. 25: 26; 27: 36). Como su padre ancestral, el pueblo se dedicó al engaño, no fueron «fieles» y «rehusaron» conocer a Dios.

Incluso cuando Dios menciona por medio de un profeta su lucha con Jacob (Ose. 12: 4) lo hace a manera de reclamo. «El Señor tiene pleito con Judá y dará a Jacob el castigo que corresponde a sus caminos. Les retribuirá conforme a sus obras. En el vientre suplantó a su hermano y en su edad viril contendió con Dios» (Ose. 12: 2, 3, RVA2015). El pelear con Dios aquí ya no tiene el sentido positivo de Génesis 32, sino el equivalente al de suplantar y engañar. Jacob ha tratado con su hermano y con Dios de manera engañosa.

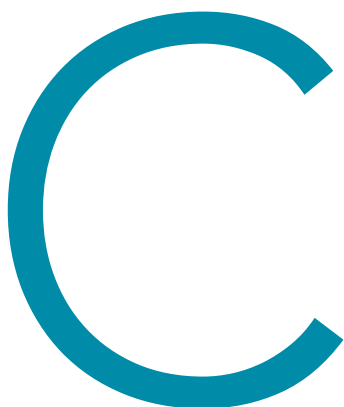
Jacob por sus engaños tuvo que exiliarse en Mesopotamia. El pueblo de Israel por violar el pacto con Dios también fue exiliado en Mesopotamia (Babilonia). Después de cumplir sus planes con Jacob, Dios le dijo que regresara a su tierra: «Vuelve a la tierra de tus padres y a tus familiares, y Yo estaré contigo» (Gén. 31: 3, NBLA). El verbo regresar o volverse (*sub*) es una clave en la historia de Jacob (Gén. 28: 15, 21; 31: 3, 13; 32: 9). Este verbo es el usado por los profetas que motivaron al pueblo a “regresar” de Babilonia.⁹ «He borrado como niebla tus rebeliones, y como nube tus pecados. Vuelve a mí, porque yo te he redimido» (Isa. 44: 22, RVA2015). El regreso del exilio es un símbolo de arrepentimiento, de regresar al Señor.

El compromiso de Jacob de diezmar cuando regresara del exilio es paralelo al compromiso del pueblo al regresar de Babilonia. Nehemías motivó al pueblo a pagar el diezmo. Se «impusieron la obligación» (Neh. 10: 32); se «comprometieron» (vers. 35) y firmaron un compromiso con Dios (10: 1) «bajo juramento» (vers. 29), de «contribuir» (vers. 32), «traer las primicias» (vers. 35) y «el diezmo» (vers. 37). Nehemías habla en nombre del pueblo al decir: «Nos comprometimos a no descuidar el Templo de nuestro Dios» (10: 39, NVI).



Así como Jacob no cumplió su voto de devolver el diezmo, el pueblo tampoco cumplió el suyo. Nehemías nos cuenta: «Reprendí a los dirigentes diciendo: ¿Por qué está abandonada la casa de Dios? Entonces los reuní y los puse en sus puestos; y todo Judá trajo a los almacenes el diezmo del grano, del vino y del aceite» (Neh. 13: 11, 12, RVA2015).

El profeta Malaquías es conocido por hablar al pueblo de Israel como si fuera el mismo Jacob (Mal. 1: 1, 2). Este profeta también usa el doble sentido del verbo «retornar», «volver» (1: 4; 2: 6; 4: 6). «*Vuélvanse* a mí y yo *me volveré* a ustedes —dice el Señor de los Ejércitos—. Pero ustedes preguntan: “¿En qué sentido tenemos que volvernos?”» (3: 7). En el contexto de la historia del «regreso» de Jacob y de su obligación no cumplida de pagar el diezmo, Malaquías no solo habla de «retornar» a Dios, sino que reclama al pueblo por su incumplimiento. «¡Pues ustedes me han robado! Pero dicen: “¿En qué te hemos robado?”. ¡En los diezmos y en las ofrendas! Malditos son con maldición porque ustedes, la nación entera, me han robado» (Mal. 3: 8, 9, RVA2015). La amonestación divina es clara: «Traigan todo el diezmo al alfolí, para que haya alimento en Mi casa; y pónganme ahora a prueba en esto —dice el Señor de los ejércitos— si no les abro las ventanas de los cielos, y derramo para ustedes bendición hasta que sobreabunde» (Mal. 3: 10).



uando hagas un voto a Dios, no tardes en cumplirlo; porque él no se complace en los necios. Cumple lo que prometes.

UNA AMONESTACIÓN PARA TODOS

Quiero invitarte a leer un texto conocido en la Biblia. Quiero que pongas atención en las partes resaltadas del mismo. Lo encontramos en Eclesiastés 5. Por su importancia lo reproduciremos en completo.

«Cuando vayas a *la casa de Dios*, guarda tu pie. Acércate más para oír que para ofrecer el sacrificio de los necios, que no saben que hacen mal. No te precipites con tu boca, ni se apresure tu corazón a proferir palabra delante de Dios. *Porque Dios está en el cielo, y tú sobre la tierra*; por tanto, sean pocas tus palabras. Pues *de la mucha preocupación viene el soñar*; y de las muchas palabras, el dicho del necio. *Cuando hagas un voto a Dios, no tardes en cumplirlo*; porque él no se complace en los necios. Cumple lo que prometes. Mejor es que no prometas, a que *prometas y no cumplas*. No dejes que tu boca te haga pecar, ni digas delante *del mensajero* que fue un error. ¿Por qué habrá de airarse Dios a causa de tu voz y destruir la obra de tus manos? *Porque cuando hay muchos sueños, también hay vanidades y muchas palabras*. Pero tú, teme a Dios» (Ecle. 5: 1-7, RVA).

De seguro que habrás notado que, aunque Dios habla con su pueblo está haciendo alusión a la historia de Jacob¹⁰:

- «*La casa de Dios*»: una alusión a Bet-el, que es «casa de Dios».
- «*Dios está en el cielo, y tú sobre la tierra*»: alusión a la escalera. Dios estaba en el tope de ella.

- «*De la mucha preocupación viene el soñar*»: Dios le da el sueño a Jacob en respuesta a la huida de su casa.
- «*No hables delante del mensajero*»: la palabra mensajero (*mal'ak*) es normalmente traducida como «ángel». Jacob vio ángeles en su sueño, e hizo su voto delante de ellos.
- «*Cuando hay...sueños... hay muchas palabras*»: Jacob, después de su sueño, dijo muchas palabras, las que incluyeron un voto que él no cumplió.

El paralelismo hace más claro el mensaje de Dios. No seas como Jacob. «*Cuando hagas un voto a Dios, no tardes en cumplirlo*; porque él no se complace en los necios. *Cumple lo que prometes*. Mejor es que no prometas, a que prometas y no cumplas» (Ecle. 5: 4, 5, RVA2015).

UN MEJOR EJEMPLO

La Biblia muestra dos lugares donde el pueblo de Israel llevó sus diezmos. Al falso templo en Bet-el (Amós 4: 4) y al lugar indicado por Dios, el templo de Jerusalén (2 Crón. 31: 3-8). Los que llevaban el diezmo en el falso templo de Bet-el basaron su práctica en el mal ejemplo de Jacob en Bet-el.

Pero los que llevaban sus diezmos a Jerusalén tenían un mejor ejemplo a seguir. En Génesis no solo se habla de Jacob y el diezmo, sino también del diezmo de Abraham (Gén. 14). No podemos pasar por alto que Abraham pagó sus diezmos a Melquisedec, rey de Salem, que era sacerdote del Dios Altísimo (14: 18). Salem es Jerusalén.

Mientras Jacob prometió diezmar en Bet-el, proveyendo un mal ejemplo a Israel, Abraham diezmó en Jerusalén trazando la conducta futura de su pueblo. A diferencia de Jacob, que convirtió la presencia de Dios en su vida en una oportunidad para negociar sus ventajas, Abraham reconoció al Dios que se había manifestado dándole una victoria decisiva.

Abraham no prometió diezmar en el futuro, simplemente «dio a él (Melquisedec) el diezmo de todo» (Gén. 14: 20). De modo que no te apresures ahora a hacer promesas, Dios ya te ha bendecido, ya Dios se ha manifestado en tu vida, cumple entonces lo que tu corazón sabe que Dios espera de ti ahora.



REPASEMOS UN POCO

La lectura de este capítulo ha resultado muy instructiva. Hemos recibido una gran lección respecto al valor que tiene cumplir con los votos que le hemos hecho al Señor. La historia de Jacob es la de un hombre que había desarrollado el mal hábito de tratar a todos con engaño. Su capacidad para engañar la puso de manifiesto con su padre, con su hermano y hasta con Dios. En el momento cumbre de su vida, cuando Jacob andaba errante y sin futuro, el Señor se le apareció y prometió bendecirlo con todo tipo de bendiciones. Allí Jacob vio una oportunidad para negociar y realizó una serie de promesas cuyo cumplimiento estaba sujeto a que Dios cumpliera todo lo que le dijo a Jacob en Bet-el.

El Señor cumplió todas sus promesas, pero Jacob cumplió parcialmente, y así sentó las bases de lo que sería la historia del pueblo Israel. Con el paso del tiempo, Bet-el (el lugar que había sido casa de Dios y puerta del cielo) se convirtió en casa de iniquidad. En la actualidad, ***el Israel espiritual tiene que decidir si se relacionará con Dios siguiendo el ejemplo de Jacob en Bet-el, o si lo hará siguiendo el de Abraham cuando entregó los diezmos a Melquisedec, el rey de Salem.***

Nuestros votos, y el cumplimiento o no de ellos, demuestran claramente quién es Dios para nosotros, qué nos motiva a buscarlo y cómo está nuestra relación con el Dador de la vida.

Reflexiona ahora en estas preguntas:

1. En Bet-el, las promesas divinas fueron hechas sin condiciones, mientras que Jacob pide más y hace un voto bajo ciertas condiciones. ***¿Qué nos dice esto de la fe de Jacob y qué nos enseña sobre cómo actúa la gracia divina?***
2. Dios cumplió todas sus promesas, pero Jacob no cumplió con todo lo que dijo. ***¿Qué aprendemos de la fidelidad de Dios y de la fidelidad de Jacob?***
3. A la luz de la experiencia de Jacob y del pueblo de Israel, ***¿qué importancia tienen nuestros votos ante Dios?***
4. ***¿Qué lecciones podemos aprender de la oferta de arrepentimiento y cambio que Dios ofrece a todos los Jacob y los Israel de hoy?***
5. Cuando se trata de cumplir con tu deber ante el Señor, ***¿dónde te encuentras? ¿En Bet-el, como Jacob, o en Jerusalén, como Abraham?***

1. Las promesas de tierra (Gén. 13: 15; 17: 8; 15: 18), descendencia numerosa (13: 16; 22: 17; 26: 4), de extensión (13: 14) y de ser bendición para el mundo (12: 3; 18: 18; 22: 18; 26: 4) ya Dios se las había hecho a Abraham y a Isaac.
2. Comida y ropa juegan un papel especial en la historia de Jacob. Con comida compró su primogenitura (Gén. 25: 29-34) y con falsos vestidos engañó a su padre (Gén. 27: 15).
3. Es interesante que Jesús nos exhortó en cuanto a las oraciones centradas en nuestras necesidades: (Mat. 6: 26-33), específicamente «comida» (6: 26, 27) y «ropa» (6: 28-30). «No se preocupen, preguntándose: “¿Qué vamos a comer?” o “¿Qué vamos a beber?” o “¿Con qué vamos a vestarnos?”. Todas estas cosas son las que preocupan a los paganos, pero ustedes tienen un Padre celestial que ya sabe que las necesitan. Por lo tanto, pongan toda su atención en el reino de los cielos y en hacer lo que es justo ante Dios, y recibirán también todas estas cosas» (Mat. 6: 31-33, DHH).
4. Compare también la palabra *Aven* para referirse a Bet-el (Ose. 10: 8). En los libros históricos de la Biblia se menciona una Betaven, ciudad de la tribu de Benjamín (Jos. 14: 23; 18: 12; 1 Sam. 13: 5; 14: 23). Aunque es posible que incluso ahí sea otro nombre para Bet-el (Jos 7: 2).
5. A este santuario se hace referencia también en Jeremías 48: 13 y Amós 3: 14; 4: 4; 5: 5, 6; 7: 10.
6. Note el ejemplo de la serpiente de bronce. Esta sirvió como un instrumento de salvación (Núm. 21: 8, 9); pero Israel la convirtió en un objeto de culto (2 Rey. 18: 4).
7. La traducción propuesta es tradicional. Algunos pocos exegetas resuelven el dilema colocando la apódosis del voto después de la frase «Jehová será mi Dios» haciéndolo parte de la prótasis: «Si Jehová es mi Dios, entonces esta piedra...». Pero los fundamentos lingüísticos para esta traducción no son definitivos. Muchos afirman esta posición por razones no textuales aduciendo que la traducción tradicional desfigura las intenciones de Jacob. Precisamente este es un detalle que la historia quiere resaltar. Jacob quiere tomar ventajas de cada persona y oportunidad. Ese es su carácter. Comparemos el voto de Absalón donde también servir a Dios aparece dentro de los ofrecimientos del voto (ver 2 Sam. 15: 7-9). Los contraejemplos de Génesis 17: 7 y Josué 24: 15-24 no son relevantes porque en el primer caso es Dios quien hace la propuesta y en ninguno de los dos casos se trata de un voto (ni juramento o pacto). Los paralelos lingüísticos y literarios en lengua ugarítica también apoyan la colocación de la frase en la apódosis. Ver Simon B. Parker, «The Vow in Ugaritic and Israelite Narrative Literature», *Ugarit-Forschungen. Internationales Jahrbuch für die Altertumskunde Syrien-Palästinas*. 11 (1979), pp. 693-700.
8. Es interesante saber que más tarde, cuando Jacob cumple su voto y abandona sus ídolos (Gén. 35: 1-3) los esconde debajo de un árbol (35: 4), donde luego levantaría el altar a Jehová (35: 14, 15). ¿Por qué no los destruye como se podría esperar? (Éxo. 34: 13; Deut. 7: 5; 2 Rey. 23: 6, 7). Los lectores posteriores que vivieron en el tiempo del santuario pagano en Bet-el podrían relacionar la acción de Jacob como una señal anticipada de que el culto en Bet-el estaba fundamentado en la idolatría, es decir, los ídolos estaban debajo del altar de «Dios».
9. (Isa. 49: 5; 51: 11; 55: 7; Jer 3: 12; 4: 1; 23: 3; 24: 6, 7, etc).
10. Esta relación intertextual es tomada de Ruth Fidler, «Qoheleth in “The House of God”», *Hebrew Studies* 47 (2006), pp. 7-21.



4

Bezaleel:
dones para
la edificación



¿Acaso no saben ustedes
que son templo de Dios,
y que el Espíritu de Dios
vive en ustedes?
(1 Cor. 3: 16, DHH)



PERMÍTEME COMENZAR esta reflexión con una leyenda que era contada en tierras bíblicas desde tiempos muy primitivos. Las tabletas cuneiformes que contienen esta leyenda son más antiguas que el éxodo de Egipto.¹ Por favor, pon atención a los detalles:

El concilio de los dioses está en sesión. El dios *Yam* le pide al dios supremo (*El*) que le permita subyugar al dios *Baal*. Cuando *El* acepta el pedido, *Baal* se rebela y decide pelear contra *Yam*. El dios *Kothar* hace armas especiales para *Baal*² para que las use en el combate.³ *Baal* vence a *Yam*⁴ y es proclamado rey: «*Yam* ha muerto, *Baal* reina».⁵

El dios supremo objeta admitirlo como rey porque «*Baal* no tiene una casa (templo, palacio) como los (demás) dioses».⁶ *Baal* decide construir su casa/templo/palacio y para eso busca de nuevo la ayuda de *Kothar* quien es el dios artesano.⁷ «Hazme un templo, *Kothar*, con prontitud. Hazme un palacio en la cima de Zaphón», le pide *Baal* al artesano.⁸ Madera es traída del Líbano y del Sirión⁹ y *Kothar* funde metales y prepara materiales de construcción.¹⁰ Al final *Baal* repite feliz a *Kothar*: «Me has edificado mi templo de plata, mi casa de oro».¹¹

Es posible que ya hayas relacionado este mito con otra historia que conoces. Si no, te voy a proveer algunas pistas. *Yam*, es el «dios-mar» y

Baal es el «dios-tormenta». De modo que estamos hablando de un «dios» (viento-tormenta) que ha vencido al mar. Miremos los tres elementos del mito en orden:

- Baal vence al mar.
- Baal es proclamado rey.
- El dios-artesano le construye un templo a Baal.

Si todavía no te llega nada a la mente, aquí te dejo otra pista en el siguiente versículo: «Y Jehová retiró el mar con un fuerte viento oriental que sopló toda la noche; y el mar se secó y las aguas fueron divididas» (Éxo. 14: 21). Jehová, como Baal, tiene poder sobre el mar. De paso, al igual que en el mito de Baal, en la Biblia el mar (*yam*) se presenta como un ser que se rebela contra Dios, pero que Dios al final somete. «La inundación se levanta, Jehová. Se levanta su ruido y se incrementa su estruendo. Pero más poderoso que los estrépitos de muchas aguas y de las olas del mar es Jehová en las alturas» (Sal. 93: 3, 4).

La división del mar (de las aguas) por Dios es contada en la Biblia como una lucha de Dios contra el mar (*yam*) que es un símbolo de las fuerzas malignas. Jehová «con su poder sosegó el mar, al monstruo (*rahab*) hirió con su entendimiento» (Job 26: 12). «Con tu poder dividiste el mar; rompiste sobre las aguas las cabezas de los monstruos» (Sal. 74: 13, RVA2015).

La victoria de Jehová sobre el mar es la razón por la que el pueblo irrumpió en alabanzas al salir de Egipto (Éxo. 15). En sus cantos proclamaron: «Jehová reina por siempre» (Éxo. 15: 18). «Jehová está por encima del diluvio. Jehová se sienta como rey por siempre» (Sal. 29: 10). *El Dios que vence al mar es proclamado rey.*

Yo sé que conoces la historia del éxodo y ya has anticipado que, al sacar a su pueblo de Egipto, Dios ordenó la construcción de un santuario (Éxo. 25: 8). De modo que en la historia de Dios con Israel también tenemos elementos clave de la leyenda de Baal:

- Jehová vence al mar.
- Jehová es proclamado rey.
- Jehová solicita la construcción de un santuario.

Al sacar a Israel de Egipto, Dios hizo realidad para su pueblo lo que para otras naciones podría ser solo un mito imposible.¹² Pero estas analogías entre el mito de Baal y la historia de Jehová con su pueblo son usadas en la Biblia para mostrar la superioridad de Jehová

sobre Baal. Mientras Baal es presentado como una tormenta que lucha contra el mar, Dios manipula al mar, pero él no es una “tormenta” como Baal. Baal es un fenómeno natural, un elemento de la creación, mientras que Jehová es el Dios creador y él usa la tormenta para sus propósitos. Jehová es más poderoso que Baal.

EL DIOS ARTESANO

La segunda diferencia que la Biblia quiere presentar entre Jehová y Baal nos introduce al personaje que será el centro de nuestra reflexión. Para la construcción de su santuario, Dios le dijo a Moisés que utilizara a Bezaleel. «Jehová habló a Moisés diciendo: “Mira, yo he llamado por nombre a Bezaleel hijo de Uri, hijo de Hur, de la tribu de Judá, y lo llené del Espíritu de Dios, con sabiduría, entendimiento, conocimiento y toda habilidad de artesano» (Éxo. 31: 1-3). Mientras Baal necesita de otro dios para que le edifique su templo, el Dios del éxodo se presenta al control de la construcción de su santuario. Le presenta a Moisés un «modelo» (Éxo. 25: 9, 40), le explica el más mínimo detalle, desde las medidas exactas hasta la utilización de los colores y materiales (Éxo. 25: 9-30: 38). Es Dios quien le da el conocimiento al artesano, Bezaleel, para que pueda trabajar en el santuario. Es como si dijera: «Yo me construyo mi propio templo».¹³

El verdadero nombre del dios-artesano cananeo¹⁴ es Kothar wahasis, que significa en ugarítico «experto e inteligente» (*kôtaru wa hasisu*).¹⁵ Pero en la Biblia, Jehová no necesita de otro dios «experto e inteligente» para que lo socorre en sus apuros. Todo lo contrario, en la Biblia es Dios quien llena a Bezaleel «con sabiduría, entendimiento, conocimiento y toda habilidad de artesano, para hacer diseños artísticos y para trabajar en oro, plata y bronce» (Éxo. 31: 3, 4, RVA2015). Dios es el verdadero artesano; Bezaleel solo recibe la sabiduría de Dios para imitar la creatividad divina.

LA EXTENSIÓN DEL SANTUARIO

En el primer capítulo de este libro estudiamos algunos detalles que presentan al Edén como un santuario. Esto es muy sabido y no quiero abundar en el tema. Pero quiero retomar algunos puntos relevantes. En el primer capítulo de Génesis se muestra a Dios creando al mundo. En el capítulo 2 se muestra algo especial que Dios hizo el sexto día. El

Señor no solo crea al hombre, sino que crea un jardín para que sea habitado por el ser humano: «Y plantó Jehová Dios un jardín en Edén, en el oriente, y puso allí al hombre que había formado» (Gén. 2: 8).

Este jardín es un lugar especial dentro de la tierra. Este fue plantado por las mismas manos de Dios. El Señor luego encargó al hombre de «cuidar y labrar» el jardín (Gén. 2: 15). Si relacionamos este mandato en Génesis 2 con la orden de Dios de «llenar la tierra» en Génesis 1: 28, entonces tenemos una idea clara de cuál era la misión del hombre en el principio.

No había habitantes en el resto de la tierra, solo el Edén estaba ocupado. Pero Dios no creó la tierra «para dejarla vacía, sino que la formó para ser habitada» (Isa. 45: 18, NVI). La misión del hombre era «cultivar» el Edén y desde allí «llenar» toda la tierra. En las palabras del profeta Isaías, Dios convertiría la tierra, por medio del hombre, «en Edén y su región árida en huerto de Jehová. Alegría y gozo habrá en ella, acciones de gracias y sonido de cánticos» (Isa. 51: 3).¹⁶ Si el Edén es un santuario, y el Edén debía ser extendido, entonces la misión de Dios para el hombre es extender su santuario a toda la tierra. Esa visión se vislumbra en el Apocalipsis, donde al final ya no hay un santuario, sino que la tierra es el santuario del universo, donde Dios mora completamente (Apoc. 21: 3, 22-26; 22: 1-5).

En Génesis 1, la tierra estaba debajo del agua. El agua lo cubría todo (Gén. 1: 2). Para un cananeo leyendo esta historia es como si el dios *Yam* (mar) es el rey supremo de la tierra. Pero la luz de la gloria de Dios ilumina las aguas (1: 3), descubre la tierra sumergida (1: 9), hace un jardín (2: 9), coloca al hombre en él para que lo extienda y llene toda la tierra (1: 28). Así, en el plan original de Dios «la tierra estará llena [...] de la gloria de Jehová, como las aguas cubren el mar» (Hab. 2: 14; Sal. 72: 17). Lo que al principio estaba cubierto de agua, estará al final cubierto de gloria. Dios sustituye al mar (Apoc. 21: 1).

UN HUERTO Y UN EDIFICIO

Así, cuando Dios ordena construir un santuario en Israel, el plan era que su pueblo retomara la misión del Edén, y convirtiera la tierra en un santuario para Dios. El *edificio* que servía de santuario a Israel equivalía al *huerto* que servía de santuario a Adán. Esta relación entre un huerto y un edificio —ambos santuarios— es muy clara en

la Biblia: «Ciertamente *la viña de Jehová* de los ejércitos es *la casa de Israel*» (Isa. 5: 7, RV95). Aunque la primera imagen tiene que ver con *árboles y siembra*; y la segunda, con *materiales y construcción*, en el pasaje *la viña y la casa* equivalen a lo mismo.

En 1 Corintios 3 el apóstol Pablo hace claro que entiende estas relaciones bíblicas. «Yo *planté*, Apolos regó; pero el crecimiento proviene de Dios. Así que, ni el que *planta* es algo ni el que riega; sino Dios que da el crecimiento» (3: 6, 7, RV95). Pablo está comparando la iglesia con un huerto que es plantado, regado y que necesita crecer. Pero en la segunda parte del capítulo el apóstol cambia la imagen. «¿Acaso no saben ustedes que son templo de Dios, y que el Espíritu de Dios vive en ustedes?» (1 Cor. 3: 16, DHH). Ahora la iglesia no solo es un huerto, sino un edificio. En el centro del capítulo se unen las dos imágenes: «Ustedes son *huerto* de Dios, y *edificio* de Dios» (3: 9). *La iglesia es el nuevo Edén (huerto), y el nuevo santuario (edificio) que Dios tiene para extender su reino en la tierra.*

EDIFICAR ES LA MISIÓN

Si el plan de Dios es extender el santuario, entonces la misión de cada miembro de iglesia se centra en «*edificar*». Hay que construir nuevas paredes que incluyan el territorio conquistado por la iglesia. «Así que, sigamos lo que contribuye a la paz y a la mutua *edificación*» (Rom. 14: 19, RVA2015). «Cada uno de nosotros agrade a su prójimo en bien, *para edificación*» (Rom. 15: 2, JBS).

Como Dios quiere que seamos «un *templo* santo en el Señor» (Efe. 2: 21, RV95), el verdadero ministerio consiste en «la *edificación* del cuerpo de Cristo» (Efe. 4: 12, RV95). Como líderes, el Señor nos ha dado autoridad, «no para destruir sino *para edificar*» (2 Cor. 10: 8; 13: 10). Los dones que hemos recibido no son para nuestro beneficio sino para la «*edificación* de la iglesia» (1 Cor. 14: 3, 5, 12).

Esta perspectiva nos provee una nueva norma ética. Muchas personas exclaman en relación con determinada acción o práctica: «¡Esto no tiene nada de malo!». Y en cierto sentido puede ser cierto. Pero el ideal de Dios es que vivamos para extender su jardín/templo en el mundo. Así, lo «bueno» es lo que sirve «*para edificación*» (1 Cor. 14: 26), y malo es «lo que no edifica» (1 Cor. 10: 23). Muchos pasan

la vida haciendo muchas cosas que, aunque moralmente neutras, «no edifican». Como no contribuyen al avance del plan de Dios en la tierra, el Señor los mira como renegados.

De esto también se desprende una comprensión de la verdadera espiritualidad. La misión de Adán y Eva era extender el Edén, no pasar el tiempo junto al árbol de la vida. El árbol en el centro del huerto les proveería las energías para cumplir su tarea de «llenar» la tierra. Cuando Eva abandonó el límite del Edén que alcanzaba la tierra exterior y se fue al centro del huerto, no encontró a Dios. En el medio del huerto no solo estaba el árbol de la vida, sino también el árbol prohibido (Gén. 3: 3). Los que abandonan la misión para encontrarse con Dios, caen en la tentación y entran en comunión con el diablo.

Dios llamó a Isaías a denunciar los pecados del pueblo: «Anuncia a mi pueblo su rebelión y a la casa de Jacob su pecado» (Isa. 58: 1). Ante tan fuertes palabras uno espera una lista de pecados horrendos. Pero el pecado que Dios denuncia de su pueblo es más común de lo que imaginamos: «Ellos me consultan cada día, y les agrada saber mis caminos» (58: 2, RVA2015). ¿Leíste bien? ¡Dios se queja de que su pueblo le busque! Dios se queja de los que centran su vida en buscarle «cada día». El profeta se queja de que esta misma gente que ayuna, que busca a Dios y quieren saber su voluntad (Isa. 58: 2, 3), no hace una diferencia de bien en el mundo exterior. Su comunión satisface su necesidad espiritual (58: 4), pero no satisface las necesidades de nadie más. Cuando Dios te quiere afuera extendiendo su reino, retraerte interiormente en presunta comunión es traición a la causa.

DIOS BUSCA UN BEZALEEL

El Señor eligió a Bezaleel para que edifique su santuario. Dios nos ha llamado a la misma misión. El apóstol es claro en la idea de que todos hemos sido llamados a edificar (1 Cor. 3: 10-12). Pablo se llama a sí mismo «sabio arquitecto»¹⁷ (3: 10). Es interesante saber que en los tiempos del Nuevo Testamento con el apelativo de «arquitecto» se denominaba a Bezaleel,¹⁸ a quien se le otorgó «sabiduría» para construir el santuario (Éxo. 31: 3). Esa es la razón por la que debemos poner atención a la vida de Bezaleel, porque en ella se encuentran secretos que transformarán la nuestra.¹⁹

«El Señor habló a Moisés y le dijo: “Mira, yo he llamado por nombre a Bezaleel hijo de Uri, hijo de Hur, de la tribu de Judá, y lo he llenado del Espíritu de Dios, con sabiduría, entendimiento, conocimiento y toda habilidad de artesano, para hacer diseños artísticos y para trabajar en oro, plata y bronce; en el tallado de piedras para engastar, en el tallado de madera y para realizar toda clase de labor”» (Éxo. 31: 1-5, RVA2015). De este texto resaltan tres (3) detalles trascendentes en cuanto a Bezaleel:

- Bezaleel fue llamado por Dios: «Yo he llamado por su nombre a Bezaleel» (vers. 2).
- Bezaleel fue lleno del Espíritu: «Lo he llenado del Espíritu de Dios» (vers. 3).
- Bezaleel fue capacitado con dones especiales, «con sabiduría, entendimiento, conocimiento y toda habilidad» (vers. 3).

Cada cristiano, como Bezaleel, ha sido *llamado, llenado y capacitado*. A nosotros Dios nos «ha llamado conforme a su propósito» (Rom. 8: 28). Somos parte de un «supremo llamamiento» (Fil. 3: 14) que Dios nunca invalidará, «porque los dones y el llamamiento de Dios son irrevocables» (Rom. 9: 29).

Hemos sido llamados para ser *llenos del Espíritu* (Efe. 5: 18), a ser recipientes del *Espíritu* (Gál. 4: 6), a ser adoptados por el *Espíritu* (Rom. 8: 15, 16), a recibir el poder del *Espíritu* (Hech. 1: 8), a ser renovados en el *Espíritu* (Efe. 3: 16), a ser colmados con la plenitud del *Espíritu* (1 Cor. 2: 12), a ser guiados por el *Espíritu* (Rom. 8: 14) y a ser sellados con el *Espíritu* (Efe. 1: 13). Y todos los que son llenos del Espíritu él les otorga dones especiales «a cada uno en particular» (1 Cor. 12: 11, RV95), «a fin de *capacitar a los santos* para la obra del ministerio» (Efe. 4: 12, LBLA). Esos dones son para la edificación de la iglesia (1 Cor. 14: 26).

Notemos los dones especiales con los que Dios dotó a Bezaleel. En Éxodo 31: 3, Dios dice: «lo he llenado del Espíritu de Dios, *con sabiduría*,²⁰ *entendimiento*²¹ y *conocimiento*». ²² La mención de estos tres dones especiales no es casualidad. En Éxodo 35: 31 Moisés repite de Bezaleel que Dios «lo ha llenado del Espíritu de Dios, *con sabiduría, entendimiento, conocimiento*». Cuando Salomón ordenó la construcción del templo, el arquitecto encargado, Hiram de Tiro, también fue «lleno de *sabiduría, entendimiento, conocimiento*» (1 Rey. 7: 14; cf. 2 Crón. 2: 13).

Parece que nadie puede ser parte de la edificación y extensión del santuario de Dios en la tierra sin ser lleno de «sabiduría, entendimiento y conocimiento». ¿Cuál es la razón de ese requisito? La respuesta se encuentra en el libro de Proverbios: «Jehová fundó la tierra con *sabiduría*; afirmó los cielos con *entendimiento* y con su *conocimiento* fueron divididos los océanos» (3: 19, 20). «Sabiduría, entendimiento y conocimiento» son los atributos de Dios que se manifiestan cuando él crea nuevas cosas. Todos los que están ocupados en la tarea divina de «edificar» y extender el Edén/santuario en la tierra deben poseer estos atributos divinos. Es interesante que los dones de sabiduría, entendimiento y conocimiento que tenían Bezaleel e Hiram, son los que Pablo pide para cada miembro de iglesia: «Pido que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, les dé espíritu de *sabiduría* y de revelación en el pleno *conocimiento* de él; habiendo sido *iluminados los ojos de su entendimiento*» (Efe. 1: 17, 18, RVA2015). «*No cesamos de orar por ustedes y de rogar que sean llenos del conocimiento de su voluntad en toda sabiduría y plena comprensión espiritual*» (Col. 1: 9, RVA2015).

Dios busca un Bezaleel hoy a fin de darle *sabiduría* para entender la voluntad de Dios, *conocimiento* para actuar de acuerdo con ella, y *entendimiento* para discernir su magnitud. Dios busca un nuevo “arquitecto” que sea capaz «de comprender, junto con todos los santos, cuál es *la anchura, la longitud, la altura y la profundidad*» (Efe. 3: 18, RVA2015). Para recibir estas dimensiones debemos ser «renovados en el hombre interior por medio de su Espíritu» (Efe. 3: 16) y ser «llenos de toda plenitud de Dios» (Efe. 3: 19).

LA PRUEBA FINAL

Cuando leemos el libro de Éxodo nos sentimos abrumados con la cantidad de detalles que Dios prescribió para el santuario. Medidas exactas, colores específicos, materiales especiales, fabricación cuidadosa, colocación definida y elaboración detallada. Uno se pregunta, ¿qué hubiera ocurrido si Bezaleel hubiese decidido colocar madera donde Dios ordenó oro, o colocar una tela donde Dios prescribió otra? ¿Qué hubiera ocurrido si Bezaleel se hubiera desviado del algún pequeño detalle?

El Señor no pasó el tiempo micromanejando la construcción del tabernáculo. Él dio los detalles de edificación y esperó ser obedecido. El día de la inauguración sería el día de la prueba. «Entonces la nube cubrió el tabernáculo de reunión, y *la gloria de Jehová* llenó la morada» (Éxo. 40: 34). La gloria de Dios, que «es un fuego que consume» (Deut. 4: 24), destruiría todo lo que no hubiera sido construido de acuerdo con el modelo prescrito. Sabemos que Bezaleel construyó el santuario de acuerdo con lo ordenado, porque nada fue destruido el día de su inauguración.

Nosotros también estamos edificando. Podemos poner basura donde Dios esperaba oro, y nada pasa. Podemos vivir una vida de deshonestidad plagada de pecados secretos, y nada pasa. Podemos pretender edificar y vivir para robarnos los materiales, y nada pasa. Podemos reinterpretar las ordenes de Dios y hacer lo que nos conviene en su nombre, y nada pasa. Pero un día viene el fuego. Y el fuego prueba todo. «Si alguien edifica sobre este fundamento con oro, plata, piedras preciosas, madera, heno u hojarasca, *la obra de cada uno será evidente*, pues el día la dejará manifiesta. Porque *por el fuego será revelada*; y a la obra de cada uno, sea la que sea, *el fuego la probará*» (1 Cor. 3: 12, 13, RVA2015).

Muchos que hoy pretenden ser grandes edificadores serán avergonzados en el día final cuando vean todo el edificio que han construido quemado totalmente. Le hicieron trampas a Dios y Dios considerará su vida un desperdicio de sus bendiciones. Muchos, aunque se salven, lamentarán su pérdida eterna al ver que no aportaron nada a la extensión del santuario de Dios en la tierra. Fueron un fraude, pareciendo oro por fuera cuando eran basura interiormente. Sus motivos egoístas mancharon todo lo que hicieron y no pueden resistir el fuego de la gloria de Dios. «Si permanece la obra que alguien ha edificado sobre el fundamento, él recibirá recompensa. Si la obra de alguien es quemada, él sufrirá pérdida; aunque él mismo será salvo, pero apenas, como por fuego» (1 Cor. 3: 14, 15, RVA2015).

Así, mi querido amigo y amiga, la tarea de edificar es solemne. Lo que hacemos hoy tiene consecuencias eternas. Únete conmigo ahora a pedirle a Dios «espíritu de sabiduría, conocimiento y entendimiento» para edificar como él quiere.



REPASEMOS UN POCO

En este capítulo acabamos de analizar el tema de los dones espirituales desde una perspectiva novedosa, bíblica e interesante. Un resumen del capítulo incluye las siguientes ideas:

- A diferencia de los falsos dioses adorados por los paganos, **el Dios de la Biblia es todopoderoso**, autosuficiente para llevar a cabo sus planes y propósitos y es soberano; por lo tanto, llama, capacita y utiliza a todos los que toman parte activa en su obra.
- Desde el principio de la creación, **Dios le ha dado responsabilidades al ser humano**. El capítulo 4 de esta obra nos ha recordado que, en la orden divina de cuidar y labrar el Edén, en conjunto con la orden de llenar la tierra, **el Señor se propuso que toda la tierra llegara a ser un Edén**. Posteriormente, el mandato divino de hacer un santuario se convirtió en el medio para llenar toda la tierra con su gloria. Israel estaba llamado a edificar el santuario para Dios, y el mismo Israel debía ser un templo o casa para la morada de Dios.
- **El apóstol Pablo dice que somos arquitectos de Dios**, constructores, y, al mismo tiempo, piedras vivas con las cuales Dios construye un edificio santo para él. **Y la obra más impresionante es que cada creyente es un templo del Espíritu Santo**. Así la gloria de Dios llena la tierra por medio del testimonio de vida que dan los cristianos en todo lugar.
- **La misión radica en edificar la obra de Dios**. Debemos procurar todo lo que contribuye a esa edificación. La vida cristiana no consiste en vivir para nosotros mismos. Dios nos llama, como llamó a Bezaleel, para llenarnos con su Espíritu y nos da dones y talentos para que ayudemos en la edificación de su reino. Por eso la prueba de que somos cristianos es que **no solo soy bendecido, sino que también soy una bendición para otros**.

Pensando en esto te pregunto:

- Según este capítulo, **¿cuáles fueron las tres cosas que Dios hizo con Bezaleel? ¿Crees que Dios sigue haciendo eso hoy día con nosotros?**
- **¿Cuáles fueron los tres dones que Dios le dio a Bezaleel y por qué son tan importantes?**



- Según la sección final del capítulo, **¿cuál es la prueba final de que Dios está agrado de la forma en que estamos edificando con nuestra vida?**
- **¿Cómo se entiende lo que dice la Biblia en 1 Corintios 3: 14, 15?**
- Según tu opinión, **¿qué importancia tiene para nuestra iglesia el tema de los dones y ministerios espirituales?**




1. Las tabletas cuneiformes del Ciclo de Baal en Ugarit son datadas entre los siglos XVI y XIV a. C.
2. KTU 1.2 iv, 11.
3. KTU 1.2 iv, 25-26.
4. KTU 1.2 iv, 25, 26.
5. KTU 1.2 iv, 31-37.
6. KTU 1.3 v, 38.
7. KTU 1.4 I, 23-28 (compare con KTU 1.3 vi, 21-23).
8. KTU 1.4 v, 50-55.
9. KTU 1.4 vi, 18-21.
10. KTU 1.4 vi, 22-35.
11. KTU 1.4 vi, 36-38. La lectura tradicional es «he edificado mi casa». Por razones lingüísticas yo sigo la lectura de David Noel Freedman, «Temple without hands», en *Temples and High places in Biblical Times*, ed. A. Biran and et al. (Jerusalén: Nelson Glueck School of Biblical Archaeology, 1981), p. 22.
12. Evidencias circunstanciales muestran que el mito de Baal era conocido en Egipto en el tiempo en que la cronología tradicional muestra a Israel morando allá. Sobre el impacto de la mitología siro-palestina en la religión egipcia, ver la obra estándar de Rainer Stadelmann, *Syrisch-palästinensische Gottheiten in Ägypten*, ed. Wolfgang Helck, Probleme der Ägyptologie, (Leiden: E. J. Brill, 1967). Épicas similares eran contadas con otros dioses como protagonistas. Por ejemplo, desde hace mucho tiempo se ha propuesto que el *dios-artesano Kothar* de la religión de Ugarit corresponde *al dios-artesano Ptah* de la religión egipcia. Ver William Foxwell Albright, *Archaeology and the Religion of Israel* (Baltimore: The Johns Hopkins Press, 1968; repr., 2006. With New Introduction by Theodore J. Lewis. Westminster John Knox Press), p. 82. William Foxwell Albright, *Yahweh and the Gods of Canaan. A Historical Analysis of Two Contrasting Faiths*. (London: Athlone Press, University of London, 1968; repr., Eisenbrauns, Winona Lake, Indiana 1978), pp. 136, 137.
13. De todos modos, la Biblia presenta que el verdadero santuario de Dios no fue hecho por los hombres en la tierra, sino que él mora en su santuario en el cielo (1 Rey. 8: 27; Sal. 11: 4). El Nuevo Testamento explica que «el Altísimo no habita en casas hechas por manos» humanas (Hech. 7: 48; 17: 24). La Carta a los Hebreos habla «del verdadero tabernáculo

que levantó el Señor y no el hombre» (Heb. 8: 2). El énfasis es que el verdadero «Dios» se edifica su propio templo.

14. Hasta ahora el mejor estudio sobre *Kothar*, «el dios artesano» cananeo es la tesis no publicada de Mark Stratton Smith, «Kothar wa-Hasis, the Ugaritic Craftsman God» (tesis doctoral, Yale University, mayo de 1985).
15. En la transmisión de la leyenda de *Kothar wahasis* su nombre compuesto en algunos lugares fue interpretado como refiriéndose a dos dioses diferentes pero aliados. Ver Harold W. Attridge and Robert A. Oden Jr., *Philo of Biblos. The Phoenician History. Introduction, Critical Text, Translation and notes.*, ed. Bruce Vawter, The Catholic Biblical Quarterly Monograph Series (Washington, DC: The Catholic Biblical Association of America, 1981), pp. 44, 45, 84. Sobre el fenómeno de fusión de dos nombres de deidades en uno en el mundo siro palestino, ver Mark S Smith, *The Ugariti Baal Cycle. Volume 1. Introduction with text, translation and commentary of KTU I. 1-1.2.*, ed. J. A. Emerton, Supplements to Vetus Testamentum, (Leiden: E. J. Brill, 1994), pp. 170, 171. Es interesante que en la Biblia Bezaleel es dotado de sabiduría junto con otra persona, Oholiab: «He aquí, yo he escogido con él a Oholiab» (Éxo. 31: 6, RVA2015).
16. El contexto de esta cita de Isaías es la restauración de Israel. Pero este representa el cumplimiento de la misión edénica, antes de la caída, adaptada a la entrada del pecado en el mundo. La relación del Edén con el santuario y sus implicaciones para la misión del pueblo de Dios es un tema que ha sido tratado en la literatura académica. Por su carácter de síntesis de anteriores investigaciones y por su accesibilidad, la mejor recomendación es leer a G. K. Beale, *The temple and the church's mission. A biblical theology of the dwelling place of God*, ed. D. A. Carson, New Studies in Biblical Theology (Downers Grove, Illinois: InterVarsity Press, 2004).
17. «*Sofos architecton*».
18. Flavio Josefo, *Antigüedades Judías, Libro 3*. Secciones 104–6.
19. El edificio de Dios (templo) es compuesto tanto de judíos como gentiles. Es interesante saber que, aunque el tabernáculo de Moisés fue construido por un israelita de la tribu de Judá, Bezaleel (Éxo. 31: 1, 2), el templo de Salomón fue construido en todo (2 Crón. 2: 13, 14), o en parte (1 Rey. 7: 13-15) por un gentil, Hiram, cuyo padre era de Tiro.
20. *Hokmah*.
21. *Tebunah*.
22. *Da'at*.



Si el plan de Dios es
extender el santuario,
entonces la misión de
cada miembro de iglesia
se centra en "edificar"





5 Mujeres y espejos: el sentido de darlo todo



Di a los israelitas que recojan una ofrenda para mí. Deben recogerla entre todos los que quieran darla voluntariamente y de corazón
(Éxo. 25: 2, DHH)



LA RUTA SE ALARGABA Y FALTABA mucho por llegar. Después de horas tortuosas de camino y de prisa había llegado el mediodía. El hambre y el cansancio arrastraron a Jesús al pozo de Jacob. Entonces «vino una mujer de Samaria para sacar agua, y Jesús le dijo: “Dame de beber”» (Juan 4: 7, RVA2015). Mujeres en un pozo es un tema común en la historia bíblica (Gén. 29: 10; Éxo. 2: 16), como común era que una mujer te diera de beber (Gén. 24: 14, 17, 18). Que las mujeres eran las encargadas del agua lo sabemos porque esa actividad incluso marcaba un tiempo del día: «La hora del atardecer, cuando las jóvenes salían para sacar agua» (Gén. 24: 11, RVA2015; 1 Sam. 9: 11).

Esta relación entre el pozo, el agua y las mujeres quedó inmortalizada en el tabernáculo de Moisés. En la entrada del santuario, entre el altar y el lugar santo, había una fuente de agua, construida en bronce, donde los sacerdotes debían lavarse antes de entrar al santuario interior (Éxo. 30: 17-21). Esa fuente de agua no fue hecha con las ofrendas generales del pueblo, sino con un donativo particular de un grupo de mujeres: «Hizo también la fuente de bronce con su base de bronce, *de los espejos de las mujeres* que prestaban servicio a la entrada del

tabernáculo de reunión» (Éxo. 38: 8, RVA2015). El texto es breve, pero está lleno de información relevante:

- La fuente de agua era de bronce.
- Fue construida con los espejos que pertenecían a un grupo de mujeres.
- Estas mujeres «prestaban servicio a la entrada del tabernáculo».

El punto esencial es que *la fuente de bronce fue hecha con recursos adquiridos en una ofrenda especial a Dios, por un grupo particular de personas con una función específica*. Dejemos que Dios nos bendiga al descubrir por qué la fuente fue construida con una ofrenda privada y por qué Dios quiso que esa ofrenda fuera provista precisamente por mujeres.

DIFICULTADES DEL TEXTO

Este pequeño versículo ha sido analizado por distintas razones: 1) por la función que desempeñaban las mujeres, 2) por el significado de los espejos,¹ 3) por si las mujeres en realidad los donaron, o les fueron quitados a la fuerza por los líderes.

Sabemos que la función de esas mujeres en el tabernáculo se extendió por lo menos hasta el tiempo del sacerdote Elí, en Silo. En 1 Samuel se alude claramente a «las mujeres que servían a la entrada del tabernáculo de reunión» (1 Sam. 2: 22, RVA2015).² Una traducción literal de Éxodo 38: 8 se refiere a «las servidoras que servían».³ El verbo usado para describir las tareas de esas mujeres es el mismo usado para describir el «servicio» de los levitas en el santuario (Núm. 4: 23, 35, 39, 43; 8: 24, 25). La dificultad para ver en la labor de esas mujeres un auténtico ministerio en el tabernáculo tiene más que ver con nuestros prejuicios sociales y teológicos que con el significado del texto.

De que los espejos fueron donados libre y voluntariamente por las mujeres se puede inferir por dos líneas de evidencia. En primer lugar, tenemos constancia de que los espejos eran usados como ofrenda a los dioses desde tiempos antiguos.⁴ En segundo lugar, el relato bíblico deja claro que el plan de Dios era que el santuario fuera construido con las ofrendas voluntarias que diera el pueblo. «Di a los israelitas que recojan una ofrenda para mí. Deben recogerla entre todos los que quieran darla voluntariamente y de corazón [...]».

Me erigirán un santuario, y habitaré en medio de ellos» (Éxo. 25: 2, 8, DHH). «Tanto hombres como mujeres, toda persona de corazón generoso vino trayendo prendedores, aretes, anillos, collares y toda clase de objetos de oro. Todos presentaron al Señor una ofrenda de oro» (Éxo. 35: 22, RVA2015).

Todavía nos queda un problema por mencionar. Se dice que el altar fue hecho de los «espejos de las mujeres que servían *en la puerta del tabernáculo*» (Éxo. 38: 8). Si las mujeres donaron para la construcción del tabernáculo eso indica que el tabernáculo no estaba construido todavía. Y si no había tabernáculo, ¿dónde ministraban las mujeres que donaron para su construcción?

Dejaremos la respuesta a esta pregunta para el final. El hecho es que podemos decir con cierta seguridad que en el santuario había mujeres que rendían un servicio en la puerta, y que desprenderse de sus espejos fue el paso clave para la construcción de la fuente de bronce. Pero pasemos ahora a lo más importante: el significado de la fuente de bronce.

LAVAMIENTO ANTES DE UN ENCUENTRO

La fuente de agua estaba colocada en la entrada del lugar santo. La orden de Dios dada a los sacerdotes era: «Cuando entren en el tabernáculo de reunión, se lavarán con agua, para que no mueran» (Éxo. 30: 20, RVA2015). Es decir, *no se podía entrar a la presencia de Dios sin haber sido lavados*.

Cuando Jacob se preparaba para encontrarse con Dios, dijo a su familia: «*Límpiese y cambien sus ropas, entonces levantémonos y subamos a Bet-el y allí haré un altar a Dios*, quien me respondió en el día de mi angustia» (Gén. 35: 2, 3). Jacob entendía que *la limpieza era necesaria para encontrarse con Dios* en Bet-el.

Lo mismo ocurrió en Sinaí. «Jehová dijo a Moisés: “Ve al pueblo, y santificalos hoy y mañana. *Que laven sus vestidos* y estén preparados para el tercer día, porque al tercer día *Jehová descenderá a la vista de todo el pueblo sobre el monte Sinaí*”» (Éxo. 19: 10, 11, RV95). Si *el pueblo no se lavaba no podrían resistir la presencia de Dios* en el monte.

El Sinaí fue el primer santuario para Israel (cf. Sal. 68: 17). Al igual que en el santuario había límites para el pueblo y había lugares que ni

los sacerdotes podían entrar sino solo el sumo sacerdote, así también ocurrió en el Sinaí. El pueblo (Éxo. 19: 12, 13, 21) y los sacerdotes comunes (19: 22, 24) no podían subir a lo que podríamos llamar el «lugar santísimo» del monte donde solo Moisés y Aaron podían subir (19: 24).

Es interesante saber que en la falda del monte corría un arroyo de agua. En ese «arrollo que descendía del monte» echó Moisés las cenizas del becerro de oro (Éxo. 32: 20; Deut. 9: 21). Esas aguas no eran aguas naturales, eran las aguas de la «peña en Horeb» que Dios milagrosamente hizo brotar para bendecir a su pueblo (Éxo. 17: 6).⁵ De modo que al igual que en el santuario, antes de gozar de la presencia de Dios en el Sinaí, el pueblo tenía que lavarse con las aguas del arroyo que brotaban de la «peña de Horeb». El lavacro en el santuario fue un sustituto y extensión de la experiencia de lavamiento del pueblo con estas aguas milagrosas en el monte Sinaí.

Nosotros también para acercarnos al santuario, tenemos que recibir el lavamiento espiritual que limpia nuestras conciencias. «Así que, hermanos, teniendo confianza para entrar en el santuario [...], acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, *purificados los corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua pura*» (Heb. 10: 19, 22).

LAVAMIENTO Y FALSOS DIOSES

El lavamiento conlleva el abandono de falsos dioses. Cuando Jacob invitó a su familia a lavarse esa preparación incluía el abandono de la idolatría. «*Desháganse de todos los dioses* extraños que tengan con ustedes, *purifíquense* y cámbiense de ropa» (Gén. 35: 2, NVI). El profeta Ezequiel muestra que para Dios el lavamiento incluye la erradicación de otros dioses. «*Esparciré agua limpia sobre ustedes, y ustedes quedarán limpios* de todas sus impurezas, pues los limpiaré *de todos sus ídolos*» (36: 25).

El profeta Isaías vaticina el día «*cuando el Señor lave la inmundicia* de las hijas de Sion» (Isa. 4: 4, RV95). Esa «inmundicia» que Dios quería lavar en su pueblo se refería a los adornos idolátricos descritos en el capítulo anterior. «Las hijas de Sion» estaban seducidas por el hechizo de su propia vanidad (Isa. 3: 16-23). Todo el que desea tener un encuentro con Dios necesita ser lavado de sus vanidades y de su actitud centrada en el yo.

Ovidio, el famoso escritor latino, nos recuerda el mito de Narciso, que, encontrando un pozo sereno en el bosque, se enamoró de su propia imagen reflejada en el agua. «Se admira [...] inconscientemente se desea a sí mismo. Prorrumpe en alabanzas, pero él mismo es quien es alabado. Busca, y se encuentra a sí mismo [...] y lanza besos sin sentido a la imagen elusiva reflejada en el pozo».⁶

En el mundo de hoy los «narcisos» abundan. Nuestra generación posee un sentido exagerado de su propia importancia. En un tiempo cuando el *selfie* es la foto más frecuente, *el espejo es el mejor símbolo de nuestra idolatría*. Vivimos en un tiempo donde las personas no quieren ser *transformadas* por un ideal superior, sino *reafirmadas* en su propia actitud.

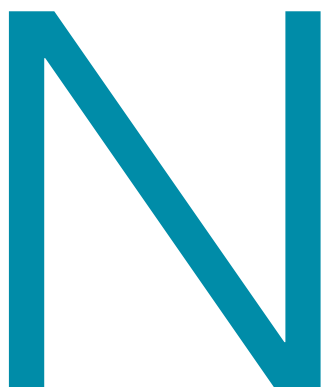
Cuando el valor supremo es «amarse uno mismo», el «así soy yo» constituye una máxima moral y la espiritualidad no es más que una sensación de bienestar, los sacramentos son un *espejo ritual* donde encontramos al dios de este siglo, la imagen de uno mismo.

El mensaje de la fuente nos recuerda que si queremos ser lavados y transformados tenemos que construir el lavacro con nuestros propios espejos. Debemos abandonar la obsesión con el yo para tener un encuentro con la gloria del Dios trascendente que nos espera en el santuario.

LA VICTORIA DE DIOS

La colocación de la fuente de agua en el santuario también servía de recordativo para Israel de que Dios tiene control del «mar». De paso, cuando el tabernáculo de Moisés fue reemplazado por el templo de Salomón, la fuente de agua de bronce fue sustituida por un «mar⁷ de bronce fundido» en la entrada del templo (1 Rey. 7: 23-25). Eso prueba que la fuente de bronce tenía que ver con el significado del mar.

La soberanía divina sobre el mar se muestra en Génesis cuando Dios divide las aguas, convierte el caos en creación y disipa las tinieblas (Gén. 1). Cuando la columna de la presencia divina dirigió al pueblo en el cruce del mar Rojo (Éxo. 14: 19-21) esto también fue visto como la soberanía divina sobre «el mar» (Sal. 74: 12-15; Isa. 51: 9; Eze. 32: 2). «Jehová se sienta sobre la inundación. Jehová se sienta como rey para siempre» (Sal. 29: 10). «Se ha vestido de magnificencia. Jehová se ha vestido de poder y está preparado. Estableció al mundo, y no se moverá. Su



unca pensaron las mujeres que esos espejos usados para contemplar su propia belleza, puestos al servicio del santuario, serían una fuente de salvación para muchos, proclamarían la victoria de Dios y reflejarían su gloria.

trono es inmóvil desde tiempos antiguos; tú eres desde la eternidad. Alzaron las aguas, oh, Jehová, alzaron las aguas su voz; alzaron los ríos su ruido. Jehová en las alturas es más poderoso que el estruendo de muchas aguas, más que las tempestuosas olas del mar» (Sal. 93: 1-4).

En las manifestaciones de Dios a su pueblo, él trató de repetir el mismo mensaje. Cuando los ancianos de Israel vieron a Dios en Sinaí, observaron una plataforma de zafiro *debajo de él* (Éxo. 24: 10). Cuando Ezequiel tuvo una visión de la gloria de Dios también observó «una bóveda semejante a un cristal impresionante» (Eze. 1: 22, RVA2015). Y «*por encima de la bóveda [...] había la forma de un trono que parecía de piedra de zafiro*» (Eze. 1: 26, RVA2015; cf. 10: 1). La palabra hebrea que en Ezequiel se ha traducido «bóveda» [*raqui'a*] es la misma que en Génesis se usa para hablar de la «expansión» que divide las aguas (Gén. 1: 6-8). El cuadro así se completa, y la imagen se hace clara: *Dios tiene su trono sobre el mar*, Dios es más poderoso que las fuerzas enemigas.

Así como el pueblo experimentó la victoria sobre el mar, antes de encontrarse con Dios en Sinaí, así también el lavacro colocado antes de la entrada al lugar santo, era un recordativo para los sacerdotes de que el Dios con quien se encontrarían en el santuario había triunfado sobre sus enemigos.

LA GLORIA DE DIOS REFLEJADA

Cuando el apóstol Pablo dice que los creyentes del nuevo pacto miran «a cara descubierta como *en un espejo*⁸ la gloria del Señor» (2 Cor. 3:

18) se está haciendo eco del significado bíblico del agua (mar) del lavacro y de los espejos que sirvieron como material en su construcción.

El libro de Génesis nos cuenta que «la tierra estaba desordenada y vacía. Las tinieblas estaban sobre la faz del océano, y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas. Entonces dijo Dios: Sea la luz, y fue la luz» (Gén. 1: 2, 3). Esta luz que se abrió paso en las tinieblas fue primero reflejada en el agua. El agua fue el primer espejo de la luz de la gloria de Dios.⁹ El apóstol Pablo aplica el evento creador a la vida cristiana: «Porque Dios que mandó que de las tinieblas resplandezca luz, es el que ha resplandecido en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo» (2 Cor. 4: 6).

La luz que se reflejaba «en la faz de las aguas» en Génesis 1, es «la gloria de Dios en la faz de Jesucristo» en Pablo. Más aun, la gloria que se refleja «como en un espejo» en 2 Corintios 3 es la gloria que se refleja simbólicamente en el agua, la «faz de Cristo», en el capítulo 4. Así, los espejos, la superficie del agua y Cristo se unen para dar sentido a la fuente de bronce en el santuario.

No solo las aguas de la creación fueron vistas como un espejo, sino también las aguas del mar Rojo. «Por el soplo de tu aliento se amontonaron las aguas; las olas se acumularon como un dique; las aguas profundas se congelaron en medio del mar» (Éxo. 15: 8, RVA2015). Vemos que se habla del mar como un bloque congelado. Una muy antigua tradición judía comenta: «El mar se congeló en ambos lados y se convirtió en un tipo de espejo de cristal».¹⁰ La liberación de Israel entonces fue un espectáculo impresionante de luz y reflejos. ¡Imagina la gloria de Dios como una columna de fuego sobre¹¹ el mar convertido en un espejo de cristal! El lavacro hecho de los espejos de las mujeres tenía como objetivo perpetuar esa experiencia en la vida de los israelitas que visitaban el santuario.

En Israel, la gloria de Dios estaba sobre el tabernáculo (Lev. 9: 23; Núm. 20: 6). Cuando alguien miraba hacia el lavacro, no veía su imagen en el agua, sino la gloria de Dios reflejada en ella. La renovación espiritual no se consigue mirando nuestra propia imagen, sino que es «mirando a cara descubierta *como en un espejo la gloria de Dios*» que «somos transformados de gloria en gloria» (2 Cor. 3: 18).

GUARDAS DEL SANTUARIO

Ahora trataremos de entender cuál era la función de las mujeres en el santuario. Ya vimos que la raíz hebrea que describe su servicio (*tsb'*) refiere también el ministerio de los levitas (Núm. 4: 23). Cuando la Biblia habla de «Jehová de los ejércitos» (*yaweh tseba'ot*), la palabra «ejército» es de la misma raíz usada para el «servicio» de las mujeres (1 Sam. 4: 4). La palabra tiene definitivamente una connotación militar (Núm. 31: 53; 32: 27). Eso sugiere que la función de las mujeres tuvo más que ver con «proteger» y «cuidar» que con otro deber.¹²

La orientalista Susan Ackerman ha coleccionado una gran cantidad de información arqueológica e iconográfica del Antiguo Cercano Oriente y específicamente del Levante, donde se muestran las figuras femeninas guardando la puerta de santuarios.¹³ El tabernáculo también era cuidado por los levitas (Núm. 3: 5-8). Esto nos convence más de la idea de que las mujeres también cumplían una función de protección.

Estas mujeres se mencionan en el relato del tabernáculo del desierto (Éxo. 28: 8) y mucho tiempo después en Silo (1 Sam. 2: 22), pero no se mencionan en el templo de Salomón. Sin embargo, notamos que la fuente de bronce (mar) en el templo de Salomón era sostenida por doce figuras de animales debajo de ella (1 Rey. 7: 23, 25, 44).

La bóveda debajo del trono de Dios en Ezequiel también era sostenida por animales (Eze. 1: 22), que luego sabemos que «eran querubines» (Eze. 10: 20). Lo mismo se muestra en Apocalipsis. «Y delante del trono hay como un *mar de vidrio*, semejante al cristal. Junto al trono, y alrededor del mismo, hay *cuatro seres vivos* llenos de ojos por delante y por detrás» (Apoc. 4: 6, RVA2015). Si esta *bóveda* de Ezequiel y el *mar de vidrio* de Apocalipsis son representaciones de la fuente de agua, entonces las mujeres están cumpliendo una función de «querubines», guardar y proteger el santuario de Dios.

Recordemos que el deber de Adán era también «guardar» el santuario del Edén (Gén. 2: 15). Cuando por su pecado el hombre falló a su cometido, Dios puso querubines «para guardar el camino al árbol de la vida» (Gén. 3: 24). En el Edén, el Señor puso querubines

a cumplir lo que le tocaba hacer al hombre; y en el santuario, puso a mujeres a reemplazar los querubines del Edén.

Dios está revertiendo en el santuario la historia del Edén. El Edén no pudo ser «guardado» por Adán, porque la serpiente usó a una mujer para lograr sus planes (Gén. 3: 12, 13). Ahora les tocaría a las mujeres «proteger» el santuario. Sus armas no estarían en ellas, sino *en los espejos y el agua*, que muestran que Dios ha triunfado sobre toda fuerza del mal y que solo él reina supremo. Ellas son parte de un «ejército» (*tsaba'*) y su jefe es «Jehová de los Ejércitos» (*tseba'ot*).

UNA RAZÓN ADICIONAL

Existe una razón adicional por la que Dios colocó mujeres en relación con la fuente de agua. Sabemos que del Edén salía un río que regaba toda la tierra (Gén. 2: 10-14). En el templo que vio Ezequiel estas aguas del Edén simbolizaban la vida que fluye del templo (Eze. 47: 1-9) y en las visiones de Apocalipsis se dice del río que tiene «aguas de vida» (Apoc. 21: 6; 22: 1).

Después del pecado, la mujer cumplió una función análoga al río en el Edén. «Y llamó Adán el nombre de su mujer “Eva”, porque ella era la madre de todos los vivientes» (Gén. 3: 20). Desde entonces, en la Biblia, el agua ha tenido el sentido de generadora de vida, como la mujer.¹⁴

En Génesis se habla de dos tipos de aguas, «las aguas que están debajo de la expansión» (mares) y «las aguas que están arriba de la expansión» (Gén. 1: 7). El quinto día de creación las aguas de «arriba» fueron llenas de aves, y las aguas de «abajo» fueron llenas de peces, entre ellos «los grandes monstruos marinos» (Gén. 1: 20, 21). Es interesante saber que la frase «seres vivos» es mencionada por primera vez por Dios en relación con las aguas (1: 20). En Génesis 1: 2 se dice que el Espíritu se «movía». Este verbo en hebreo refleja la acción de un ave.¹⁵ Por eso el versículo podría ser traducido como «el Espíritu de Dios revoloteaba» sobre las aguas. Así, el Espíritu de Dios y las aves son relacionados con las «aguas de arriba». Por otra parte «los grandes monstruos marinos» que surcan «las aguas de abajo» son relacionados en la historia bíblica, como ya vimos, con las fuerzas del mal.

En el mundo de imágenes bíblicas, los monstruos de las aguas de abajo (el mar) toman la forma de una serpiente. Isaías 27: 1 llama «serpiente»

al «dragón que está en el mar»; y en Apocalipsis al dragón del mar se le llama «serpiente antigua, diablo y satán» (12: 9). Esto indica que los escritores bíblicos unieron las imágenes de los «monstruos del mar» en Génesis 1 con la serpiente del capítulo 3.

En Génesis 3: 15 se habla de la «simiente» de la serpiente, y de la «simiente de la mujer». Si expresamos la misma idea con el lenguaje de Génesis 1, podemos decir, que la simiente de la serpiente son los que nacen de las aguas de abajo (el mar, con el dragón), y la simiente de la mujer son los que nacen de las aguas de arriba (con el Espíritu). Esta es la razón por la que Jesús le dijo a Nicodemo que tenía que «nacer de arriba»,¹⁶ es decir «de agua y de Espíritu» (Juan 3: 3, 5). Los que hemos nacido de abajo, «hijos del diablo» (Juan 8: 44), tenemos que volver a nacer «de arriba», es decir, «nacer de Dios» (1 Juan 5: 4).

Toda esta relación entre el agua y dar vida es la razón por la que la más explícita explicación del significado de la fuente del santuario tiene que ver con nacer de nuevo. «Él nos salvó, no por las obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino según su misericordia; por medio del *lavamiento de la regeneración* y de la renovación del *Espíritu Santo*» (Tito 3: 5, RVA2015). Aquí «lavarse» equivale a «nacer de nuevo» (regeneración) y ser renovados por el Espíritu.

REGRESO AL EDÉN

Ahora nos toca regresar al Edén. Pero lo mismo que en el santuario, para entrar al Edén tenemos que ser lavados. «Bienaventurados los que *lavan sus vestiduras*, para que tengan derecho *al árbol de la vida* y para que *entren en la ciudad por las puertas*» (Apoc. 22: 14, RVA2015). Aquí es clara la alusión a la fuente a la entrada del santuario: *solo los que se lavan entran*. También se hace alusión al Edén: los que se lavan comen del árbol de la vida. Pero este lavamiento no es en las aguas de un río, o en una fuente de bronce. Los que entran al Edén son «los que vienen de la gran tribulación; que han lavado sus vestidos y los han emblanquecido *en la sangre del Cordero*» (Apoc. 7: 14, RVA2015). Cristo es la nueva fuente de vida, su sangre es la verdadera agua para lavar el pecado.

Jesús le dijo a la samaritana que en el nuevo pacto ya no se necesitaba ir a un templo a buscar el agua. Quien acepta a Cristo «en espíritu y

en verdad» (Juan 4: 24) «nunca tendrá sed» (4: 14). Mejor aún, «el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna» (vers. 14, RV95). Todo el que cree en Cristo tiene algo más que la fuente de bronce en su alma. En Cristo ha sido lavado, en su interior está la prueba de la victoria de Dios, y en su corazón se refleja su gloria. Los que bebemos de Cristo sentimos un poder regenerador que nos impulsa a ser una «nueva creación» y a reclamar nuestro lugar con Dios como «nacidos de arriba».

EL PREMIO DE LA GENEROSIDAD

Al principio de nuestra reflexión dejamos un interrogante por resolver. Si las mujeres donaron sus espejos para la construcción de la fuente del tabernáculo, eso indica que el tabernáculo no estaba construido cuando ellas hicieron su donativo. Entonces, ¿por qué son ellas descritas como «las que sirven en el tabernáculo»?

La respuesta a esta pregunta es más simple de lo pensado. El autor bíblico está describiendo el ministerio de las mujeres retrospectivamente. Es como si dijera: «La fuente fue hecha (*en el pasado*) con los espejos de las mujeres que (*en el presente*) sirven en el santuario». Si este es el caso, entonces las mujeres no solo donaron los espejos antes de que hubiera santuario, sino *antes de que Dios les asignara un ministerio en el santuario*. Podemos decir que, al ellas donar sus espejos, crearon la base de su ministerio.

La generosidad y la entrega total¹⁷ son la base del ministerio. Porque unos donan sus espejos, otros pueden ser lavados en la fuente. Nunca pensaron las mujeres que esos espejos usados para contemplar su propia belleza, puestos al servicio del santuario, serían una fuente de salvación para muchos, proclamarían la victoria de Dios y reflejarían su gloria.

Un día esas mismas mujeres estarán sobre otro mar, el «mar de vidrio mezclado con fuego», el agua reflejando la gloria de Dios (Apoc. 15: 2) y cantando el canticó de redención¹⁸ (15: 3) sabrán muy adentro, que valió la pena darlo todo.



REPASEMOS UN POCO

Entre las enseñanzas que debemos preservar del capítulo 5 podríamos considerar las siguientes:

- **La fuente de bronce nos advierte que debemos lavarnos antes de presentarnos delante de Dios.** Ese lavamiento representa entrega total para ser transformados por la contemplación de la gloria de Dios. Hoy, ese lavamiento no necesitamos hacerlo a través de un rito en un templo. La Biblia enseña que los que entrarán al Edén son «los que han lavado sus vestidos y los han emblanquecido en la sangre del Cordero» (Apoc. 7: 14, RVA2015). Cristo es la nueva fuente de vida, su sangre es la verdadera agua para lavar el pecado.
- **El lavacro y luego el mar de bronce fundido en el templo construido por Salomón eran símbolos del Dios victorioso sobre sus enemigos.** Como Israel, antes de encontrarse con Dios en el Sinaí, vio la derrota de sus enemigos en el mar Rojo, asimismo el adorador tenía que pasar por el mar de bronce, antes de entrar al lugar santo. Así recordaba que adoraba a un Dios victorioso, y, por lo tanto, la adoración debía ser gozosa y agradecida. Hoy día, como adoradores de Dios, podemos estar seguros de nuestra salvación en el Cristo victorioso.
- **La construcción de la fuente de bronce se hizo una realidad gracias a que las mujeres se despojaron de una de sus prendas más valiosas: sus espejos de bronce.** De ese modo demostraron que sus aportes fueron fundamentales para la construcción de este mueble tan especial. Su acto desinteresado les aseguró un lugar preeminente en el relato de la construcción del santuario.

Y ahora algunas preguntas:

- En el segmento titulado: El premio de la generosidad, se mencionan dos cosas que son la base de todo ministerio. ¿Cuáles son? y ¿por qué?
- Las mujeres que donaron sus espejos, para la construcción del lavacro, colaboraron para que muchos pudieran lavarse y entrar a la presencia de Dios. ¿Qué nos enseña esto en cuanto a lo que puede pasar si ponemos nuestras posesiones al servicio del Señor?
- ¿De qué manera el ministerio de las mujeres sigue siendo un factor clave para la obra de Cristo?

1. El uso de espejos en Egipto está documentado exhaustivamente por Christine Lilyquist, *Ancient Egyptian Mirrors. From the Earliest Times Through the Middle Kingdom*, ed. H. W. Müller, Münchner Ägyptologische Studien, (München, Berlin: Deutscher Kunstverlag, 1979).
2. La palabra «mujeres» (*nashim*) no aparece en Éxodo 38: 8, pero es sugerida por el verbo: «las que servían en el tabernáculo». En 2 Samuel 2: 22 sí se mencionan explícitamente.
3. La expresión hebrea *hatsobe'ot aser tsabe'u* es un juego de palabra con la raíz del verbo *tsb'*, que significa «cumplir un deber o servicio».
4. Una muy completa evaluación de la evidencia se encuentra en Laura Quick, «Through a Glass, Darkly: Reflections on the Translation and Interpretation of Exodus 38: 8», *Catholic Biblical Quarterly* 81, n.º. 4 (2019), pp. 595-612.
5. Monte Sinaí y monte Horeb son dos nombres bíblicos para el mismo monte (Éxo. 3: 1; 16: 1, 6; 19: 1, 11, 20; Deut. 4: 10, 15; 5: 2).
6. Ovidio, *Metamorfosis*. Libro 3. 424-427.
7. Yam.
8. Verbo griego *katoptrizo* indica «mirar en un espejo». La base del verbo es el sustantivo *katoptron*: «espejo».
9. En los tiempos antiguos, el agua era usada como espejo natural, posiblemente desde antes de la invención de espejos metálicos. El vidrio se usó como espejo en tiempos muy tardíos varios siglos avanzada nuestra era.
10. Mekilta de Rabbi Ishmael, *Beshallah* v. 12, 13.
11. Éxodo 14: 24 implica que la columna de fuego estaba sobre el mar.
12. Jerónimo en la Vulgata traduce *observabant*, que significa, observar, cuidar. La idea de mujeres como «guardianas» aunque no es original de ella, la he tomado de Susan Ackerman, «Mirrors, drums and trees», en *Congress Volume Helsinki 2010*, ed. M. Nissinen, Supplements to Vetus Testamentum (Leiden: Brill, 2012), pp. 537-567.
13. En adición al artículo anterior, se pueden encontrar una colección de imágenes en Susan Ackerman, *Women and the Religion of Ancient Israel*, ed. J. J. Collins, The Anchor Yale Bible Reference Library, (New Haven, Connecticut: Yale University Press, 2022), pp. 311-333.
14. Philippe Reymond, *L'Eau, sa vie et sa signification dans l'Ancien Testament*, ed. G. W. Anderson, Supplements to Vetus Testamentum, (Leiden: E. J. Brill, 1958), pp. 1-9, 234.
15. El verbo *rehap* solo se usa en el Pentateuco en Génesis 1 y en Deuteronomio 32: 11 donde describe el movimiento de las aves.
16. La palabra tradicionalmente traducida como «de nuevo» en Juan 3: 3 (*anōthen*) es usada en el mismo capítulo para indicar lo que procede de «arriba» (3: 31). Los dos significados son válidos. Juan seguramente está jugando con el doble significado lo que es común en él (Juan 3: 8).
17. Es interesante saber que el símbolo de la raíz jeroglífica egipcia para la palabra vida (*ankh*) es ⚚. No solo tiene el símbolo y la forma de un espejo, sino que la palabra espejo se escribe igualmente con *ankh*. Debo añadir que es discutido si el símbolo ⚚ designa los lazos de una sandalia, un cubre-pene o un espejo. En todo caso, existe en el mundo egipcio una relación entre «espejo» y «vida». Cuando las mujeres entregaron sus espejos, ¿entregaron sus vidas?
18. En Éxodo 15: 20, 21, las mujeres son señaladas especialmente como activas cantando con Moisés. Ellas fueron las que más celebraron la victoria de Dios sobre el mar y sus enemigos dando liberación a su pueblo.



6

Acán:
la maldición
de lo sagrado



Pero toda la plata,
el oro y los utensilios
de bronce y de hierro serán
consagrados al Señor
y formarán parte
del tesoro del Señor
(Jos. 6: 19, (RVA2015))



EL HUMO TODAVÍA SE LEVANTABA en los escombros de Jericó. La ciudad amurallada ya no despertaba terror. Muchos años atrás, una generación anterior rehusó entrar a la tierra prometida por temor a los gigantes. Ahora sus hijos veían cómo fuerzas invisibles echaban a tierra sus muros. La emoción se sentía en el aire. Los gritos de victoria eran adrenalina en las venas de los soldados. ¿Cuál sería la próxima hazaña? Ya el plan estaba en la mente de Josué. A unas cuantas millas de Jericó se encontraba la ciudad de Hai y esta debía ser el siguiente paso en la conquista.

Josué envió espías a evaluar la situación (Jos. 7: 2). Estos retornaron con un informe positivo. «No es necesario que todo el pueblo se fatigue. Bastará con que vayan dos mil o tres mil hombres. Ellos podrán derrotar a Hai, porque los de allí son pocos» (7: 3, RVC). Tres mil hombres fueron enviados y regresaron derrotados. En el intento, treinta y seis de ellos perdieron la vida. El pueblo no lo podía creer. ¿Los había abandonado Jehová? ¿Tenía Hai un “dios” más poderoso? Habiendo provocado a los cananeos, descubrieron su debilidad cuando más necesitaban ser fuertes y «el corazón del pueblo desfalleció y vino a ser como agua» (Jos. 7: 5, RVA2015).

Al inicio de la conquista de Jericó, Rahab la ramera informó a los espías que «el miedo de ustedes ha caído sobre nosotros [...] y nuestro corazón ha desfallecido» (Jos. 2: 9, 11). Cuando cruzaron el Jordán, los reyes del área temieron

a Israel y «el corazón de ellos desfalleció» (Jos. 5: 1). Pero ahora es Israel quien teme y su temor presagia que ellos han llegado a ser como los cananeos.

Josué corre al arca y en actos de luto y humillación reclama a Dios una explicación (Jos. 7: 6-9). Jehová no acepta el espectáculo e informa a Josué que si hay alguien en falta no es Dios. El pueblo ha pecado¹ y ha quebrantado el pacto; y mientras permanezcan en esa situación, Dios no estará con ellos y no tendrán victoria (Jos. 7: 10-12). Dios había ordenado la total destrucción de Jericó,² pero el pueblo había tomado de los despojos. La única solución consistía en purificarse y seguir las instrucciones divinas para encontrar al culpable. Este debía ser eliminado del pueblo con todo lo que poseyera (Jos. 7: 13-15). Josué siguió la orden de Dios y pronto todo fue descubierto. El culpable era «Acán hijo de Carmi, hijo de Zabdi, hijo de Zéraj, de la tribu de Judá» (7: 18).

Josué demanda una explicación y Acán confiesa: «En verdad he pecado contra Jehová, el Dios de Israel [...]. Cuando vi entre el botín un manto de Sinar, doscientos siclos de plata, un lingote de oro de cincuenta siclos de peso, lo codicié, lo tomé y todo lo escondí bajo la tierra en medio de mi tienda, y la plata debajo de todo» (Jos. 7: 20, 21).

Josué envió mensajeros a la tienda, y encontraron todo como Acán había dicho. Luego Josué tomó todas las posesiones de Acán, incluyendo su familia³, y lo llevaron al valle de Acor donde fue apedreado y quemado. Antes de darle muerte, Josué lo confrontó diciéndole: «¿Por qué nos has perturbado? ¡Que Jehová te perturbe a ti en este día!» (Jos. 7: 25). La historia termina con una etiología relacionando el valle donde Acán fue ajusticiado con las consecuencias de su pecado sobre el pueblo. «Por eso hasta hoy este valle se llama Acor» (7: 26). Cuando la justicia divina quedó satisfecha (Jos. 7: 26), Hai fue atacada otra vez. Usando una emboscada como estrategia, y contando con la presencia divina, la ciudad fue tomada. De Hai, según el narrador, solo quedó un montón de ruinas (8: 1-29).

EL RIESGO DE USAR LO QUE PERTENECE A DIOS

Al caer los muros de Jericó, Josué advirtió al pueblo: «La ciudad será dedicada⁴ a Jehová para destrucción; ella con todas las cosas que están en ella. Apártense de lo que es dedicado a destrucción, no toquen

lo que está dedicado para ser destruido» (Jos. 6: 17, 18).⁵ Por victoria y dedicación, la ciudad de Jericó pertenecía a Jehová. Esa es la razón por la que Josué suplicó y advirtió al pueblo de no tocar lo «dedicado a Jehová». Desde esa perspectiva, el pecado de Acán consistió primeramente en retener para sí lo que pertenecía a Dios.

En Deuteronomio 7: 26 se nos dice: «No metas en tu casa ninguna abominación, para que no seas dedicado a destrucción como ella. La detestarás y aborrecerás, porque está destinada a destrucción». Ese es el sentido de la advertencia de Josué en Jericó: «Apártense de lo que es dedicado a destrucción, no toquen lo que está dedicado para ser destruido, no sea que conviertas el campamento en destinado a destrucción» (Jos. 6: 18). La lógica es clara: si te aferras a lo que Dios ha destinado para destrucción, entonces te conviertes en una persona destinada a destrucción. Cuando Acán tomó de lo dedicado a destrucción su acción trajo la sentencia de destrucción para Israel, su familia y él mismo. Así es que podemos entender la derrota de Israel en Hai. Mientras se aferraban a lo que Dios condenaba, no podrían vencer lo que Dios condenaba. Si nos aferramos al pecado, nunca venceremos el pecado.

Pero hay un detalle más. Jericó pertenecía a Jehová. Solo Dios podría ser beneficiado del triunfo. Una parte de Jericó (personas, animales) sería destruido. Pero otra parte del botín debía ser preservado. «Pero toda la plata, el oro y los utensilios de bronce y de hierro serán consagrados al Señor y formarán parte del tesoro del Señor» (Jos. 6: 19, RVA2015). De modo que cuando Acán tomó del oro y la plata de Jericó, estaba robando «del tesoro del Señor».

Robar «del tesoro del Señor», apropiarse de lo «dedicado a Dios» siempre trae malas consecuencias. La historia de Saúl muestra un caso paralelo con la historia de Acán. Existen muchas similitudes entre ambas historias.⁶ Tanto Saúl al atacar los filisteos como Josué al atacar a Hai utilizaron tres mil soldados (Jos. 7: 4; 1 Sam. 13: 2). Tanto Josué como Saúl situaron el lugar de ataque en relación con Bet-avén (Jos. 7: 2; 1 Sam. 13: 5; 14: 23). Dios ordenó a Josué (cuando lo nombró líder de Israel), que tan pronto entrara en la tierra prometida, Jericó tenía que ser la primera ciudad en ser atacada. Amalec fue el primer pueblo que Dios ordenó a Saúl atacar después de haberlo hecho rey (1 Sam. 15: 1-3).⁷ Dios le dijo a Saúl: «Ve ahora y ataca a Amalec y dedica a destrucción

todo lo que tiene» (1 Sam. 15: 3). «Sin embargo, Saúl y el pueblo perdonaron la vida a Agag, a lo mejor de las ovejas y de las vacas, de los animales engordados, de los carneros y de todo lo bueno, lo cual no quisieron destruir. Pero destruyeron todo lo despreciable y sin valor» (15: 9, RVA2015).

Así, las acciones de Saúl y de Acán son paralelas. Esa es la razón por la que ambos son considerados «perturbadores» (*acar*) de Israel (Jos. 7: 25; 1 Sam. 14: 29). Acán perdió la vida y Saúl perdió el reino (1 Sam. 15: 23). Dios toma seriamente su propiedad y castiga con severidad al que usurpa lo que ha sido dedicado al Señor. Y esta verdad sigue siendo vigente hoy, aun para los cristianos que viven bajo el nuevo pacto.

Ananías y Safira al parecer prometieron poner todo el dinero de la venta de su propiedad al servicio de la causa apostólica (Hech. 4: 34, 35; 5: 3). Sin embargo, Ananías, después de tener el dinero en la mano, «con el conocimiento de su mujer, sustrajo⁸ del precio; y llevando una parte, la puso a los pies de los apóstoles» (Hech. 5: 2, RVA2015). Esta pareja cristiana sufrió una muerte repentina por mentir y «sustraer» del dinero dedicado a Dios. Estas historias bíblicas constituyen un poderoso testimonio para la iglesia de hoy. Los que no hacen distinción entre lo santo y lo profano, entre lo que pueden usar y lo que Dios se reserva, igualmente ponen en riesgo su destino eterno.

IDOLATRÍA Y ADULTERIO ESPIRITUAL

Al inicio de la historia se nos dice claramente cómo Dios consideró el pecado de Acán, y por implicación, el pecado de todo su pueblo. «Los hijos de Israel cometieron un sacrilegio⁹ en relación con las cosas dedicadas a destrucción» (Jos. 7: 1). Es interesante que el verbo usado en la historia de Acán se usa en Números 5: 12 y 27 para hablar de la infidelidad de una mujer a su esposo. Este uso podría sugerir que Dios consideró el pecado de Acán como adulterio espiritual. Para reafirmar este hecho revisaremos otra historia de la Biblia.

1 Reyes 16: 29 introduce el reinado de Acab. El narrador inspirado lo muestra como el peor rey en Israel (16: 30, 33) por haberse casado con una princesa pagana, Jezabel (16: 31) y por haber impuesto la adoración de Baal (16: 32) y de Asera (16: 33) dentro del pueblo de Dios. El capítulo siguiente muestra el inicio del ministerio de Elías,

quien proclamó una sequía como castigo divino (1 Rey. 17: 1). Sin embargo, los lectores atentos notan que entre la descripción del reinado y apostasía de Israel (1 Rey. 16: 29-33) y el inicio del ministerio de Elías (17: 1) existe un párrafo que parece estar fuera de lugar. Este es el último versículo del capítulo 16: «En su tiempo Jiel de Bet-el reedificó Jericó. A costa de Abiram su primogénito puso los cimientos, y a costa de Segub su hijo menor colocó sus puertas, conforme a la palabra que el Señor había hablado por medio de Josué hijo de Nun» (1 Rey. 16: 34, RVA2015). ¿Por qué el escritor bíblico colocó esta historia sobre Jericó en el medio de la historia de Acab y Jezabel?

Como Jericó había sido dedicada a Jehová para destrucción (Jos. 6: 17-19), Josué profirió una maldición para cualquiera que se atreviera a usar el lugar como su habitación. «¡Maldito sea delante de Jehová el hombre que se levante y reconstruya esta ciudad de Jericó! A costa de su primogénito colocará sus cimientos, y a costa de su hijo menor asentará sus puertas» (Jos. 6: 26). Es decir, las consecuencias de violar lo que era dedicado a Dios sería la muerte. Así cuando Jiel de Bet-el reedificó a Jericó, estaba violando un espacio sagrado y usando lo que pertenecía a Jehová. Su pecado era el de Acán al tomar el botín de Jericó, y como Acán, Jiel trajo la muerte a los miembros de su familia. La historia de la reconstrucción de Jericó se inserta en la historia de Acab porque Dios quiere que veamos el pecado del rey Acab a la luz del pecado de Acán en Jericó. Ambos cometieron adulterio espiritual; Acán al usar lo que pertenecía a Dios, y Acab al introducir la idolatría en Israel.

Más tarde cuando Elías se encuentra con el rey, el profeta acusa al rey de perturbar a Israel. «Yo no he perturbado a Israel, sino tú y la casa de tu padre, al haber abandonado los mandamientos de Jehová y seguido a los Baales» (1 Rey. 18: 18). Esta es una clara alusión a la historia de Acán. Después de ser descubierto, Josué confrontó a Acán diciendo: «¿Por qué nos has perturbado? Que Jehová te perturbe a ti en este día» (Jos. 7: 25). El verbo perturbar es en hebreo *'acar*. Como ya dije, la historia termina con la siguiente etiología: «Por eso se llama el nombre de aquel lugar valle de Acor, hasta el día de hoy» (Jos. 7: 26). De paso, en 1 Crónicas 2: 7 a Acán se le llama «Acar».¹⁰ La relevancia del tema de «perturbar» (*'acar*) en la historia tanto de Acán como de Acab muestra la relación entre los dos relatos. En ese sentido, la acción de tomar

para uso personal algo que pertenece a Dios (Acán) equivale en la historia de Elías a la total apostasía y a la adoración de falsos dioses. Esa es la razón por la que Josué 7 cataloga el pecado en Jericó como «infidelidad» (7: 1) y «violación del pacto» (7: 11).

LAS REPERCUSIONES DE UNA PEQUEÑA FALTA

Muchos consideran que las consecuencias del pecado de Acán fueron desproporcionadas a la naturaleza de su falta. Pero debemos recordar que todo pecado se comete contra Dios, por lo que nosotros no estamos capacitados para medir la magnitud del pecado. Lo mismo se puede decir del pecado de Adán y Eva en el jardín. Comer de una simple fruta fue todo lo que hicieron. Pero tanto en las acciones de Eva como en las de Acán había mucho más que comer de un árbol o tomar un manto exótico de Jericó.

En el primer capítulo estudiamos cómo el Edén era una prefiguración de la tierra prometida. Por lo menos sabemos que los israelitas miraron la tierra prometida como una restauración del Edén. Si seguimos ese paralelismo, entonces encontraremos otras relaciones entre las historias de Eva y de Acán. El texto bíblico nos dice de Eva: «Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría; y tomó de su fruto, y comió; y dio también a su marido, el cual comió, así como ella» (Gén. 3: 6, RVA).

Ahora leamos de nuevo la confesión de Acán: «Pues vi entre los despojos un manto de Sinar muy bueno, y doscientos siclos de plata, y un lingote de oro de cincuenta siclos. Los codicié y los tomé; y he aquí que todo está escondido bajo tierra en medio de mi tienda, y el dinero debajo de ello» (Jos. 7: 21). Ya sé que te diste cuenta de las relaciones.

- Eva codició el árbol prohibido / Acán codició el tesoro prohibido.
- Eva *vio* que el árbol era *bueno* / Acán *vio* un manto muy *bueno*.
- Eva *tomó* del árbol / Acán *tomó* el tesoro.
- Eva dio a su marido / Acán al parecer involucró a su familia.

El punto es que las acciones de Eva trajeron consecuencias no solo para ella y su familia, sino para toda la humanidad. De la misma manera las acciones de Acán afectaron a todo Israel. Así como nuestros primeros padres fueron puestos a prueba al ser colocados en el Edén, los

israelitas fueron puestos a prueba al entrar en la tierra de Canaán. El fallo de Acán, como el de Eva, presagiaba la ruina futura de la nación.

Y aquí está el punto que debemos rescatar de la historia. La historia del *herem*, es decir, de lo dedicado a Dios para destrucción, muestra que este concepto se usó como una prueba inicial tanto para el pueblo como para individuos. Cuando después de la muerte de Acán Dios ordenó atacar otra vez la ciudad de Hai, note la diferencia en la orden: «Y harás con Hai y con su rey lo mismo que hiciste con Jericó y con su rey, solo que ahora serán para ustedes los despojos, lo mismo que sus bestias. Pero pon detrás de la ciudad a gente emboscada» (Jos. 8: 2, RVC). A diferencia de Jericó, en las demás conquistas ellos podrían tomar del botín de guerra para su uso personal. Eso indica que la conquista de Jericó, como el árbol prohibido del Edén, era una prueba temporal¹¹ de Dios que determinaría su futuro, para Adán y Eva en el Edén, y para Israel en la tierra prometida.¹²

Recordemos que Saúl, el primer rey de Israel, fue rechazado porque en su primera prueba en la guerra contra Amalec, retuvo lo dedicado a Dios para destrucción (1 Sam. 15: 3, 18, 19, 26). Sin embargo, 1 Samuel 30 muestra a David repartiendo entre sus soldados los despojos de sus guerras contra los mismos amalecitas (1 Sam. 30: 1, 16-31).

Adán, Eva, Acán y Saúl todos fallaron en lo mismo. No pasaron la prueba que determinaría su destino personal, el de su nación y el de toda la humanidad. Por algún misterio especial, Dios decidió que en cada caso la prueba consistiera en ver si los hombres respetarían lo que él se había reservado. Lamentablemente, muchos siguen cometiendo el mismo error, no reconocen que su éxito radica en aceptar los límites establecidos por Dios en cuanto a lo que le pertenece.

LO QUE NO VENZAMOS NOS VENCERÁ

Todo lo anterior muestra que la historia de Acán guarda grandes conexiones con la historia de Israel. Permíteme abundar un poco más sobre esto. La importante sección bíblica de Génesis 1-11 comienza con la historia del Edén y termina con la torre de Babel. En la sección anterior vimos la relación de la historia de Acán con la historia del Edén, ahora veremos su relación con la torre de Babel.

Recordemos que Acán confesó ver «entre los despojos un manto de Sinar¹³ muy bueno» (Jos. 7: 21). Debemos resaltar el hecho de que la localidad de Sinar es mencionada en la Biblia en relación con Babilonia y como el lugar de construcción de la torre de Babel (Gén. 10: 10; 11: 2). Es posible que el autor inspirado nos esté sugiriendo que de la misma manera como Acán fue seducido por un manto de Sinar/Babilonia, así también el pueblo sería finalmente vencido por y llevado cautivo a Sinar/Babilonia. Es de extrema importancia el hecho de que el nombre de Sinar vuelva a aparecer en el contexto del cautiverio babilónico (Dan. 1: 2; Zac. 5: 11; cf. Gén. 14: 1, 9).

El sentido de la narración es que al entrar en la tierra se dejaron seducir por Babilonia, y al final de la historia de Israel tuvieron que salir de la tierra para ir cautivos a Babilonia. El inocente manto de Sinar era el opresor babilónico en miniatura. La lección es clara y profunda: «No se puede continuar en el pecado, por pequeño que se lo considere, sin correr el riesgo de una pérdida infinita. Lo que no vencemos nos vencerá a nosotros y nos destruirá».¹⁴

RESTAURACIÓN

No quiero terminar esta reflexión sin dejar una nota positiva. Con la historia de la tragedia de Acán, Dios ha colocado un mensaje de esperanza. Es cierto que la historia comienza con un desastre (Jos. 7: 1-5); pero también es cierto que la historia continúa con la eliminación de la falta (7: 6-26), y termina con el triunfo de Israel sobre Hai, la ciudad que los había vencido (8: 1-29).¹⁵ La historia es una ilustración del proceso de «transgresión, reconocimiento del pecado y el arrepentimiento que restaura a Israel al favor de Jehová».¹⁶

En Génesis, después de la torre de Babel (Gén. 11) sigue la historia de Abraham (Gén. 12). Dios llamó a Abraham de Ur de los caldeos en Mesopotamia (Sinar), para ir a la tierra de Canaán (Gén. 11: 28; 12: 1). Al arribar a Canaán (Gén. 12: 5) y ubicarse en Siquem (12: 6-7), Abraham hizo un altar a Jehová. Luego siguió su peregrinaje «y plantó su tienda, teniendo a Bet-el al occidente y Hai al oriente; y edificó allí altar a Jehová, e invocó el nombre de Jehová» (Gén. 12: 8). La ubicación del campamento de Abraham es importante para la historia en Josué. Después de ser seducidos por Sinar/Babilonia en Josué 7, Josué

reintenta la conquista de Hai por medio de una emboscada. El texto nos da la ubicación exacta: «Y se pusieron entre Bet-el y Hai, al occidente de Hai» (Jos. 8: 9). Esta es la misma ubicación del campamento de Abraham.

Así, si el pecado de Acán recordaba la torre de Babel y prefiguraba el exilio babilónico; la conquista de Hai, recordaba el llamado de Abraham y alentaba la promesa de restauración del pueblo después del exilio. Isaías 40–66, y los últimos profetas del Antiguo Testamento esperaron ese retorno y restauración. El Nuevo Testamento es un cumplimiento de esa promesa por medio de Cristo.

En el libro de Josué, la historia de Acán se presenta en marcado contraste con la historia de Rahab la ramera en Josué 2 y 6. Acán es un israelita de la tribu real; Rahab, una mujer prostituta de Canaán. Acán está dentro del plan de Dios; ella, al parecer, está afuera. Él está destinado a la gloria; ella, a la muerte. Pero aquí terminan las semejanzas.

Rahab rechaza su herencia cananea y confiesa su fe en el Dios de Israel. Acán es infiel al Dios de Israel y se aferra a la riqueza de Canaán. Acán muere y Rahab vive. La tradición bíblica sostiene que Rahab se casó con un hombre de la tribu de Judá, la tribu a la que pertenecía Acán, y llegó a ser la tatarabuela del rey David (Rut 4: 18-22; Mat. 1: 5, 6).

Por medio de David, Rahab llega a ser un antepasado de Cristo y madre del nuevo pueblo espiritual de Dios. Este nuevo pueblo, como ella, hace pacto con Jehová y rechaza la seducción de la ciudad destinada a destrucción: «Salgan de esa ciudad para que no participen de sus pecados ni reciban parte de sus plagas» (Apoc. 18: 4, RVC). Los que se aferran a Babilonia, sufrirán el castigo como ella. Yo espero que tú, mi querido hermano y hermana, como Rahab, no te pierdas con Babilonia en la crisis venidera al cometer el pecado de Acán. El Cielo sigue buscando hoy un pueblo que finalmente respetará la Palabra divina, y se abstendrá de tocar lo que pertenece solo a Jehová.

Solo así el valle de perturbación nombrado en nombre de Acán, será un testimonio de la fidelidad renovada del pueblo de Dios.¹⁷ «Y el valle de Acor será como puerta de esperanza» (Ose. 2: 15). «Sarón será transformada en pastizal para ovejas, y el valle de Acor en lugar de reposo [...] para mi pueblo que me busca» (Isa. 65: 10, RVA2015).



REPASEMOS UN POCO

Este capítulo nos ha brindado una comprensión más profunda de un episodio de la conquista de Canaán por parte de Israel. Este episodio tiene importantes implicaciones espirituales y nos deja lecciones prácticas. El resumen de estas páginas abarca diversas ideas clave:

- **La historia de Acán nos revela de manera nítida cómo es factible participar en la obra de Dios** y, simultáneamente, desestabilizarla al desobedecer las directrices divinas y profanar lo sagrado. Además, este relato subraya que el privilegio de participar en la obra de Dios conlleva una enorme responsabilidad, capaz incluso de traer maldiciones considerables a nivel personal, familiar y eclesial.
- **Aprendimos que apropiarse o sustraer lo que pertenece a Dios siempre conlleva terribles consecuencias.** También es crucial recordar que lo que no conseguimos superar eventualmente nos dominará. Por ende, el arrepentimiento a tiempo, **alejarse de actitudes sacrílegas y respetar lo que es de Dios son actitudes de suma importancia para todo cristiano.** Este capítulo recalca que, aunque algo pueda parecer insignificante a nuestra percepción, como todo pecado va en contra de Dios, las consecuencias pueden ser impredecibles, ya que el Señor no permitirá que su honor sea mancillado.

Ahora, algunas preguntas para reflexionar:

- Según la respuesta de Acán en Josué 7: 21, ¿qué lo llevó a apropiarse de lo que pertenecía a Dios?
- Al examinar los casos de Adán, Eva, Saúl y Acán, ¿hasta qué punto nuestra infidelidad a Dios respecto a su propiedad podría llevarnos a perderlo todo?
- ¿Cómo ves la conexión entre la historia de Acán y sus consecuencias y lo que dice la Biblia en Malaquías 3: 8-10?
- Acán pereció por su desobediencia en Jericó, mientras que Rahab, también en Jericó, se salvó por su fe en Dios. ¿Qué nos enseña esto sobre el tipo de personas que Dios busca salvar?
- ¿Podríamos decir que la devolución fiel de los diezmos es una prueba temporal, similar a lo que fue la ciudad de Jericó para Israel? ¿En qué sentido?

1. Acán desobedeció a Dios, pero todo el pueblo sufrió las consecuencias. De paso, Dios acusó a todo el pueblo de haber pecado. Por otro lado, cuando Acán fue ejecutado, su familia fue ejecutada también. ¿Qué hace que las acciones de un individuo se atribuyan al grupo? ¿En qué sentido es el grupo responsable por las acciones del individuo? Las ideas de «personalidad corporativa», «contagio ritual», «violación de santidad» son algunos de los conceptos aducidos para resolver el problema. Para una revisión de la literatura e historia de la investigación del concepto, ver: Joel S. Kaminsky, «Joshua 7. A reassessment of Israelite Conceptions of Corporate Punishment», en *The Pitcher is Broken. Memorial Essays for Gösta W. Ahlström*, ed. S. W. Holloway and L. K. Handy, Journal for the Study of the Old Testament Supplement Series (Sheffield, England: Sheffield Academic Press, 1995), pp. 315-346; Joel S. Kaminsky, *Corporate Responsibility in the Hebrew Bible*, ed. D. J. A. Clines and P. R. Davies, Journal for the Study of the Old Testament Supplement Series, (Sheffield, England: Sheffield Academic Press, 1995); J. R. Porter, «The Legal Aspects of the Concept of "Corporate Personality" in the Old Testament», *Vetus Testamentum* 15, n.º. 3 (1965), pp. 361-380. Para una perspectiva diferente, ver a R. E. Clements, «Achan's Sin. Warfare and Holiness», en *Shall not the judge of all the Earth do what is right? Studies on the nature of God in tribute to James L. Crenshaw*, ed. D. Penchansky and P. L. Redditt (Winona Lake, Indiana: Eisenbrauns, 2000), pp. 113-126.
2. ¿Por qué autorizó Dios la destrucción de pueblos enteros, incluyendo mujeres, niños recién nacidos y ancianos? En el centro de la discusión está el sentido del concepto de *herem*, una palabra que los griegos tradujeron como «*anatema*» como aparece en el Nuevo Testamento (Rom. 9: 3; 1 Cor. 12: 13; 16: 22; Gál. 1: 8, 9). Aunque es una traducción disputada, donde en el texto hebreo usa *herem* aquí traduciremos «dedicado a Dios» o «dedicado a destrucción». Para un entendimiento actualizado y básico del tema, ver los siguientes estudios: Kyle C. Dunham, «Yahweh War and *Herem*: The Role Of Covenant, Land, And Purity In The Conquest Of Canaan», *Detroit Baptist Seminary Journal* 21, n.º. 1 (2016), pp.7-30; Cynthia Edenburg, «Paradigm, Illustrative Narrative or Midrash: the Case of Josh 7-8 and Deuteronomic/Deuteronomistic Law», en *The Reception of Biblical War Legislation in Narrative Contexts*, ed. C. Berner and H. Samuel, Beihefte zur Zeitschrift für die alttestamentliche Wissenschaft (Berlin: De Gruyter, 2015), pp.123-137; Hélène Dallaire, «Taking the Land by Force: Divine Violence in Joshua», en *Wrestling with the Violence of God. Soundings in the Old Testament*, ed. M. D. Carroll and J. B. Wilgus, Bulletin for Biblical Research Supplement (University Park: Penn State University Press, 2015), pp.47-67; Ishay Rosen-Zvi, «Rereading *herem*. Destruction of Idolatry in Tannaitic Literature», en *The Gift of the Land and the Fate of the Canaanites in Jewish Thought*, ed. K. Berthelot, J. E. David, and M. Hirshman (New York: Oxford University Press, 2014), pp. 36-49. Para el tema de la violencia religiosa en Josué, ver Lori L. Rowlett, *Joshua and the Rhetoric of Violence. A New Historicist Analysis*, ed. D. J. A. Clines and P. R. Davies, Journal for the Study of the Old Testament Supplement Series (Sheffield, England: Sheffield Academic Press, 1996).
3. Debemos notar que la esposa de Acán no se menciona en el relato, solo sus hijos (Jos. 7: 24).
4. A pesar de la protesta de Arie Versluis, «Devotion and/or Destruction? The Meaning and Function of *הרם* in the Old Testament», *Zeitschrift für die Alttestamentliche Wissenschaft* 128, n.º. 2 (2016), pp. 233, 234, 240-246; yo creo que la Inscripción del rey Mesa de Moab apoya la idea de *herem* como algo «dedicado» a una deidad para destrucción, y en el caso de la Biblia, dedicado a Jehová. En la línea 14 el rey Mesa dice que su dios le ordenó capturar la ciudad de Nebo, en la línea 15 dice cómo la ciudad fue conquistada, y

- en las líneas 16 y 17 dice que él mató a siete mil personas, hombres, niños, niñas (literalmente hijas) y mujeres embarazadas y los “*ḥrm* (l’*štr kmš*”. El complemento “*štr kmš*” es el elemento «deidad» que se refiere al dios moabita Kemosh (*kmš*). En ese sentido el verbo *ḥrm* (*herem*) debe tener el sentido de «dedicar». La traducción sería «los *dediqué a ‘štar kemosh*». El contexto sugiere que esa dedicación era para destrucción. Ver Aaron Schade, «RYT or HYT in Line 12 of the Mesha Inscription: A New Examination of the Stele and the Squeeze, and the Syntactic, Literary, and Cultic Implications of the Reading», *Bulletin of the American Schools of Oriental Research*, n.º. 378 (2017), 145-162.
5. Con esa orden Josué estaba siguiendo las directrices de Deuteronomio 7: 2, 5, 16, 25, 26.
 6. Matthew Michael, «The Achan/Achor Traditions. The Parody of Saul as “Achan” in 1 Samuel 14:24–15:35», *Old Testament Essays* 26, n.º. 3 (2013), pp. 730-760.
 7. Las guerras de Saúl en los capítulos 11, 13 y 14 son guerras defensivas no de ataque. Por otro lado, es posible una dislocación en el orden de los capítulos en la historia de Saúl (compare con 1 Samuel 9: 16; 10: 1; 12: 3, 5; 15: 1).
 8. La palabra que en Hechos 5: 2 se usa para narrar que Ananías «sustrajo» del dinero (*nos-fizo*), es la misma que la versión griega de la historia de Josué (LXX) usa para describir la acción de Acán de «tomar» de los despojos de Jericó (Jos. 7: 1). Sobre esto ver Stanley N. Helton, «The Intertextual Violence of God: The Story of Achan and the story of Ananias and Sapphira (Joshua 7 and Acts 5:1–11)», *Journal for the Study of Bible and Violence* 1, n.º. 1 (2022), p. 50. Para un estudio más completo de la comparación, ver Hyung Dae Park, *Finding herem? A Study of Luke-Acts in the Light of herem*, The Library of New Testament Studies, (New York: T&T Clark International, New York).
 9. La expresión hebrea *yim’alu beney yisr’ael ma’al baherem*, literalmente «fueron infieles los hijos de Israel al hacer sacrilegio a lo dedicado a destrucción», usa tanto el verbo *ma’al* (*ser infiel*), como el nombre *ma’al* (*prevaricación, sacrilegio*). Un buen análisis del nombre *ma’al* y su traducción como «sacrilegio» se encuentra en Jacob Milgrom, «The Concept of *ma’al* in the Bible and the Ancient Near East», *Journal of the American Oriental Society* 96, n.º. 2 (1976), pp. 236-247. También su comentario: Jacob Milgrom, *Leviticus 1-16. A New Translation with Introduction and Commentary*, ed. D. N. Freedman, The Anchor Bible, (New York: Doubleday, 1991), pp. 345-356.
 10. Aunque el texto hebreo dice *Acar* en 1 Crónicas 2: 7, algunas versiones tratan de armonizar y traducen *Acán* (RV60, RV95, RVC). De paso, la versión griega (LXX) de Josué 7 traduce también *Acar*. Ver Richard S. Hess, «Achan and Achor. Names and Wordplay in Joshua 7», *Hebrew Annual Review* 14 (1994), pp. 89-98.
 11. T. B. Dozeman sugiere, con mucha razón en mi opinión, que la historia de Acán es parte de la narrativa del arca en Josué (3: 1-8: 35; cf. Jos. 7: 6). Esto guarda relación con la gravedad del pecado de Acán. Thomas B. Dozeman, *Joshua 1–12. A New Translation with Introduction and Commentary*, ed. J. J. Collins, vol. 6b, The Anchor Yale Bible, (New Haven: Yale University Press, 2015), p. 339.
 12. Es posible que Acán sea, en la historia, un representante de todo Israel. Muchos autores han notado el énfasis bíblico en que Acán era de la descendencia real de Judá. Ver sobre esto, Neria Klein, «Between Genealogy and Historiography Er, Achar and Saul in the Book of Chronicles», *Vetus Testamentum* 66, no.º. 2 (2016), pp. 217-244. Por otro lado, es muy sabida las relaciones intertextuales entre Josué y el rey Josías. Ver Richard D. Nelson, «Josiah in the Book of Joshua», *Journal of Biblical Literature* 100, n.º. 4 (1981), pp. 531-540. Tanto Josué al inicio de la historia de Israel, como Josías al final, trataron de evitar la catástrofe nacional eliminando el pecado de en medio del pueblo.
 13. *Sinar* es una alusión a Babilonia, como la mayoría de las traducciones reconocen al traducir, «manto babilónico» (RVA, RV60). S. M. Stec propone que *Sinar* se refiere no al lugar de proce-

dencia del manto, sino a su estilo o material. Esto podría tener apoyo de la versión griega (LXX) que traduce *poikilen*, es decir «manto de muchos colores». Stec va más lejos al plantear la posibilidad de que *Sinar* en Josué 7: 21 sea un error textual por *se'ar* (velludo). Según él, Josué 7: 21 se refiere a un «manto velludo» como en Génesis 25: 25. S. M. Stec, «The mantle hidden by Achan», *Vetus Testamentum* 41, nº. 3 (1991), pp. 356-359. Aunque la primera teoría es posible, la segunda es una conjetura que es rechazada en lo que sigue.

14. Elena G. de White, *El camino a Cristo* (Miami, Florida: IADPA, 2008), p. 32.
15. C. T. Begg propone que este modelo de Josué 7-8 es parte de una constante en la historia de Israel, que consiste en *fracaso, restauración y victoria*. Entre los textos citados por él están Deuteronomio 1: 19-3: 11; 9: 7b-10:11; Jueces 2: 11-18; 6:1-7:23; 10: 6-11:33; 20:1-48; 1 Samuel 7: 3-11. Christopher T. Begg, «The Function of Josh 7: 1-8, 29 in the Deuteronomistic History», *Biblica* 67, nº. 3 (1986), pp. 320-334, especialmente 324, 325.
16. Rachel M. Billings, *Israel served the Lord. The Book of Joshua as paradoxical portrait of faithful Israel*, ed. G. A. Anderson, M. Levering, and R. L. Wilken, *Reading the Scriptures* (Indiana: University of Notre Dame, 2013), p. 45.
17. Para un estudio sobre las transformaciones bíblicas del valle de Acór, ver J. Cornelis de Vos, «The Valley of Achor (Joshua 15.7). A setting of Sin (Joshua 7. 24, 26), hope (Hosea 2.17), and new creation (Isaiah 65. 10)», en *Herald of Good Tidings. Essays on the Bible, prophecy and the Hope of Israel in honour of Anti Laato*, ed. P. Lindqvist and L. Valve, *Hewbrew Bible Monographs* (Sheffield, England: Sheffield Phoenix Press, 2021), pp. 44-61.



7

David
y su ejército:
buscando
primero el reino



Y se juntaron con
él **todos los afligidos**,
y todo el que estaba
endeudado, y todos
los que tenían el espíritu
amargado, y lo
pusieron como su jefe
(1 Sam. 22: 2)



ERAN LOS ÚLTIMOS DÍAS de la vida del rey Saúl. Los filisteos se preparaban para atacar a Israel (1 Sam. 28: 1). Samuel había muerto (1 Sam. 28: 3) y el rey buscaba desesperadamente la dirección divina. «Pero Jehová no le respondió ni por sueños, ni por Urim, ni por los profetas» (1 Sam. 28: 6). El temor y la desesperación de Saúl aumentaron al ser informado por la pitonisa de Endor que moriría al otro día en batalla (1 Sam. 28: 5, 18-20).

Horas después los israelitas y los filisteos se enfrentaron entre Afec y Jezreel (1 Sam. 29: 1). Por su parte, debido a las persecuciones de Saúl, David estaba al servicio de los filisteos (27: 1, 2). El rey filisteo esperaba su cooperación (28: 1) y David estaba dispuesto a pelear contra su propio pueblo (28: 2). Sin embargo, los generales desconfiaban y temían que David los traicionara en medio de la batalla (1 Sam. 29: 3-5). El rey filisteo aceptó con prudencia la propuesta y con delicadeza despidió a David (29: 6-10). Los filisteos le habían asignado una pequeña localidad llamada Siclag (1 Sam. 27: 6), y allí regresó David esperando reencontrarse con su familia (29: 11). Pero «cuando David y sus hombres llegaron a Siclag [...] los amalecitas [...] habían atacado Siclag y la habían incendiado. También se habían llevado cautivas a las mujeres y a todos los que estaban en ella, desde el menor hasta el mayor» (30: 1, 2).

Esta fue una de las crisis personales más graves en la vida de David. Imagínate llegar a tu casa y descubrir que una banda criminal ha secuestrado a toda tu familia. «Entonces David y la gente que estaba con él alzaron su voz y lloraron hasta que les faltaron las fuerzas para llorar» (1 Sam. 30: 4, RVA2015).

Es en las crisis donde se revela lo que realmente somos. Como siempre, en esta ocasión Dios manifestó su cuidado protector. La tragedia reveló también el carácter magnánimo de David. Lamentablemente, la actitud mostrada por los hombres de David no fue la mejor en todo el incidente.

Te invito a repasar conmigo esta emocionante historia, donde descubriremos:

- El lugar que ocupan nuestros problemas personales en el plan de Dios.
- Y las bendiciones que recibimos por pertenecer a una obra de alcance global.

AMALEC, SAÚL Y DAVID

Creo importante que recordemos algunos hechos en cuanto a los amalecitas que atacaron el campamento de David, llevando cautivos a sus esposas e hijos junto con todas sus pertenencias (1 Sam. 30: 1-3). Cuando los israelitas salieron de Egipto y apenas entraban al desierto «vino Amalec y combatió contra Israel en Refidim» (Éxo. 17: 8). Las acciones de Amalec fueron más que un simple ataque militar: «Acuérdate de lo que te hizo Amalec en el camino, cuando salisteis de Egipto: cómo, estando tú cansado y agotado, te salió al encuentro, y sin temor de Dios desbarató tu retaguardia y a todos los debilitados que iban detrás de ti» (Deut. 25: 17, 18). Amalec no ataca de frente, al ejército, pero ataca a los débiles que quedan detrás. De ahí que las acciones de los amalecitas fueron especialmente odiosas a Dios. «Jehová tendrá guerra contra Amalec de generación en generación» (Éxo. 17: 16).

Las acciones de Amalec en el desierto contra Israel es la razón por la que la destrucción de ellos fue el primer ataque contra alguna nación que Dios encargó a Saúl como primer rey de Israel. Dios le dijo a Saúl: «Yo castigaré a Amalec por lo que hizo a Israel, porque se le opuso en el camino cuando subía de Egipto. Ve ahora y ataca a Amalec;

destruye completamente todo lo que le pertenece» (1 Sam. 15: 2, 3, RVA2015). Como sabemos, Saúl falló en su cometido y fue rechazado como rey (1 Sam. 15: 23, 26). Samuel le dijo: «Jehová ha rasgado hoy de ti el reino de Israel y lo ha dado a tu prójimo, que es mejor que tú» (1 Sam. 15: 28). El elegido de Dios sería David (16: 13).

Dios permitió que el saqueo de su propiedad sobreviniera a David para inducirlo a atacar a Amalec (1 Sam. 30: 8). El mismo día que Saúl moría en la batalla como resultado de su desobediencia al no eliminar a Amalec, estaba David atacando a los amalecitas, lo que lo confirmaba como el elegido de Dios para ser rey. Cuando estamos en sus manos, aun las tragedias que nos ocurren son parte de la providencia divina cumpliendo su eterno plan en nosotros.

Cuando Israel salió de Egipto, «Dios no lo guio por el camino de la tierra de los filisteos, aunque era más corto [...]. Más bien, Dios hizo que el pueblo diese un rodeo por el camino del desierto» (Éxo. 13: 17, 18, RVA2015). Es en el desierto donde los amalecitas atacan a Israel (Éxo. 17: 8). Aquí se presentan dos caminos y dos enemigos del pueblo de Dios. El camino del mar, enfrentado a los filisteos; y el camino del desierto, enfrentando a los amalecitas. Dios dirigió a su pueblo al camino del desierto.

En la historia de David y Saúl se repiten las alternativas. El día que Saúl enfrentaba a los filisteos, David enfrentaba a los amalecitas. La implicación del paralelo intertextual es que David representa al pueblo que Dios está guiando. Solo David está en la ruta del éxodo. Mientras Saúl muere a manos de los filisteos, David vence a los amalecitas.

Al inicio de la crisis David consultó a Jehová sobre el curso de acción a seguir. «David consultó a Jehová diciendo: “¿He de perseguir a esa banda? ¿La podré alcanzar?”. Y Jehová le respondió: “Persegúela, porque de cierto la alcanzarás y librarás a los cautivos”» (1 Sam. 30: 8). El punto es que Jehová responde a David, mientras que en la historia anterior Dios rehusó responder a Saúl «ni por sueños, ni por Urim, ni por los profetas» (1 Sam. 28: 6). David representaba al nuevo Israel, que como el pueblo que salió de Egipto, era dirigido directamente por Dios (Éxo. 13: 20-22; 14: 1, 2, 15).



olo vinieron a David a la cueva de Adulam los que no tenían nada que perder. Todos aquellos a quienes la vida había golpeado y se encontraban en la desesperación.

UN REINO Y DOS REYES

Para entender los contrastes entre Saúl y David debemos repasar algunos hechos anteriores. Samuel ungió a David como rey sobre Israel por mandato divino mientras todavía Saúl se sentaba en el trono. «Y Samuel tomó el cuerno del aceite, y lo ungió en medio de sus hermanos; y desde aquel día en adelante el Espíritu de Jehová vino sobre David» (1 Sam. 16: 13). Al mismo tiempo Saúl fue poseído de un espíritu maligno (1 Sam. 16: 14).

Esta no sería la única vez que Dios elegiría un rey mientras otro estaba todavía en el trono. Jeroboam fue elegido rey sobre las diez tribus del norte mientras Salomón reinaba (1 Rey. 11: 26-40) y Hazael fue elegido por Dios como rey de Siria mientras reinaba todavía Ben-hadad (2 Rey. 8: 7-15). Sin embargo, en ninguno de estos casos hubo ungimiento al momento del encuentro con el profeta.¹

Cuando alguien era ungido, era considerado por Dios como rey al momento de su ungimiento² (ver Sal. 2: 2, 6, 7). Así, cuando Samuel ungió a David, esto era más que una promesa para el futuro. David se convirtió en rey el día en que fue ungido. Con el ungimiento de David, Israel tuvo dos reyes.

- Un rey elegido por Dios (David), y un rey rechazado por Dios (Saúl).
- Un rey con el Espíritu de Dios, y otro rey controlado por un espíritu maligno.

Pero David era un rey sin un reino. Su reino era una promesa divina, no una realidad material presente. A pesar de su relación

con Dios, *Saúl tenía muchas ventajas materiales que superaban a las de David*. Aunque Dios había ungido a David como rey, Saúl seguía siendo el rey de Israel. Saúl vivía en el palacio, se sentaba sobre el trono y ostentaba la corona. Era Saúl quien comandaba el ejército y disponía de todos los recursos del reino. *David no tenía nada*.

Podemos decir entonces que:

- David era rey por el Espíritu; Saúl, en la carne.³
- David era un rey en la promesa de Dios; Saúl era el rey en realidad.
- David era rey por derecho; Saúl era rey en hecho.
- David tenía una promesa; Saúl tenía todos los recursos.

EN LA CUEVA DE ADULAM

Dada esa realidad, aunque el pueblo simpatizaba con David (1 Sam. 18: 17, 30), todos seguían a Saúl y lo reconocían como su único rey. La gente sigue a quien tiene los recursos. David huyó de Saúl como un hombre solitario (1 Sam. 20: 43) que, para recibir ayuda, tuvo que recurrir al rey de los filisteos (1 Sam. 21: 10-14), fuera del pueblo de Dios. En esas circunstancias, David se escondió en la cueva⁴ de Adulam (1 Sam. 22: 1), unas cuantas millas al suroeste de Jerusalén en dirección al mar mediterráneo. Sintiéndose desamparado y con el ánimo caído,⁵ David buscó la ayuda de Dios. La tradición bíblica sugiere que, en la cueva, David compuso los Salmos 57 y 142.⁶ «En la sombra de tus alas me ampararé hasta que pasen los quebrantos» (Sal. 57: 1, RV95). «No hay quien me quiera conocer; no tengo refugio, ni hay quien cuide de mi vida [...]. Escucha mi clamor, porque estoy muy afligido. Líbrame de los que me persiguen, porque son más fuertes que yo» (Sal. 142: 4, 6).

En Adulam, David expresó su esperanza: «los justos me rodearán» (Sal. 142: 7). Sin embargo, seguir a David era considerado una traición por Saúl. Para seguir a David había que abandonarlo todo y vivir una vida errante y en peligro de muerte. ¿Quién estaba dispuesto a hacer tales sacrificios simplemente para seguir a un pobre y fugitivo ungido de Jehová? «Y se juntaron con él *todos los afligidos, y todo el que estaba endeudado, y todos los que tenían el espíritu amargado, y lo pusieron como su jefe; y tuvo consigo como cuatrocientos hombres*» (1 Sam. 22: 2). Solo vinieron a David a la cueva de Adulam los

que no tenían nada que perder. Todos aquellos a quienes la vida había golpeado y se encontraban en la desesperación.

El presente no les ofrecía nada, pero el futuro les daba una oportunidad. Debían olvidarse de sus necesidades mientras luchaban para hacer rey a David. Y solo cuando David ocupara el trono podría suplirles a ellos. Los poderosos y ricos parecen alinearse en las filas de Saúl. David solo tiene los deprimidos y pobres. Cuando veo la lista de los seguidores de David, no puedo encontrar una descripción bíblica mejor del tipo de personas que han constituido la iglesia de Dios a través del tiempo. Tal vez tú también eres uno de esos endeudados, amargados y afligidos.

Por su muerte, resurrección y ascensión Jesús ha sido declarado «Señor y Cristo» (Hech. 2: 36). Así como David fue ungido como rey, pero tuvo que someter a sus enemigos para sentarse en el trono (Sal. 110: 1), así también Cristo. «Porque es necesario que él reine hasta poner a todos sus enemigos debajo de sus pies» (1 Cor. 15: 25). Y como con David, los que siguen a Cristo son los necesitados del mundo. «Vengan a mí todos ustedes que están cansados y agobiados; yo les daré descanso» (Mat. 11: 28, NVI). «Y le trajeron todos los que tenían males: los que padecían diversas enfermedades y dolores, los endemoniados, los lunáticos y los paralíticos» (Mat. 4: 23). Tanto David como el Mesías hijo de David atraen a los rechazados de la sociedad.

A los afligidos de todo tipo de problemas, Jesús les dice: «Por tanto, no se afanen diciendo: “¿Qué comeremos?” o “¿Qué beberemos?” o “¿Con qué nos cubriremos?”. Porque los gentiles buscan todas estas cosas, pero el Padre de ustedes que está en los cielos sabe que tienen necesidad de todas estas cosas» (Mat. 6: 31, 32, RVA2015). Si se olvidaban de sus necesidades y luchaban por hacer a David rey, un día tendrían abundancia. Lo mismo aconseja Jesús. «Busquen primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas les serán añadidas» (Mat. 6: 33, RVC).

La tarea de la iglesia no se limita a suplir las necesidades del mundo, sino promover el reino de Cristo. Es cierto que tienes necesidades, es cierto que hay amarguras, es cierto que el enemigo ha angustiado tu ser. Pero cuando Cristo se sienta en el trono de su gloria, entonces el dolor y la enfermedad serán erradicados para siempre. «Y el último

enemigo que será destruido es la muerte» (1 Cor. 15: 26). No es que nuestras necesidades no son importantes para Dios, es que Dios se encarga de ellas, con tal de que nosotros prioricemos el reino. «Buscar primero el reino» es el camino más sabio para todos los que pretenden seguir a Cristo.

La Biblia llama a Satanás «el dios de este siglo» (2 Cor. 4: 4), «gobernante de este mundo» (Juan 12: 31; 14: 30) y «gobernante del poder de las tinieblas» (Efe. 2: 2). Al parecer Satanás tiene todas las ventajas y todos los recursos. Él se sienta en el trono de este mundo mientras esperamos la coronación de nuestro rey Jesús. Pero Cristo ya reina por derecho de Dios. Y aunque los seguidores de Saúl (Satán) persiguen y humillan a los seguidores de David (Jesús), el ejército de los endeudados y deprimidos *que buscan primero* el reino de Cristo están destinados al triunfo final. Porque «Dios ha elegido lo necio del mundo para avergonzar a los sabios, y lo débil del mundo Dios ha elegido para avergonzar a lo fuerte. Dios ha elegido lo vil del mundo y lo menospreciado; lo que no es, para deshacer lo que es» (1 Cor. 1: 27, 28).

LOS DE ESPÍRITU AMARGADO

Antes de regresar a la historia de David y su tragedia familiar con los amalecitas, repasemos la información que hemos provisto en las secciones anteriores:

- David había sido elegido rey por Jehová; pero Saúl se sentaba en el trono y disponía de todos los recursos del reino mientras David no tenía nada.
- Saúl persiguió a David por todo Israel, provocando que David buscara primero ayuda con los filisteos y terminara deprimido en la cueva de Adulam.
- Los poderosos de Israel no siguieron a David. Solo los endeudados, afligidos y aquellos *con el espíritu amargado*.

Esta última información es importante porque ese grupo con «espíritu amargado»⁷ que vino a David en la cueva de Adulam (1 Sam. 22: 2) mostró lo que realmente eran cuando sus intereses fueron afectados por las acciones del ungido de Jehová. «David estaba muy angustiado, porque el pueblo hablaba de apedrearlo. Todo el pueblo estaba con espíritu amargado» (1 Sam. 30: 6). La búsqueda del reino implica

pérdidas materiales y frustraciones reales. Para muchos la búsqueda del reino significa la separación de sus familias, el fracaso de sus negocios y aún la pérdida de su hogar. Pero si nuestra prioridad es el triunfo del reino de Cristo, ninguna pérdida es demasiado grande que no amerite ser aceptada por fe.

El apóstol Pablo nos dejó su experiencia personal. «Las cosas que para mí eran ganancia, las he considerado pérdida a causa de Cristo. Y aún mejor, considero como pérdida todas las cosas, en comparación con lo incomparable que es conocer a Cristo Jesús mi Señor. Por su causa lo he perdido todo y lo tengo por basura, a fin de ganar a Cristo» (Fil. 3: 7, 8).

Esos israelitas de «espíritu amargado» en su desesperación pensaron incluso eliminar a David, el rey por quien luchaban. Cuando dejamos que las pérdidas de la vida amarguen nuestra alma, traicionamos a nuestro Rey y actuamos en contra de la obra de Dios. Una persona amargada es una bomba de tiempo que hará mucho daño a la iglesia de Dios (Heb. 12: 15).

LA REPARTICIÓN DE LOS DESPOJOS

Es cierto que David, como todos los demás, se angustió por la pérdida de su familia (1 Sam. 30: 6), pero no dejó que un fracaso dañara su futuro. El texto contrasta la actitud de los «amargados de espíritu» con la de David. Luego de mencionar los planes de los amargados el texto añade: «Pero David se fortaleció en Jehová su Dios» (1 Sam. 30: 6). «Fortalecido» en su espíritu, David consultó a Jehová (1 Sam. 30: 7, 8), actuó con prontitud (30: 9, 10) y providencialmente encontró el campamento de los enemigos (30: 11-16). Después de vencer a los amalecitas (30: 17), David rescató a su familia (30: 18). «No les faltó cosa alguna, ni pequeña ni grande, ni de los hijos, ni de las hijas, ni de las cosas robadas, ni nada de cuanto habían tomado para sí. Todo lo recuperó David» (30: 19).

David no solo recuperó lo que había perdido, sino un gran botín de todo lo que los amalecitas habían adquirido en su saqueo de otros pueblos (1 Sam. 30: 14, 16). La gente que antes lo quería apedrear ahora gritaba «¡este es el botín de David!» (30: 20). De un momento a otro

habían pasado de la tragedia al triunfo, de la depresión a la alegría, de la pérdida a la abundancia.

Un grupo de doscientos hombres no acompañaron a David en la operación de rescate porque «estaban muy agotados para pasar el arroyo de Besor» (1 Sam. 30: 10). Estos se quedaron cuidando el campamento y todo el equipaje (1 Sam. 30: 24). Estos, al ver que David había recuperado lo perdido, «salieron a recibir a David y al pueblo que con él estaba» (1 Sam. 30: 21).

Pero un grupo de los soldados de David sugirió que a los que se habían quedado en el campamento no les debía tocar la misma recompensa del botín de los que habían ido a la guerra. «Porque no fueron con nosotros, no les daremos del botín que hemos quitado» (1 Sam. 30: 22). David confrontó abiertamente esa perversa propuesta aduciendo en primer lugar que la victoria había sido de Dios y que, por lo tanto, nadie en realidad tenía derecho al botín (1 Sam. 30: 23). Muchos siglos antes Dios había instruido a Moisés: «Partirás por mitades el botín entre los que pelearon, los que salieron a la guerra, y toda la congregación» (Núm. 31: 27). De acuerdo con esa ley, Josué ordenó a sus soldados: «Vuelvan a sus tiendas con grandes riquezas, con mucho ganado, con plata, oro, bronce, hierro y con muchos vestidos. Repartan con sus hermanos el botín de sus enemigos» (Jos. 22: 8, NBLA).

Estas leyes antiguas solo estipulaban que el botín debía ser repartido entre soldados y toda la congregación. Como los soldados que participaban en una guerra eran normalmente un grupo significativamente menor que el resto de Israel, los soldados tocaban una parte mucho mayor que quien no había ido a la guerra. Pero el problema que David enfrentaba no estaba cubierto por la jurisprudencia de Israel. El asunto era si debía compartirse el botín con los soldados (no la congregación) que no habían participado. En ese momento todos los que estaban con David eran soldados con sus familias. La situación le permitió a David adaptar la antigua ley a la situación que enfrentaba. *«Igual parte han de tener los que descienden a la batalla y los que se quedan con el equipaje. ¡Que se lo repartan por igual! Y sucedió que desde aquel día en adelante él hizo que esto fuera ley y decreto en Israel, hasta el día de hoy»* (1 Sam. 30: 24, 25, RVA2015).

No solo repartió David a los soldados que no habían ido a la guerra, sino que también «envió parte del botín a sus amigos, los ancianos de Judá, diciendo: “He aquí un regalo para ustedes del botín de los enemigos del Señor”» (1 Sam. 30: 26, RVA2015). Esta última acción de David puede verse como una acción exagerada incluso abusiva. Los ancianos de Judá no tenían nada que ver con la operación contra los amalecitas. Pero la lógica de David parece ser guiada por el precedente de Números 31: 27 y Josué 32: 8.

Esto encierra lecciones importantes para los cristianos de hoy. La obra de Dios es más que el lugar donde peleas tus batallas. La iglesia de Dios es más grande que la localidad donde te congregas. Cuando cuatrocientos hombres armados vencieron a los amalecitas en el extremo del desierto, esa victoria no era de ellos. Dios se la había dado a su pueblo. Ellos vencieron por ser una parte de Israel, y por lo tanto debían *compartir las ganancias con todo el pueblo* de Dios por medio de sus líderes representativos (los ancianos).

La obra de Dios es un ministerio global. En su plan eterno, él quiere que lo local y lo global estén conectados de modo que uno sea bendición para el otro. Aunque no pelearon, aunque no estuvieron presente, y ni siquiera cerca del lugar, los “ancianos” deben recibir de los despojos. Me maravillo al saber que las bendiciones dadas por Dios a un grupo de cristianos en una iglesia cualquiera afectan y bendicen a otros grupos de cristianos en partes remotas de la tierra.

RECOMPENSA DE PROFETA

Volvamos ahora a las repercusiones de las innovaciones de David a las leyes de repartición de botín de guerra. «*Conforme a la parte del que desciende a la batalla, así ha de ser la parte del que queda con el bagaje; les tocará parte igual*» (1 Sam. 30: 24). El sentido es muy claro pero revolucionario. Si eres parte del proyecto de Dios, no importa lo insignificante de tu participación, Dios te recompensará en la misma proporción que a las personas más “importantes” en el proyecto.

En Ezequiel 14: 9, 10 Dios dice que el castigo de una persona que consulta a un falso profeta es el mismo que el castigo que recibirá el falso profeta. Si invertimos el mensaje, entonces la recompensa de una

persona que recibe a un verdadero profeta es igual a la recompensa que recibirán los profetas de Dios.

Yo creo que este es el principio envuelto en las palabras de Jesús en su discurso misionero: «El que recibe a un profeta porque es profeta, *recibirá igual recompensa que el profeta*; y el que recibe a un justo porque es justo, *recibirá igual recompensa que el justo*. De cierto les digo que cualquiera que dé a uno de estos pequeñitos aunque sea un vaso de agua fría, por tratarse de un discípulo, no perderá su recompensa» (Mat. 10: 41, 42, RVC).

El principio de recompensa promulgados tanto por David como por Jesús tiene grandes implicaciones para la forma en la que tomamos parte en la obra de Dios. El Señor premia igualmente a todos los que trabajan en su proyecto. Déjame poner un ejemplo. Digamos que un gran predicador llega a la ciudad. La iglesia organiza un proyecto de evangelización, Dios se manifiesta con poder y miles de almas son ganadas para Cristo. De seguro que Dios recompensará grandemente a este evangelista por su ministerio. Pero todos los que trabajaron en el proyecto serán recompensados. El hermano o hermana que limpió los baños, o recogió la basura, o trajo un invitado, tendrá la misma recompensa que el predicador que fue la atracción del público.

Permíteme otro ejemplo. Mientras lees estas líneas hay miles de personas que están siendo atendidas por doctores cristianos. Miles de niños están siendo enseñados por maestros misioneros. Miles de almas en este momento están siendo alcanzadas por grandes hombres y mujeres de Dios en todas partes del mundo. Todas esas personas que se están dejando usar por Cristo recibirán una gran recompensa en el cielo. Pero la buena noticia es que todos los que colaboraron y apoyaron el ministerio de esos misioneros, ya sea con sus oraciones, palabras de aliento o con sus ofrendas, Dios los recompensará igualmente.

David no hubiera triunfado en su rescate si alguien no se hubiese quedado cuidando el campamento. Esos cansados soldados cumplieron una labor importante. A ellos les tocaba lo mismo que a los soldados que estaban en el frente de batalla. Solo en el cielo sabremos las consecuencias eternas que tuvieron nuestros esfuerzos no siempre reconocidos por los hombres en la tierra.



REPASEMOS UN POCO

Hemos concluido el capítulo 7, y ahora compartiremos algunas reflexiones clave en nuestro resumen.

- En este capítulo, evidenciamos cómo Dios siempre dirige a su iglesia hacia el triunfo y ejerce control sobre su obra. A pesar de que Saúl ocupaba el trono y disponía de todos los recursos del reino, no representaba al auténtico pueblo de Dios ni seguía sus instrucciones, ya que Dios no respondía sus consultas. En contraste, David, a pesar de ser un fugitivo, enfrentar la soledad y carecer de recursos, era guiado por Dios y utilizado por él para llevar a cabo sus planes.

Esto nos enseña a nunca dudar de que la obra de Dios culminará en triunfo, pues él está al frente de ella.

- Este capítulo revela la atención de Dios hacia nuestras necesidades personales y su disposición a encargarse de ellas. No obstante, es esencial reconocer que la estrategia divina para bendecirnos conlleva nuestra participación activa en su obra y la priorización de la construcción de su reino. ***Buscar primero el reino emerge como la elección más sabia de vivir.***
- Hemos aprendido sobre la importancia de ser parte de la obra de Dios, sin importar el lugar o la función que ocupemos. Dios demuestra que concede victorias a su pueblo en su totalidad, no a una persona o a un grupo selecto. Todos los participantes en la obra de Dios deben ser conscientes de que el Señor desea que su obra se mantenga conectada a nivel local y global. ***Es nuestro privilegio servir a Dios en lugares y capacidades específicos y regocijarnos al ver que, por su gracia,*** lo que hacemos o damos se convierte en una bendición no solo en nuestro entorno inmediato, sino también más allá.

Ahora, algunas preguntas para reflexionar:

- El autor sostiene en este capítulo que, cuando estamos en las manos de Dios, incluso las tragedias que experimentamos son parte de la providencia divina que cumple su plan eterno en nosotros. ***¿Cómo has visto esto manifestarse en tu experiencia con Dios?***
- La historia de Saúl, que lo tenía todo, y de David, que carecía de todo, pero era el elegido de Dios, nos enseña que la abundancia

de recursos no siempre refleja la bendición divina. **¿De qué manera la historia de David muestra que una persona enfrentando escasez o problemas financieros puede creer que Dios guía sus pasos en esas circunstancias?**

- **¿Qué principios para el funcionamiento de la obra de Dios hoy día podemos extraer de la adaptación de las leyes de reparto del botín de guerra realizada por David?**
- Desde tu posición actual en el servicio a Dios, **¿cómo puedes ser bendición para la obra de Dios en todo el mundo?**



1. Aunque Elías fue ordenado por Dios a ungir a Hazael (1 Rey. 19: 15), el registro bíblico no muestra al profeta cumpliendo personalmente esta orden. Es posible que, como en el caso de Jehú (1 Rey. 19: 16; 2 Rey. 9: 1-7), otro profeta cumpliría esa misión.
2. Compare el caso de Jehú, ungido como rey sobre Israel en lugar de Joram el hijo Acab y Jezabel (2 Rey. 9).
3. Yo uso aquí el contraste entre «carne» y «espíritu» en el mismo sentido que Pablo lo usa al contrastar a Isaac con Ismael (Gál. 4: 22, 23, 29).
4. Aunque tanto el texto masorético hebreo (TM) como la versión griega de la Septuaginta (LXX) hablan de una «cueva» (1 Sam. 22: 1), los versículos 4 y 5 sugieren que David estaba en una «fortaleza». Aunque es posible que la «cueva» sea parte de la «fortaleza» es probable que aquí se trate de una confusión en la transmisión del texto entre las palabras hebreas *me'arah* («cueva») y *metsudah* («fortaleza»). El signo hebreo para ' (ט) es muy parecido al de ts (צ). Ver P. Kyle McCarter Jr, *1 Samuel. A new translation with Introduction and commentary*, ed. D. N. Freedman, The Anchor Bible, (Garden City, New York: Doubleday & Company, Inc, 1980), p. 355.
5. Ver las reflexiones de Adrien J. Bledstein, «David at the Cave of Adulam. Depression and Hypergraphia», en *Text and Community. Essays in memory of Bruce M. Metzger. Volume 1*, ed. J. H. Ellens (Sheffield, England: Sheffield Phoenix Press, 2007), pp. 242-250.
6. Las palabras que titulan estos salmos y que preceden el versículo 1 en cada caso son también parte del texto masorético hebreo. En el Salmo 57 la inscripción dice que fue compuesto «cuando huyó de delante de Saúl a la cueva», y el Salmo 142 se define como una «oración que hizo [David] cuando estaba en la cueva».
7. *mar nephesh*, literalmente «alma amargada». La expresión implica dolor emocional y resentimiento (1 Sam. 10: 10), lo mismo que ira (Jue. 18: 25; 2 Sam. 17: 8).



La viuda de Sarepta: sosteniendo el ministerio



Levántate, ve a Sarepta
de Sidón y habita allí.
He aquí, yo he designado
allí a una mujer viuda
para que te sustente
(1 Rey. 17: 9, RVA2015)



LAS OLAS, COMO LAS VOCES lejanas de la melancolía, le traían añoranzas de encuentros nunca ocurridos y recuerdos que le hacían llorar. Sarepta¹ se encontraba entre Tiro y Sidón,² los prósperos puertos al este del mediterráneo, de donde habían zarpado durante siglos mercaderes y navegantes a deslumbrar las costas lejanas con rudimentos de civilización³ y bienes exóticos.⁴

Su esposo quizá fue un marinero que nunca regresó. ¿Habría anclado su barco en la playa de otros amores? ¿Habría muerto en el mar? Ya no importaba saber. Para todos ella era una viuda; y para su hijo, una madre de quien dependía para sobrevivir. Y no había comida.

Con el devenir del siglo habían ocurrido muchos cambios en la cultura material.⁵ Pero leyendas de riquezas y prosperidad⁶ en su villa no se traducían en pan sobre la mesa. La prosperidad pasada⁷ no afectaba, porque los carruajes llenos de provisiones del este ya no cruzaban el pueblo.⁸ La sequía los había alcanzado,⁹ no se podía sembrar y con los pocos recursos existentes compraban la paz con los asirios.¹⁰

Esa mañana, al levantarse, sintió una convicción extraña. Repasando sus opciones, sabía que había llegado el final. El hueco petrificado

en el suelo había sido escudriñado por su hijo hambriento en busca de residuos en el horno. La piedra de moler no tenía nada. Un puñado de harina era todo lo que quedaba; y después, morir de hambre (1 Rey. 17:12). Su instinto maternal la lanzó a las calles polvorientas a buscar leña. Sin darse cuenta ya estaba en la puerta del caserío. El griterío no perturba su trance. Ya no espera a nadie. Toda su búsqueda se centra en unos trozos secos que pronto se extinguirán en el fuego, como su vida a la orilla de mar. «¿Me puedes traer agua, en un vaso, para que yo beba?», le dice un desconocido. Se yergue de repente y descubre en sobresalto quién le solicita. Reconoce en el forastero a uno de esos israelitas que sirven al «dios» del país vecino, a «Jehová».

El encuentro le ha cambiado el sentido, y sin darse cuenta va rumbo a su casa a cumplir el pedido. Olvidándose de su hambre corre a saciar la sed del extraño. Entonces el profeta la detiene y le dice: «Tráeme también un pedazo de pan en tu mano».

¿Cuántas veces había pedido un milagro? ¿Cuántas veces había esperado que le enviasen a alguien con ayuda? Y ahora, en lo que era su último día, los dioses le habían enviado un mensajero, pero este también tenía hambre. Ellos también necesitaban pan. ¿O acaso era una burla divina, un castigo por sus muchos pecados?¹¹

ISRAEL

Un tiempo antes había subido al trono de Israel, el rey Acab, que «hizo lo malo ante los ojos de Jehová, más que todos los que habían reinado antes de él» (1 Rey. 16: 30). Promovió un culto separado de Dios, como Jeroboam su ancestro, y se casó con Jezabel, la hija del rey de Sidón, un centro de adoración a Baal (16: 31).

Así Baal se convirtió en un dios nacional para Israel; el rey le prometió obediencia, lo adoró, le construyó un altar y un templo en Samaria (1 Rey. 16: 32). No conforme con eso, Jezabel mandó a matar a todos los profetas de Dios que había en la tierra (1 Rey. 18: 4, 13). Esa es la razón por lo que en la historia de Acab, en el espacio de cuatro versículos se repite de él que «hizo peor que todos los reyes de Israel que habían reinado antes de él, provocando a ira a Jehová Dios de Israel» (1 Rey. 16: 33).

Los hijos de Israel «abandonaron» el pacto con Dios, «derribaron» los altares y «mataron» a los profetas (1 Rey. 19: 10). La lucha milenaria entre el bien y el mal llegaba a un punto vital. Satanás se había infiltrado en el pueblo y había expulsado a Dios de su medio. El instrumento divino para salvar al mundo estaba perdido, la simiente santa se convertía en la simiente diabólica y la gloria de Dios fue sustituida por una imagen de Baal.

Ante la apostasía nacional, Dios no tuvo otro remedio que preparar las maldiciones estipuladas en el pacto (Lev. 26: 14, 19; Deut. 28: 15, 23, 24). Pero más que castigarlos, Dios quería salvarlos de las consecuencias de una falsa adoración. El Señor no se dio por derrotado y confrontó directamente los planes del enemigo.

ELÍAS

Era cierto que entre el pueblo había «siete mil varones» servidores de Jehová, «que no han doblado sus rodillas ante Baal» (1 Rey. 19: 18). Pero siete mil santos escondidos son nada, cuando Dios necesita solo uno que esté dispuesto a hacer algo ante la apostasía generalizada. Elías era ese hombre.

En la historia que sigue, «*la palabra de Jehová vino*» a Elías y le dijo que se escondiera en el Querit (1 Rey. 17: 2, 3). Más tarde «*la palabra de Jehová vino*» a Elías ordenándole que fuera a Sarepta (1 Rey. 17: 8, 9). «Después de mucho tiempo, al tercer año, *vino la palabra de Jehová* a Elías» ordenándole que se presente ante Acab (1 Rey. 18: 1). Todas las acciones de Elías parecen ser dirigidas por la palabra de Jehová.

Pero es extraño que al introducir al profeta, la narrativa inspira-*da no dice* que «la palabra de Jehová vino a Elías». El texto es simple en su estilo: «Entonces Elías el tishita, que era uno de los moradores de Galaad, habló a Acab» (1 Rey. 17: 1). ¿Será que Elías está actuando por su propia iniciativa? ¿O es que el texto presupone que es Dios quien lo ha enviado?

Esta última opción es más probable. El punto es que Elías no necesita una revelación especial para hacer lo correcto. Él no era el único fiel en Israel, pero fue el único a quien su fidelidad lo llevó a cumplir el propósito divino. Opiniones que no llevan a la acción oportuna, no son convicciones, son conveniencia. Con peligro de su vida, el profeta se

presentó ante el rey y le dijo: «¡Vive Jehová Dios de Israel, en cuya presencia estoy, que no habrá rocío ni lluvia en estos años, sino por mi palabra!» (1 Rey. 17: 1).

LOS CUERVOS

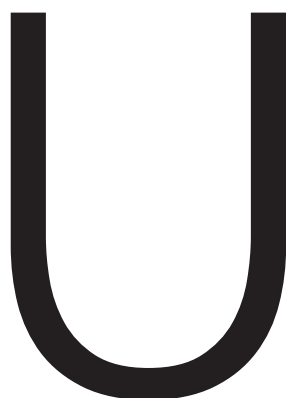
Una vez entregado su mensaje, la palabra de Dios volvió a Elías: «Apártate de aquí, ve hacia el oriente y escóndete junto al arroyo de Querit, que está frente al Jordán. Beberás del arroyo, y yo he comisionado a los cuervos que te sustenten» (1 Rey. 17: 3, 4).

La Biblia nos provee algunos datos sobre estas aves de rapiña (Prov. 30: 17; Isa. 34: 11) que juegan un importante papel para entender esta historia. *La primera vez* que aparecen en la Biblia, los cuervos son enviados a encontrar vida en la tierra (Gén. 8: 7). En la historia de Elías también son enviados a una misión. *Segundo*, los cuervos son animales inmundos (Lev. 11: 5; Deut. 14: 14). En el relato se nos dice que Dios «comisionó» [heb. *siw-witi*] a los cuervos para que alimentaran a Elías (1 Rey. 17: 4). Más tarde se dice que Dios «comisionó» [heb. *siw-witi*] a una mujer para que sustentara al profeta (17: 9). Los cuervos *inmundos* del arroyo de Querit prefiguran a la mujer *pagana* de Sarepta. Ambos cumpliendo una misma función. *Tercero*, los cuervos se presentan como dependiendo de Dios para ser alimentados (Job 38: 41; Sal. 147: 9). Elías también depende de Dios para ser alimentado. Pero los cuervos que esperan comida ahora son el instrumento de provisión para el profeta. Los cuervos prefiguran a Elías, que pasando un tiempo a solas, comiendo y bebiendo, Dios lo mandaría a Sarepta a llevar comida a una viuda.

Elías pasó escondido algún tiempo hasta que el arroyo se secó (1 Rey. 17: 7). ¿No podía Dios evitar que se secara el manantial? El rey Acab había mandado a sus siervos a recorrer todos los arroyos en busca de agua (1 Rey. 18: 5). Si Elías seguía en Querit sería descubierto. Cuando Dios nos quita un beneficio es porque este encierra una maldición encubierta.

LA VIUDA

Dios tenía otros planes más allá de los límites de Israel. «Levántate, ve a Sarepta de Sidón y habita allí. He aquí, yo he designado



una mujer desconocida,
sin padre, sin esposo,
sin riquezas, fue el
instrumento de Dios para
contrarrestar los
planes del enemigo.

allí a una mujer viuda para que te sustente» (1 Rey. 17: 9, RVA2015). Elías pudo encontrar extraño que el Señor lo enviara a ese lugar. De Sidón había venido Jezabel, de quien él se escondía (1 Rey. 16: 31). Pero Dios quería manifestar su gloria en el centro mismo de la operación satánica. Si Israel había recibido a Jezabel, Sidón tendría que recibir a Elías.

Y es así como llega a Sarepta y encuentra a la viuda. En la tradición bíblica cuando un hombre pide agua a una mujer es porque ella es parte del plan divino (Gén. 24: 14, 18; 29: Juan 4: 7). Elías le pide agua a la viuda. Y no contento con eso, le pide pan. Cuando la viuda explica su miseria (1 Rey. 17: 12), Elías reitera su pedido añadiendo que del poco pan que va a cocer, debe darle a él primero. El profeta es un mendigo exigente. La única salvación de la mujer consiste en creer, dar y poner a Dios en primer lugar.

Un poco de pan en manos mezquinas, son un preludio a la muerte; en manos generosas, son el inicio a la prosperidad. El trozo de pan que dio al profeta fue una semilla que generó riquezas inagotables. «La harina de la tinaja no se acabó, ni faltó el aceite de la botella, conforme a la palabra que Jehová había dicho por medio de Elías» (1 Rey. 17: 16).

El profeta salvó a la viuda de una muerte inminente. Más tarde le daría vida a su hijo muerto (1 Rey. 17: 24). Identificándose con los necesitados,¹² Elías estaba llevando a cabo la victoria de Dios sobre Satán, de Jehová sobre Baal.¹³

JEZABEL

La historia encierra un grupo de oposiciones. Jehová está en guerra contra Baal y Elías se enfrenta a Acab. Pero en el centro de todo el conflicto estaba una mujer de Sidón, Jezabel. Dios usaría a otra mujer de Sidón para contrarrestar los efectos de Jezabel. Por un lado, tenemos una reina, hija de un rey que persigue a los profetas de Dios. Por otro lado, tenemos a una viuda sin nombre, con un hijo huérfano, que abraza al enviado de Jehová.

El contraste es intencional. 1 Reyes 18: 19 habla de «los cuatrocientos cincuenta profetas de Baal y los cuatrocientos profetas de Asera que comen de la mesa de Jezabel». Mientras Jezabel alimenta a los falsos profetas, la viuda de Sarepta alimenta a Elías.

Un hombre (Acab) cumple el plan de Satán con la ayuda de una mujer de Sidón (Jezabel). Otro hombre (Elías) cumple la misión de Dios con la ayuda de otra mujer de Sidón (la viuda). Satanás usa al poderoso; Dios, al débil. Una mujer desconocida, sin padre, sin esposo, sin riquezas, fue el instrumento de Dios para contrarrestar los planes del enemigo. Dios envió a Elías a Sidón a mostrarle al diablo que, si bien él había conquistado espiritualmente a Israel, Dios podía conquistar a Sidón. Y desde Sidón iba a conquistar a Israel.

BAAL

Si uno viaja hoy 187 millas (300 km.) hacia el norte desde la ciudad de Serafand (antigua Sarepta) en el Líbano, en toda la costa mediterránea, llegará a la ciudad de Latakia, Siria. En un sector llamado Ras Shamra, encontrará las ruinas de la antigua ciudad de Ugarit. Esta cercanía geográfica es importante porque la historia que tratamos en Sarepta tiene que ver con Baal, el dios cuya mayor información la encontramos en Ugarit, como vimos en un capítulo anterior.

En el mito de Baal, el dios Muerte (Mot) le anuncia a Baal que va a morir. Mot devora a Baal¹⁴ y este desciende al mundo de los muertos¹⁵ junto con las nubes, el viento, el relámpago y la lluvia.¹⁶ En el concilio de los dioses se anuncia la muerte de Baal: «Ha muerto el poderoso Baal, ha perecido el príncipe, el señor de la tierra».¹⁷ Entonces la diosa Anat busca a Baal por todos lados,¹⁸ se encuentra con Mot¹⁹ y después de una discusión²⁰ lo mata.²¹ Mientras tanto el dios supremo

(El) sueña²² que Baal vive²³ y desea «que los cielos lluevan aceite y que los valles corran con miel». ²⁴ Reconoce que los «surcos de los campos están resecos» y exclama: «Que Baal rehabilite los surcos de la tierra arada». ²⁵ Finalmente, Baal es restaurado a su trono. ²⁶

De acuerdo con este mito, cuando Baal es vencido por Mot, el mundo natural es afectado. Cesa la lluvia y los campos se secan. Solo cuando Baal aparece otra vez se restaura la armonía en el ciclo de producción y regresa la abundancia. ²⁷ Baal es el dador de la lluvia, el trueno y el relámpago. ²⁸

JEHOVÁ

Dios se propuso desafiar directamente la religión de Baal. Las primeras palabras del profeta fueron «¡vive *Jehová* Dios de Israel!» (1 Rey. 17: 1). Mientras que los otros lamentaban, «ha muerto Baal, ha perecido el señor de la tierra», ²⁹ el profeta proclama que el Dios de Israel sigue vivo y actuando entre los hombres. Mientras que los secuaces de Jezabel suplicaban: «Que Baal [nos] enriquezca con lluvia, con rica agua como en un aguacero; que nos dé su trueno en las nubes, que alumbre la tierra con el relámpago», ³⁰ el Dios de Elías proclama que no hay lluvia «sino por mi palabra» (1 Rey. 17: 1). Mientras que Baal no puede sustentar a su pueblo, el Dios de Elías sustenta a una viuda y a su hijo hambrientos. «La harina de la tinaja no se acabará, y el aceite de la botella no faltará hasta el día en que *Jehová* dé lluvia sobre la superficie de la tierra» (1 Rey. 17: 14).

Mientras Baal desaparece esperando que la diosa Anat venza la muerte y le devuelva su trono, el Dios de Elías resucita al hijo de la viuda. El Dios de Israel no solo permanece vivo, sino que da vida a los que él quiere (1 Rey. 17: 17-22). Al final de la historia será *Jehová*, y no los profetas de Baal, que traerá lluvia sobre la tierra (1 Rey. 18: 41-45). Mientras Baal «está dormido» (1 Rey. 18: 27), el Dios de Israel reclama para sí a su pueblo, que confiesa: «*Jehová* es Dios, *Jehová* es Dios» (1 Rey. 18: 39). Satán había sido derrotado. En los confines de la tierra se oía la voz: «Yo soy *Jehová*, y no hay otro. Aparte de mí no hay Dios» (Isa. 45: 5). Y mientras la lluvia cae sobre la tierra el concilio celestial celebra la victoria divina:

«Dad a *Jehová*, oh seres celestiales;
dad a *Jehová* la gloria y el poder.

Dad a Jehová la gloria debida a su nombre.
Adorad a Jehová en la hermosura de la santidad.
Voz de Jehová sobre las aguas:
¡Truena el Dios de gloria!
¡Es Jehová sobre las muchas aguas!» (Sal. 29: 1-3).

ELEGIDOS PARA UNA MISIÓN

«Yo he designado a una mujer», le dijo Jehová a Elías (1 Rey. 17: 9). La mujer no lo sabe, pero es parte del plan de Dios. Hay un decreto divino que la enmarca dentro de una misión. La viuda vive en modo de sobrevivencia. Ya está en el extremo. Está recogiendo la última leña, para preparar el último pan y morir. Pero desde el punto de vista de Dios, ella tiene un propósito. Dios la ha comisionado, literalmente «ordenado», para que provea para el profeta.

Su misión es desconocida aún para ella misma. Pero en su momento de mayor necesidad, el encuentro con su misión le salvó la vida. Ella ahora no existe para sobrevivir, sino para proveer vida y sustento a otros. Nosotros deseamos colocar nuestras necesidades en contacto con los recursos. El milagro de Dios es colocar nuestra necesidad en contacto con nuestra misión y destino.

Ten cuidado de convertir tu relación con Dios en una forma de manipularlo para que él supla tus necesidades. Los milagros en la Biblia no tienen por centro nuestras necesidades, sino el propósito de Dios. Jesús dijo que «había muchas viudas en Israel en los días de Elías, cuando el cielo fue cerrado por tres años y seis meses, y hubo una gran hambre en toda la tierra; pero a ninguna de ellas fue enviado Elías, sino a una mujer viuda en Sarepta de Sidón» (Luc. 4: 25, 26). Es decir, si el negocio de Dios fuera dar pan, con las necesidades de su pueblo le habría bastado.

Pero más allá de nuestras necesidades hay una lucha espiritual cósmica que no vemos, pero somos parte de ella. El Señor hará milagros en nosotros en la medida en que estos contribuyan a su victoria. Y la historia de la viuda muestra, que no fue recibiendo, sino dándole a Dios lo primero cuando se inició el triunfo de Jehová sobre Baal.

REPASEMOS UN POCO

La lectura del capítulo 8 sobre la viuda de Sarepta y el sostenimiento del ministerio ha sido instructiva e inspiradora. Entre las lecciones más significativas que hemos aprendido, se pueden incluir las siguientes:

- La viuda de Sarepta buscaba un milagro para superar su difícil situación, pero Dios le encomendó cubrir las necesidades de uno de sus profetas. A menudo, los milagros vienen acompañados de una misión que Dios nos asigna. Como señaló Elena G. de White, ***Dios brinda oportunidades, y el éxito depende de cómo las aprovechemos.***
- En medio de la peor apostasía que afectaba a su pueblo, Dios respondió con un grandioso reavivamiento espiritual liderado por el profeta Elías. Esto ofrece una visión de lo que ***Dios hará con su iglesia en el tiempo final y cómo debemos actuar, sin importar los desafíos que enfrentemos.*** Si Baal intenta prevalecer sobre el pueblo de Dios, el Señor no se dará por vencido, sino que confrontará directamente los planes del enemigo.
- Aunque había al menos siete mil personas fieles a Dios en tiempos de Elías, solo él demostró su fidelidad al cumplir el propósito divino. ***La fidelidad se perfecciona mediante el cumplimiento de nuestra misión.***
- Dios movió a Elías de la cueva junto al arroyo de Querit no para privarlo de su provisión, sino para evitar que el rey Acab lo descubriera allí. ***Debemos confiar en que Jehová da y quita,*** ambos con propósitos de amor y salvación para sus hijos.

Preguntas para reflexionar:

- ***¿Cuáles lecciones intentaba Dios enseñar a la viuda a través de Elías al decirle «tráeme a mí primero»?***
- Mientras en Israel los poderosos mantenían a ochocientos cincuenta falsos profetas, Dios indicó a una mujer extranjera, viuda y vulnerable, que sustentara a su profeta. ***¿Qué revela esto sobre nuestro deber con la obra de Dios y el compromiso del Señor con el triunfo de su obra?***
- ***¿Cómo la viuda de Sarepta comenzó a mostrar el triunfo de Jehová sobre Baal al dar a Dios lo primero? ¿Cómo podemos poner siempre a Dios en primer lugar?***





- **¿De qué manera la historia de la viuda de Sarepta ilustra los principios bíblicos de la generosidad y la recompensa de la fidelidad?**
- **¿Cuál es el plan de Dios hoy para sostener su ministerio en esta tierra?**

1. Sarepta es la moderna ciudad de Sarafand en el Líbano. En tiempos fenicios estaba en la misma costa mediterránea, pero con la vía marítima al este. 1 Reyes 17: 9 habla de Sarepta como «perteneciente a Sidón» (*lesydon*). En el Prisma de Senaquerib se menciona la conquista de Sidón, y a Sarepta como un pueblo dependiente. A. Leo Oppenheim, «Babylonian and Assyrian Historical Texts», en *Ancient Near Eastern Texts relating to the Old Testament. Third Edition With Supplements*, ed. James B. Pritchard (New Jersey: Princeton University Press, 1969), p. 287.
2. Tiro y Sidón son las dos principales ciudades fenicias en la costa palestina del mediterráneo. Sobre los fenicios en general, ver los estudios editados en Sabatino Moscati, ed., *The Phoenicians* (New York: Rizzoli International Publications, 1999).
3. Heródoto cuenta que «estos fenicios [...] entre muchas cosas [...] trajeron el alfabeto, que era hasta ahora desconocido a los griegos» (Heródoto, *Historias*. v. 58).
4. Las fuentes antiguas hablan de los fenicios como marinos y comerciantes. Por ejemplo, Jenofonte, *Económico*, vii, 11-18. cf. Isa. 23: 2; Eze. 27: 3, 8, 9.
5. La arqueología de Sarepta muestra un cambio en el uso de la cerámica en la segunda mitad del siglo IX a. C., el tiempo de Elías, lo que es un indicador de nuevas tecnologías y modas. James B. Pritchard, *Sarepta. A preliminary report on the Iron Age. Excavations of the University Museum of the University of Pennsylvania, 1970-1972*, Museum Monographs, (Philadelphia: University Museum, University of Pennsylvania, 1975), pp. 65-70; James B. Pritchard, *Recovering Sarepta, a Phoenician City. Excavations at Sarafand, Lebanon, 1969-1974, by the University Museum of the University of Pennsylvania* (New Jersey: Princeton University Press, 1978), pp. 83, 84.
6. En la Biblia, Tiro es mencionada por su riqueza y abundancia de productos de consumo (Sal. 45: 12; Eze. 28: 1, 5, 13). Sidón es igualmente rica (Jue. 18: 7).
7. Es posible que la viuda en el pasado halla gozado de cierto nivel económico. 1 Reyes 17: 19 implica que su casa es de dos niveles, lo que presupone cierto grado de riqueza y espacio para almacenamiento.
8. Los habitantes de Tiro y Sidón dependieron por milenios de los productos agrícolas del norte de Palestina, por ejemplo, Galilea. Ellos compraban e intercambiaban productos por bienes de lujo o servicio (1 Rey. 5: 11; Eze. 27: 17; Hech. 12: 20).
9. Dios había decretado una sequía para Israel por su apostasía (1 Rey. 17: 1). Al parecer esta alcanzaba también la costa fenicia (17: 14).
10. En los anales de Ashurnasirpal II (883-859 a. C.) en el templo de Ninurta se menciona a Tiro y Sidón pagando impuesto al rey asirio. Oppenheim, «Babylonian and Assyrian Historical Texts», p. 276.
11. 1 Reyes 17: 18 revela que la viuda pensaba que lo que le ocurría era un castigo divino por sus iniquidades pasadas.

12. En 1 Reyes 17: 20 Elías dice que está «hospedado» (*mitgorer*) relacionado con el sustantivo «extranjero» (*ger*). La mujer es viuda, el hijo es huérfano y Elías es un extranjero. «El huérfano, la viuda y el extranjero» son mencionados juntos en la Biblia como especial objeto del cuidado de Dios (Deut. 10: 18; 14: 29; 24: 17-21; 26: 12-13; 27: 19; Sal. 22: 3; 94: 6; Jer. 7: 6; 22: 3; Eze. 22: 7; Mal. 3: 5). El instrumento de la misión debe identificarse con el objeto de la misión.
13. S. Wyatt observa que en la expresión «dueña de casa», que se aplica a la viuda en 1 Reyes 17: 17, la palabra dueña es *ba'alat* que hace juego con el nombre del dios Baal (*ba'al*). Stephanie Wyatt, «Jezebel, Elijah, and the Widow of Zarephath. A Ménage à Trois that Estranges the Holy and Makes the Holy the Strange», *Journal for the Study of the Old Testament* 36, n.º. 4 (2012), p. 451. La victoria sobre Baal comienza haciendo un milagro en favor de la viuda.
14. KTU 1.5. i, 4-8; KTU 1.5. ii, 2-6; KTU 1.6. ii, 21-23.
15. KTU 1.5. v, 14-17.
16. KTU 1.5. v, 6-8.
17. KTU 1.5. vi, 8-10; compare con KTU 1.5. vi, 23-25; KTU 1.6. i, 41-43.
18. KTU 1.6. ii, 4-9.
19. KTU 1.6. ii, 9-11.
20. KTU 1.6. ii, 11-30.
21. KTU 1.6. ii, 30-37.
22. KTU 1.6. iii, 4-5, 10-11.
23. KTU 1.6. iii, 2-3, 8-9.
24. KTU 1.6. iii, 6-7, 12-13.
25. KTU 1.6. iv, 12-14.
26. KTU 1.6. v, 5-6.
27. El ciclo de Baal, por mucho tiempo fue entendido dentro de una larga categoría de «dioses que mueren y resucitan». Hoy esta opinión es rechazada por la mayoría de los especialistas. Ver por ejemplo: J. S. Smith, «Dying and rising gods», en *Encyclopedia of Religion. Volume 4*, ed. M. Eliade (New York: Macmillan, 1987), pp. 521-527; Mark S. Smith, «The death of “dying and rising gods” in the biblical world. An update, with special reference to Baal in the Baal cycle», *Scandinavian Journal of the Old Testament* 12, n.º. 2 (1998), pp. 257-313. Sin embargo, algunos aceptan de manera calificada la idea. Por ejemplo Tryggve N. D. Mettinger, *The Riddle of the Resurrection. “Dying and Rising Gods” in the Ancient Near East*, Coniectanea Biblica. Old Testament, (Stockholm: Almqvist & Wiksell International, 2001). Sobre la interpretación del ciclo de Baal como principalmente refiriéndose al ciclo de las estaciones y de agricultura, fue muy popular hace unos años. Ver por ejemplo Johannes C. de Moor, *The seasonal pattern in the Ugaritic myth of Ba'lu, according to the version of Ilmilku*, *Alter Orient und Altes Testament*, (Butzon & Bercker, 1971). Hoy la idea es fuertemente criticada. Mark S Smith, *The Ugaritic Baal Cycle. Volume 1. Introduction with text, translation and commentary of KTU I. 1-1.2*, ed. J. A. Emerton, *Supplements to Vetus Testamentum*, (Leiden: E. J. Brill, 1994), pp. 60-75. La tendencia hoy es una interpretación no ritual, sino como referida a la práctica mortuoria de la realeza. Ver por ejemplo Nicolas Wyatt, «The Problem of “Dying and Rising” Gods. The Case of Baal», *Ugarit-Forschungen. Internationales Jahrbuch für die Altertumskunde Syrien-Palästinas*. 48 (2017), pp. 551-592. De todos modos, es innegable la relación entre Baal y la lluvia, la cosecha y la sequía.
28. KTU 1.4. v, 6-9.
29. KTU 1.5. vi, 8-10; compare con KTU 1.5. vi, 23-25 ; KTU 1.6. i, 41-43.
30. KTU 1.4. v, 6-9.



Amós:
voz del pobre,
voz de Dios



Porque no hará nada
el Señor Jehová sin revelar
su secreto a sus siervos
los profetas
(Amós 3: 7)



LAS SAGRADAS ESCRITURAS abundan en consejos sobre el cuidado de los pobres y necesitados. Dentro de estos, Deuteronomio 15: 4-11 destaca por lo específico de lo que exige y lo amplio de lo que implica. Te invito a estudiarlo conmigo.

El texto es realista al expresar que «nunca faltarán» los pobres (Deut. 15: 11), pero al mismo tiempo expresa el ideal de Dios que, con su bendición y nuestra generosidad, «no habrá pobres entre» nosotros (Deut. 15: 4). Las pautas divinas expresadas en el texto son las siguientes:

- El dar a los necesitados es la respuesta adecuada a la bendición que Dios nos ha dado (Deut. 15: 4, 6).
- Debemos asistirlos dándoles lo que necesitan o prestándoles de acuerdo con nuestra capacidad (Deut. 15: 8, 10, 11).
- No debemos mirar a los necesitados con malos ojos y resentimientos (Deut. 15: 9).
- Cuando somos confrontados con sus necesidades, «darle nada» no debe ser una opción (Deut. 15: 9).

Si compartes tus bendiciones, seguirás siendo bendecido y entrarás en el ciclo de prosperidad. «Porque por ello te bendecirá Jehová tu Dios en todas tus obras y en todo lo que emprenda tu mano» (Deut. 15: 10). Si estos conceptos se te hacen difíciles de aceptar, te

tengo un diagnóstico espiritual. La dificultad no está en Dios, ni en el texto. *El problema es tu corazón*. El egoísta no puede entender el mensaje de Dios porque tiene en el «corazón pensamientos perversos» o «indignos»¹ (Deut. 15: 9), porque le duele el corazón al pensar sacrificarse por otros (Deut. 15: 10).

En el mismo centro de estos conceptos aparece un texto especial que encierra todo el consejo divino. «Cuando uno de tus hermanos esté necesitado en alguna de tus ciudades en la tierra que el Señor tu Dios te da, *no endurecerás tu corazón* ni le cerrarás tu mano *a tu hermano necesitado*» (Deut. 15: 7, RVA2015). La generosidad genuina se debe a un corazón no *endurecido*. La idea del endurecimiento del corazón es expresada en la Biblia por varios verbos.² En la mayoría de los casos se refiere al endurecimiento judicial de Dios contra alguien que resiste su plan,³ o al rechazo del mensaje y amor divinos.⁴ Es raro que el concepto se use en el Antiguo Testamento para referirse a las relaciones humanas. Pero este texto es un caso especial. Cuando Deuteronomio 15: 7 habla de «endurecer⁵ el corazón», está implicando que no ser sensibles a las necesidades del prójimo es rechazar a Dios. Y por implicación, que cuando oímos la voz del necesitado nuestro corazón se hace sensible a la voz de Dios.

De ahí que esta reflexión se basa en la vida del profeta Amós. En ella distinguiremos cuánto Dios valora nuestra generosidad. Mejor aún, descubriremos que cuando somos sensibles a las necesidades de otros, estamos dando el primer paso en una senda que nos llevará a una experiencia transformadora con Dios.

LOS PECADOS DE ISRAEL

De los datos que encabezan su libro sabemos que Amós vivió a mediados del siglo VIII a. C.⁶ En ese tiempo el reino estaba dividido. El reino del sur, Judá, estaba gobernado por los descendientes de David; y el reino del Norte, Israel, por los rebeldes. Entre los centros religiosos de Israel estaba el falso santuario de Bet-el (1 Rey. 12: 31-33) al que el profeta Amós denunció (Amós 3: 14; 4: 4; 5: 5, 6; 7; 10). En Bet-el y otros centros la gente expresaba su devoción a Dios. El pueblo pagaba diezmos, ofrecía sacrificios (Amós 4: 4), quemaba pan sin levadura, realizaban ceremonias de gratitud, da-

ban ofrendas voluntarias (Amós 4: 5), celebraba fiestas religiosas, elevaba cantos y salmos y convocaban asambleas de consagración (Amós 5: 21-23). Todo esto lo hacían de manera hipócrita (Amós 2: 8; 8: 4-6) como una forma de encubrir su pecado y rebelión (4: 4; 5: 12). Por eso Dios «no aceptaba» (5: 22), antes bien «aborrecía» (5: 21) su adoración.

Los datos bíblicos y extrabíblicos testifican de un periodo de prosperidad en el reino del norte. Esta prosperidad se debió a varias conquistas militares, alianzas, y a la ausencia de un imperio opresor con intereses activos al oeste. Amós describe la existencia de «muchas casas» de lujo y «marfil». La clase alta gozaba de «casa de invierno» y «casa de verano» (Amós 3: 15). El profeta describe el estado de bienestar de los «reposados en Sion» y de los «confiados en el monte de Samaria» (Amós 6: 1). «Ustedes duermen en camas de marfil, y reposan sobre sus divanes; se alimentan con los corderos del rebaño y con los novillos que sacan del engordadero; gorjean al son de la flauta [...]; beben vino en grandes copas y se perfuman con las mejores fragancias» (Amós 6: 4-6, RVC).

La historia de la humanidad revela que cuando la religión es usada por los intereses políticos, inevitablemente es convertida en una ideología para la legitimación del poder y, por lo tanto, en un instrumento de opresión. Israel no era la excepción. El egoísmo humano en contubernio con la falsa religión nunca permitirá que la prosperidad nacional sea un beneficio más allá de unos pocos. En el tiempo de Amós —nos dice el profeta— los ricos «venden por dinero al justo y al pobre por un par de zapatos» (Amós 2: 6). «Pisan la cabeza de los desvalidos como si fuera el polvo de la tierra y niegan la justicia al oprimido» (2: 7, NVI).

Con engaños y cohecho le quitaban las propiedades al débil (Amós 2: 8; 5: 11), falsificaban las leyes para sus propios intereses (5: 7, 10, 12) y oprimían sin piedad a los desvalidos (3: 9; 4: 1). «Yo conozco sus muchas maldades y sus pecados sin fin: oprimen al justo, reciben soborno y en los tribunales hacen que el pobre pierda su causa» (5: 12, DHH). Unos pocos se hacían cada día más ricos; y los muchos, más pobres. Mientras todo esto ocurría, el manto de la piedad religiosa cubría la explotación y privaba a los pobres de un trato justo. Amós 2: 8



Como Dios se identifica con el clamor de los oprimidos, cuando nos hacemos sensibles a las necesidades de ellos, al mismo tiempo nos hacemos sensibles a la voz de Dios.

dice que los ricos «en telas retenidas en garantía se recuestan en sus altares, y en la casa de su Dios beben el vino [que le quitaron] a los multados». Es decir, su devoción a Dios era costeadada con el abuso a los pobres.

AMÓS Y SU MENSAJE

Amós era de Tecoá, un pueblo localizado a unas cuantas millas al sur de Jerusalén, lo que indica que el profeta pertenecía al reino de Judá (Amós 1: 1). A pesar de eso, Dios lo mandó al reino de Israel a denunciar el pecado, la falsa religión, y la injusticia social. Amós basó su mensaje en las providencias de Dios por su pueblo en el pasado. El Señor los había sacado de Egipto, había expulsado a los pueblos enemigos y le había dado a Israel la tierra prometida (Amós 2: 9-11). A pesar de eso se rebelaron y se apartaron de Dios (2: 12). Cuando por las bendiciones no quisieron arreglar sus caminos, Dios apeló a las maldiciones estipuladas en el pacto.⁷ Les envió hambre (Amós 4: 6), sequía (4: 7, 8), plagas (4: 9), derrotas militares (4: 10) y destrucción (4: 11). Con todo, la queja de Dios por medio del profeta fue: «No os volvisteis a mí» (4: 6, 8, 9, 10, 11, 12).

Ahora la paciencia divina se agotaba (Amós 5: 15) y la destrucción era inminente (2: 13; 6: 7-11; 7: 9; 8: 7-10).⁸ Israel sería llevado en cautiverio (4: 2, 3; 5: 5) y sus grandes ciudades destruidas (5: 1-3, 5). «Porque, yo mandaré que la casa de Israel sea zarandeada entre todas las naciones, como se zarandea el grano en una criba sin que caiga un granito en la tierra. A espada morirán todos los pecadores de mi pueblo, que dicen: “No se acercará ni nos alcanzará el

mal”» (Amós 9: 9, 10, RV95). Amós intercedió por el pueblo ante Dios (Amós 7: 1-9) y al mismo tiempo llamó al pueblo al arrepentimiento (Amós 5: 5, 6, 15, 24). «Así dice el Señor a Israel: “¡Búsqwenme y vivirán!”» (5: 4, NVI). «¡Busquen el bien y no el mal para que vivan! Así estará con ustedes el Señor Dios de los Ejércitos, como dicen» (5: 14, RVA2015).

El profeta exhortó al pueblo a abandonar el ritualismo religioso y sustituirlo por acciones liberadoras de los oprimidos. En nombre de Dios proclamó: «Quita de mí el bullicio de tus canciones, pues no escucharé las salmodias de tus instrumentos. Más bien, *que corra el derecho como agua, y la justicia como arroyo permanente*» (Amós 5: 23, 24).⁹

AMÓS ENTRE LOS POBRES

Que un pobre proteste por las desigualdades sociales es normal. Que un necesitado se queje es entendible. Esa presuposición guió el estudio de la vida del profeta Amós por muchos años. Si protestó por las injusticias contra los pobres se debió a que él mismo fue una víctima de esa injusticia. La información bíblica se usó para pintar al profeta como un pobre pastor de ovejas que completaba su bajo salario recogiendo higos silvestres (Amós 1: 1; 7: 14, 15). Pero la realidad es muy diferente. Lo primero que sabemos de él es que se contaba «entre los pastores de Tecoa» (Amós 1: 1).¹⁰ Esta expresión sugiere la existencia de un grupo exclusivo de pastores con algún tipo de organización reconocida y permanencia en el tiempo.¹¹

El sustantivo «pastor» (*noqed*) se refiere, no al que cuida, sino al dueño¹² o administrador¹³ de los animales, tanto vacas, ovejas y cabras. Este título tiene un alto prestigio social en el mundo sirio-palestino. Por ejemplo, en 2 Reyes 3: 4, al rey Mesa de Moab se le denomina como *noqed*, traducido normalmente como «ganadero». En Amós 7: 14 él dice que no es profeta sino «ganadero y cultivador de higos silvestres» (RVA2015). La palabra «ganadero» (*boqer*) según el Talmud Babilónico (Nedarim, 38a) significa «propietario de rebaños»,¹⁴ y no el que cuida bueyes. Si sintetizamos la información recibida, nos daremos cuenta de que Amós era un propietario de ganados y rebaños, quien también tenía terrenos sembrados con sicomoros.

Todo esto indica que el profeta pertenecía a una clase media alta y gozaba de mucho prestigio social.

Al darnos cuenta de las posesiones del profeta, su sensibilidad hacia los pobres se nos hace mucho más sorprendente. Cuando él denunció a los comerciantes y explotadores de su tiempo, estaba actuando en contra de los intereses de su propia clase social.

OPOSICIÓN AL PROFETA

Mientras Amós predicaba en Bet-el, atrajo la atención del sacerdote Amasías. «Entonces Amasías, sacerdote de Bet-el, envió palabra a Jeroboam, rey de Israel: “Amós conspira contra ti en medio de la casa de Israel; la tierra ya no puede soportar todas sus palabras. Porque así dice Amós: ‘Jeroboam morirá a espada y ciertamente Israel saldrá en cautiverio de su tierra’”» (Amós 7: 10, 11, NBLA).

La acusación de “conspiración” contra el rey ponía a Amós en peligro de muerte (Jer. 38: 4). Pero el plan de Amasías era simplemente lograr que Amós huyera.¹⁵ «Y Amasías dijo a Amós: ¡Vidente, vete; huye a la tierra de Judá y come allá tu pan! Profetiza allá y no profetices más en Bet-el, porque es el santuario del rey y la casa del reino» (Amós 7: 12, 13). Al llamarle a Amós «vidente», Amasías le atribuye al profeta una posición oficial. Los «videntes» solían trabajar al servicio de los reyes.¹⁶ Con el título pretende controlarlo¹⁷ y le ordena que se marche de Bet-el. Según Amasías, el profeta no puede actuar en contra de los intereses del rey.¹⁸

El sacerdote también quiere desacreditar a Amós. Cuando le dice «come allá tu pan» [en Judá], está sugiriendo que Amós trabaja por paga, por lo que le convendría irse a Judá de donde era, y a donde le darían «su pan», es decir, su sustento.¹⁹ «Profetiza allá y no profetices más en Betel» era el consejo de Amasías.²⁰ Al enemigo no le importa el sermón siempre que se lo prediquemos a las personas equivocadas.

Pero este incidente es paralelo a otro en la historia del reino del Norte.²¹ Cuando el rey Jeroboán erigió un templo y un altar en Bet-el (1 Rey. 12: 28-33), «un hombre de Dios llegó de Judá a Bet-el» (1 Rey. 13: 1) y denunció el culto falso (1 Rey. 13: 2). El rey ordenó su inmediato apresamiento (1 Rey. 13: 4). La misma secuencia ocurre con Amós.

- Se habla del culto falso de Bet-el.
- Amós fue enviado a Bet-el desde el reino de Judá.
- Amós denunció el culto de Bet-el.
- El sacerdote oficial trató de detenerlo.

La relación entre los dos eventos es más significativa todavía. El mismo rey que había tratado de apresarle, invitó al profeta de Judá diciendo: «Ven conmigo a casa y come» (1 Rey. 13: 7). A lo que «el hombre de Dios respondió [...] no comeré pan [...] porque me ha sido prohibido por Jehová» (1 Rey. 13: 8, 9). Este mismo profeta fue asesinado luego por dejarse engañar de otro profeta y desobedecer la orden de Dios al comer pan (1 Rey. 13: 16-22). De modo que cuando Amasías le dice a Amós «come tu pan», el narrador está des-enmascarando sus intenciones. Si no lo puede matar o apresar, si no lo puede alejar de Bet-el, al menos lo puede poner en contra de quien lo envió, Jehová. Amasías busca la muerte del profeta, ya sea por el rey o por Dios.

LA MISIÓN DE UN HOMBRE COMÚN

Amós le respondió al sacerdote: «Yo no soy profeta ni hijo de profeta; soy ganadero y cultivador de higos silvestres» (Amós 7: 14). No es que en realidad niega ser profeta, lo que niega ser es un «profeta» profesional o de «oficio». Al responder «soy ganadero» quiere decirle a Amasías: *Yo no profetizo por dinero, pues soy rico; no necesito que me regalen el pan, pues soy un granjero. No estoy protestando por mi pobreza, reclamo por los que no pueden protestar.*²² Amós añade: «Jehová me tomó de detrás del rebaño y me dijo: “ve y profetiza a mi pueblo Israel”» (Amós 7: 15). Con estas palabras el profeta alude a las célebres palabras de Dios a David: «Yo te tomé [...] de detrás del rebaño, para que fueras el soberano de mi pueblo Israel» (2 Sam. 7: 8). Nota las relaciones:

- David: tomado [por Dios] de detrás del rebaño para ser rey sobre «mi pueblo Israel».
- Amós: tomado [por Dios] de detrás del rebaño para ser *profeta* sobre «mi pueblo Israel».

Con su adicional defensa, Amós quiere decir a Amasías: «Si por no ser un profesional tú crees que Dios no me puede usar como profeta, recuerda que David también estaba con el rebaño cuando Dios lo eligió para ser rey».²³

AMÓS EN EL CONCILIO DE DIVINO

Una lectura del libro revela que Amós defendió sutilmente su ministerio. «¡Jehová ruge desde Sion y da su voz desde Jerusalén!» (Amós 1: 2). Esta idea de rugir continúa en el capítulo 3: «¿Rugirá el león en el bosque sin haber cazado presa?» (vers. 4); es decir, los leones no rugen en vano. De la misma manera cuando Dios habla, *algo debe ocurrir*: «Si ruge el león, ¿quién no temerá? Si habla el Señor Jehová, ¿quién no profetizará?» (Amós 3: 8). Es como si Amós buscara una excusa por ser profeta. *No es que quise ser profeta, es que esa es realmente la única opción cuando alguien oye la voz de Dios. Y Dios siempre habla, «porque no hará nada el Señor Jehová sin revelar su secreto a sus siervos los profetas» (Amós 3: 7). Si no hay más profetas, no es porque Dios no habla, es porque muchos no escuchan.*

Amós escuchó, y Dios le dio un privilegio especial. La palabra que se traduce como «secreto» (*sod*) en Amós 3: 7 también se usa para hablar del *concilio divino*, su consejo íntimo y celestial (Job 15: 8; Sal. 89: 7; Jer. 23: 22). El profeta Jeremías preguntó: «¿Quién ha estado en el consejo secreto de Jehová y ha percibido y oído su palabra?» (Jer. 23: 18). La idea de un «concilio divino» es común en el Antiguo Testamento (1 Rey. 22: 19, 20; Job 1: 6; 2: 1; Sal. 82: 1; 89: 5, 7; Dan. 4: 17). Al parecer, en ese concilio seres espirituales discuten planes y dan cuenta a Dios por sus acciones.²⁴ Isaías 6 muestra al profeta en el concilio celestial oyendo la voz de seres santos: «¿Quién irá por nosotros?» (Isa. 6: 8). Amós 3: 7 es parte del mismo concepto. Este versículo sugiere que el profeta fue parte del concilio celestial, que Dios le reveló su «secreto», es decir, lo que estaba pasando en el concilio.²⁵

El Salmo 82 muestra una escena en el concilio divino donde Dios reclamaba a los seres malignos que están detrás de los poderosos de la tierra: «¿Hasta cuándo juzgarán injustamente y entre los impíos harán distinción de personas?» (Sal. 82: 1, 2). Luego les ordena: «Rescaten al necesitado y al huérfano; hagan justicia al

EL P

oder y la infatuación
por las riquezas convierten
a los hombres en sordos.

pobre y al indigente. Libren al necesitado y al menesteroso; librenlo de la mano de los impíos» (Sal. 82: 2-4, RVA2015). La opresión de los desvalidos, las injusticias al pobre y las necesidades de los débiles son discutidas en el concilio celestial. El apóstol Santiago dice que los abusos cometidos por los ricos contra los trabajadores «clama» y su sonido «entra a los oídos del Señor de los ejércitos» (Sant. 5: 1-4).

Como Dios se identifica con el clamor de los oprimidos, cuando nos hacemos sensibles a las necesidades de ellos, al mismo tiempo nos hacemos sensibles a la voz de Dios. Ser mensajeros de Dios es un proceso que consiste más en oírlo que en hablar por él. En la historia de la iglesia cristiana es claramente observable que mientras el cristianismo se transformaba de una religión perseguida e identificada con los pobres, a una religión de poder e identificada con los reyes, al mismo tiempo fue perdiendo las manifestaciones milagrosas de la presencia de Dios. El poder y la infatuación por las riquezas convierten a los hombres en *sordos*.

Cuando Amós «no endureció su corazón» a las necesidades de los pobres, cuando oyó y se identificó con el clamor de ellos, al mismo tiempo su oído se abrió al mundo espiritual. Y de ser un empresario poderoso y un hacendado rico, pasó a ser un invitado en el concilio del cielo y un representante en la tierra de Jehová de los ejércitos.



REPASEMOS UN POCO

Al concluir la lectura de este capítulo hemos aprendido mucho en cuanto al profeta Amós, especialmente sobre su sensibilidad y preocupación por las personas en condiciones de vulnerabilidad. Resumimos las ideas más sobresalientes de la siguiente manera:

- El capítulo resalta el énfasis que la Biblia hace respecto al cuidado de los pobres y necesitados. Deuteronomio 15: 4-11 nos recuerda que, aunque la pobreza es una realidad en este mundo, el ideal de Dios es que nadie sufra por ser pobre. **El Señor tiene un plan que incluye sus bendiciones hacia nosotros** y nuestra generosidad como respuesta a esas bendiciones, creando así un círculo virtuoso de bienestar.
- Al explorar la situación social, política y religiosa en la época del profeta Amós, se destaca el peligro de que la religión sea instrumentalizada por intereses políticos, convirtiéndola en un medio de represión. Los abusos de poder, el cohecho, la expropiación y el abandono de los más vulnerables eran moneda corriente. Este capítulo subraya que la política y la religión no forman una alianza beneficiosa.
- El profeta Amós fue enviado al reino del norte, o reino de Israel, con un mensaje de arrepentimiento ante la inminencia del cautiverio debido a la desviación del pueblo de los caminos del Señor. Parte esencial de su mensaje fue el llamado a que el pueblo de **Dios actuara concretamente para liberar a todos los oprimidos**. La verdadera religión nos sensibiliza siempre hacia las necesidades de los demás.

Preguntas para reflexionar:



- En el pasado, Dios pidió a su pueblo acciones concretas para ayudar a los pobres. **¿Qué puede hacer la iglesia hoy día para cumplir con esta orden divina?**
- Jesús dijo: «De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis» (Mat. 25: 40, RV95). De acuerdo con esta declaración, **¿qué implicaciones tiene ser indiferentes y negar nuestra ayuda a los más necesitados?**

- Entre los pecados denunciados por Amós estaba el descuido y la indiferencia hacia los pobres. **¿Crees que esta situación persiste aún en los miembros de la iglesia?**
- El autor menciona que cuando Amós se identificó con las necesidades de los pobres, su corazón se abrió al mundo espiritual. **¿Qué impacto tiene ser generoso con el pobre en la vida de quien brinda ayuda?**
- **¿Consideras que ayudar a los más necesitados es parte de nuestra mayordomía, al igual que devolver los diezmos y dar ofrendas para el avance de la iglesia?**




1. El adjetivo que califica los «pensamientos» (*dabar*) como «perversos» es *beliyya'al*. Note la relación con *beliya'al* = Belial (cf. 2 Cor. 6: 15).
2. Raíces: 'mts / qsh / hzq.
3. 'mts (Deut. 2: 30), qsh (Éxo. 7: 3; 13: 15; Deut. 2: 30) hzq (Éxo. 4: 21; 7: 13, 22; 8: 19; 9: 12, 35; 10: 20, 27; 11: 10; 14: 4, 8, 17; Jos. 11: 20).
4. 'mts (2 Crón. 36: 13), qsh (Deut. 10: 16; 2 Rey. 17: 14; 2 Crón. 30: 8; 36: 13; Neh. 9: 16, 17, 29; Job 9: 4; Sal. 95: 8; Prov. 28: 14; Jer. 7: 26; 17: 23; 19: 15).
5. 'mts.
6. El reinado de Jeroboán II en Israel, el reinado de Uzías en Judá, el terremoto y la conquista de Calne por los asirios son eventos útiles para datación (Amós 1: 1; 6: 2).
7. (Lev. 26: 14-25; Deut. 28: 15-29).
8. El reino del Norte, Israel, fue destruido por los Asirios unos años más tarde en el 722 a. C., cumpliéndose así la amenaza divina.
9. En el contexto de la «lucha» por los derechos civiles de grupos oprimidos en Estados Unidos, el 28 de agosto de 1963 el pastor Martin Luther King, Jr, proclamó su discurso *I have a Dream* [Yo tengo un sueño] en el Lincoln Memorial, en Washington, D. C. En este discurso incluyó una cita de Amós 5: 24. «No, no estamos satisfechos, y no estaremos satisfechos hasta que la justicia corra como ríos y el derecho como poderosos manantiales». Un video del discurso puede verse en: <https://www.youtube.com/watch?v=smEqnnklfYs>. La cita aparece entre el minuto 10: 39 y 10: 48.
10. En la expresión 'amos 'aser hayah banoquedim miteqoa' («Amós entre los pastores de Tecoa»), Tecoa modifica a los «pastores», no a Amós.
11. En tiempos posexílicos se habla posiblemente del mismo grupo de pastores con la denominación «los de Tecoa» (*hateqo'im*; Neh. 3: 5).

12. *Targum de Onqelos* a Génesis 46: 32.
13. En la traducción griega de Simaco (como aparece en la *Hexapla* de Orígenes) se traduce *noqed* como *archipoimen*, es decir, «el jefe de los pastores».
14. Note que el Talmud traduce de esta manera con el objetivo expreso de mostrar que «todos los profetas fueron ricos» (Nedarim, 38a). De más está decir que esto no puede ser probado con la Biblia.
15. En Jeremías 20, se presenta un episodio paralelo. El sacerdote trata de detener el ministerio de Jeremías (20: 2). Jeremías, igual que Amós (7: 17) responde con una profecía sobre el destino fatal del sacerdote (20: 6).
16. (2 Sam. 24: 11; 1 Crón. 21: 9; 25: 5; 29: 29; 2 Crón. 29: 25; 35: 15).
17. Jeremías 29: 24-32 da a entender que los sacerdotes funcionaban como supervisores sociales para controlar a los profetas que pudieran despertar revuelo religioso o político.
18. Amasías habla del «palacio del rey» y el «santuario del reino» (Amós 7: 13). Los profetas mantenidos por la corte, por lo general, profetizaban lo que el rey quería oír (1 Rey. 22: 12, 13).
19. Los profetas oficiales eran sostenidos por la realeza (cf. 1 Rey. 18: 19).
20. La orden de Dios a Amós fue: «Ve y profetiza a mi pueblo Israel» (7: 15). Mientras que la orden del sacerdote a Amós fue: «No profetices más en Bet-el» (7: 13), «no profetices contra Israel ni prediques contra la casa de Isaac» (7: 16). El sacerdote está contrariando explícitamente el plan de Dios para Amós.
21. Para lo que sigue, ver Joyce Rilett Wood, *Amos in Song and Book Culture*, ed. D. J. A. Clines and P. R. Davies, *Journal for the Study of the Old Testament Supplement Series*, (London: Sheffield Academic Press, 2002), pp.194-199.
22. El proverbio inspirado nos insta: «Abre tu boca por el mudo, defiende el derecho de los débiles. Abre tu boca [...] defiende al pobre y al necesitado» (Prov. 31: 8, 9).
23. David cuidando el rebaño (1 Sam. 16: 19; 17: 15, 34). También Moisés cuidó rebaños (Éxo. 3: 1).
24. La literatura sobre el tema es enorme. Prioridad deben tener E. Theodore Jr. Mullen, *The Assembly of the Gods. The Divine Council in Canaanite and Early Hebrew Literature.*, ed. F. M. Cross, *Harvard Semitic Monographs*, (Chico, California: Scholars Press, 1980); Lowell K. Handy, *Among the Host of Heaven. The Syro-Palestinian Pantheon as Bureaucracy.* (Winona Lake, Indiana: Eisenbrauns, 1994); Ari Mermelstein and Shalom E. Holtz, eds., *The Divine Courtroom in Comparative Perspective*, *Biblical Interpretation Series* (Leiden: Brill, 2014).
25. Para una exploración de otro texto en Amós (3: 13) dentro del concepto del concilio divino, ver David E. Borovoy, «*sim'u veba'idu bebeit ya'aqob*. Invoking the Council as Witnesses in Amos 3:13», *Journal of Biblical Literature* 127, n°. 1 (2008), pp. 37-51.



Porque no hará nada
el Señor Jehová sin
revelar su secreto a sus
siervos los profetas
(Amós 3: 7).



10

Jeremías:
inversiones
de fe



Hanamel, tu primo,
está viniendo
para pedirte que compres
su campo en Anatot,
porque tú tienes el derecho
de redención sobre este
(Jer. 32: 7)



NO SE PODÍA ENTRAR NI SALIR porque Jerusalén estaba rodeada. Peor aún, Jeremías estaba preso en el patio de la fortaleza. Lo acusaban de ser un amigo de los babilonios, un agente de los invasores. Había recibido mensajes de Dios que no convenían al rey. Ante el ataque de Nabucodonosor, la política oficial se había valido de la religión para asegurar al pueblo que todo estaría bien. Sacerdotes y profetas reafirmaban que esa era la voluntad de Dios, que él intervendría para liberar a Judá

Sin embargo, el mensaje de Jeremías era diferente: «Así dice Jehová de los ejércitos. Como ustedes no me han obedecido, yo enviaré [...] a Nabucodonosor rey de Babilonia, mi siervo [...] contra esta tierra y contra sus habitantes [...]. Los destruiré por completo y los convertiré en horror, en vergüenza [...] y ruinas» (Jer. 25: 8, 9). La situación era desesperante, el fin de Judá era inminente. Entonces la palabra del Señor vino a Jeremías con un mensaje personal: «Hanamel, tu primo, está viniendo para pedirte que compres su campo en Anatot, porque tú tienes el derecho de redención sobre este» (Jer. 32: 7).

Con el fin de que las propiedades nunca salieran de la familia, el pariente más cercano del vendedor tenía prioridad a la hora de comprarla (Lev. 25: 25; Rut 4: 4). Hanamel quería vender,

y tal vez porque Jeremías era el más cercano o porque otro más cercano se negó, le tocaba a Jeremías comprar. Hanamel vino a Jeremías, así como Dios había dicho (Jer. 32: 8) y Jeremías compró el campo (32: 9). «Luego escribí el documento¹, lo sellé.² Llamé a los testigos, pesé la plata en la balanza. Tomé el documento de la compra, sellado, con sus estipulaciones, y la copia abierta³ y los entregué a Baruc hijo de Nerías, hijo de Maasías, en presencia de Hanamel, mi primo, en presencia de los testigos que habían firmado y de todos los judíos que estaban en el patio de la guardia» (Jer. 32: 10-12).

Esta es la mejor descripción de un proceso de traspaso de terreno en toda la Biblia. Dios quería que hubiese constancia de que en realidad el profeta compró el campo de su primo. «Luego, en presencia de todos y en nombre de Jehová le dije a Baruc: “Toma el documento de compra sellado, y la copia abierta y ponlos en una vasija de barro para que se conserven por mucho tiempo”» (Jer. 32: 13, 14).

Yo no quise interrumpir a Jeremías mientras hacía su negocio. Pero tuve la impresión de que no le convenía. El invasor está entrando a la ciudad y en poco tiempo la tierra sería de los babilonios. ¿A quién se le ocurriría comprar un terreno? Yo no sé si Dios lo mandó, o si estaba en apuros económicos, pero se me hace que Hanamel se aprovechó de la bondad del profeta. No quiero seguir comentando porque oigo a Jeremías orando. El profeta alaba el poder y la misericordia de Dios y al mismo tiempo reconoce la maldad del pueblo (Jer. 32: 17-23). El profeta afirma que las hordas enemigas ya se elevan sobre los muros y que el reino de Judá ha llegado a su fin (32: 24). Entonces Jeremías reclama a Dios diciendo: «Estando la ciudad entregada en manos de los caldeos, ¿por qué me ordenaste que comprara el campo y que llamara testigos?» (vers. 25).

Por esas palabras nos enteramos de que Jeremías sabe que hizo un mal negocio. El profeta no es tonto. Simplemente es obediente. Cuando Dios le ordenó lo que parecía ser una estupidez, Jeremías actuó y luego preguntó. No puso resistencia a la voluntad de Dios para él, aunque eso significara la pérdida de sus valiosas monedas de plata en un tiempo de crisis. El curso del universo es la historia del triunfo de Dios. Los que se identifican con su causa no buscan su éxito personal, sino la victoria divina, aunque para ellos eso signifique su fracaso mundano.

DIOS Y EL DINERO

¿Cuál era el plan divino al ordenar al profeta a realizar esa mala transacción? Dios no se reservó la respuesta: «Así como traje sobre este pueblo todo este gran mal, así *traeré sobre ellos el bien que les prometí. Y se comprarán campos en esta tierra [...] porque yo les restauraré de su cautividad, dice Jehová*» (Jer. 32: 42-44). Era cierto que Dios había anunciado, por medio de Jeremías, la ruina nacional. Pero también era cierto que Dios había prometido la restauración final de su pueblo (Jer. 29: 10-14; 30: 8-23; 31: 3-13, 27-40). «Hay esperanza para tu porvenir; tus hijos volverán a su territorio, dice el Señor» (Jer. 31: 17, RVA2015).⁴

En medio de una invasión, de hambre, pestilencia y muerte, era difícil vislumbrar un futuro glorioso. El asunto no era si el pueblo creía la promesa de Dios, sino si el profeta realmente creía lo que predicaba. Alguien dijo que Dios estaba mandando a Jeremías a «poner su cartera donde estaba su boca». Si él realmente creía que Dios los traería de vuelta, ¿por qué no invertir en su profecía?

En ese episodio profético se ilustran principios divinos sobre el uso del dinero. En las transacciones normales, el equilibrio económico se sostiene de la eterna constante del interés personal. Yo no puedo predecir el estado de la bolsa de valores, pero sí estoy seguro de que cada transacción se hace con la intención de ganar. Mientras estamos acostumbrados al esquema dualístico que separa la religión de los negocios, Dios llama a sus hijos a rescatar la economía de manos del interés egoísta. Mientras los hombres buscan dinero para sostener un determinado nivel de consumo, el dinero de los hijos de Dios está destinado a transmitir un mensaje. Jeremías usó sus recursos, no para ganar unos centavos más, sino para proclamar su fe en el Dios que lo había llamado a proclamar que después de la tragedia había un futuro glorioso. Nuestras transacciones, no nuestras palabras, revelan nuestra fe, nuestro Dios y nuestra esperanza.

UN PROFETA COMO MOISÉS

El significado de este incidente en la vida de Jeremías tiene dimensiones mucho más amplias. Poco antes de Moisés morir, Dios le dijo: «Un profeta como tú les levantaré en medio de sus hermanos;

pondré mis palabras en su boca y él les dirá todo lo que yo le mande» (Deut. 18: 18, RV95). Moisés repitió al pueblo las palabras de Dios: «El Señor su Dios hará que salga de entre ustedes un profeta como yo, y deberán obedecerlo» (vers. 15, DHH).

Cada nuevo profeta y guía espiritual del pueblo debía cumplir el requisito de la profecía. Todo auténtico profeta debía ser «como» Moisés. Tenemos amplias evidencias de que Jeremías se concebía a sí mismo, no solo como Moisés, sino como «el profeta» que Moisés había predicho.⁵ Cuando Moisés fue llamado puso resistencia a la voluntad de Dios. «¿Quién soy yo para ir al faraón y sacar de Egipto a los hijos de Israel?» (Éxo. 3: 11), «¿Y si ellos no me creen ni escuchan mi voz?» (Éxo. 4: 1), «Jamás he sido hombre de palabras, ni antes ni desde que tú hablas con tu siervo. Porque yo soy tardo de boca y de lengua» (Éxo. 4: 10), «Señor, ¡por favor envía a otra persona!» (Éxo. 4: 13).

Estas excusas de Moisés tienen su paralelo con Jeremías. El profeta también al ser llamado puso el mismo tipo de resistencia: «¡Oh, Señor Jehová! He aquí que no sé hablar, porque soy un muchacho» (Jer. 1: 6). En cuanto al nuevo Moisés, Dios prometió: «Yo pondré mis palabras en su boca, y él les hablará todo lo que yo le mande» (Deut. 18: 18). Y a Jeremías, Dios le dijo: «No digas: soy un muchacho; porque a todos a quienes yo te envíe tú irás, *todo lo que te mande dirás* [...]. He aquí, yo pongo mis palabras en tu boca» (Jer. 1: 7, 9). Los paralelos entre Moisés y Jeremías son numerosos,⁶ pero quiero llamar la atención a uno más. Por las muchas dificultades que tuvo en su ministerio, Jeremías renegó su llamado. «No me acordaré más de [Dios], ni hablaré más en su nombre» (Jer. 20: 9). El profeta confiesa que, a pesar de no querer, sigue siendo un profeta porque «hay en mi corazón *como un fuego ardiente*, incrustado en mis huesos. Me canso de contenerlo y *no puedo*» (20: 9).

Jeremías confiesa que lo que lo mantiene en su llamado es un fuego de Dios que él «no puede» apagar. El verbo que Jeremías usa para hablar de su impotencia [*ukal*], lo usa Moisés para hablar de la zarza que ardía y «no se consumía» (Éxo. 3: 2).⁷ Jeremías se presenta como el nuevo Moisés. El fuego de Dios que hablaba desde la zarza a Moisés (Éxo. 3: 4), estaba en los huesos de Jeremías sosteniéndole en su ministerio.

¿FALSO PROFETA?

Pero esa seguridad de que él era el profeta «como Moisés» que Dios había anunciado no era tan firme en su mente. El ministerio de Jeremías se desarrolló en medio de otros profetas que no eran paganos. Como Jeremías, eran profetas y sacerdotes de Dios reconocidos por el pueblo. El problema radicaba en que estos proclamaban un mensaje contrario al de Jeremías (Jer. 6: 13-15; 8: 8-12; 14: 13-18; 23: 9-40; 27: 16-22; 28: 1-17; 29: 24-32).

En un sentido estos profetas que Jeremías catalogaba de «falsos», tenían suficientes bases en las Escrituras para su mensaje. Por ejemplo, Dios había prometido por medio de Isaías la salvación de Judá y de Jerusalén. «Pues defenderé esta ciudad para salvarla, por amor a mí mismo y por amor a mi siervo David» (Isa. 37: 35) ¿Quién era Jeremías para contradecir a los que repetían las palabras de un profeta como Isaías? ¿Quién era Jeremías como para negar las promesas que Dios había hecho?⁸ Por todas las apariencias, quien parecía un falso profeta era Jeremías. ¿Cómo podía él estar seguro de que no lo era? Moisés había dejado un aviso para el que se atreviera a sustituirlo: «Pero el profeta que se atreva a hablar en mi nombre una palabra que yo no le haya mandado hablar, o que hable en nombre de otros dioses, ese profeta morirá» (Deut. 18: 20).

Pero eso no resolvía la situación de Jeremías. Era cierto que Dios le había hablado; pero en la Biblia había precedentes de profetas que proclamaban un mensaje divino a pesar de ser falso (1 Rey. 22: 10-23). ¿No estaba Dios engañándolo como hizo en tiempo de Acab con los falsos profetas, para cumplir su plan?⁹ Para Jeremías esta interrogante estaba en el centro de su llamamiento y misión. Las palabras de Moisés resonaban en la mente de Jeremías. «Puedes decir en tu corazón: “¿Cómo discerniremos la palabra que Jehová no ha hablado?”. Cuando un profeta hable en el nombre de Jehová y no se cumpla ni acontezca lo que dijo, esa es la palabra que Jehová no ha hablado. Con soberbia la habló aquel profeta» (Deut. 18: 21).

Aquí estaba la clave. Si tan solo pudiera comprobar que el Dios que le hablaba también cumplía sus palabras, entonces él estaría seguro de que no era un falso profeta. Jeremías solo necesitaba una profecía

y un cumplimiento claro. Y esto es precisamente lo que el episodio de la compra del campo le proveyó.

Dejemos que Jeremías nos cuente: «Vino a mí la palabra de Jehová, diciendo: “Hanamel, tu primo, está viniendo para pedirte que compres su campo en Anatot, porque tú tienes el derecho de redención sobre este”» (Jer. 32: 7). Este era un mensaje de Dios para él, claro y personal. «Y vino Hanamel, mi primo, al patio de la guardia, conforme a la palabra de Jehová, y me dijo: “Compra, por favor, mi campo que está en Anatot, en tierra de Benjamín; porque tuyo es el derecho de posesión, y a ti te corresponde la redención”» (Jer. 32: 8). Dios le dijo que vendría su primo, y este vino. Dios le dijo de qué le hablaría y eso mismo ocurrió. Para Jeremías esa era la prueba que necesitaba para saber que él era un instrumento de Dios para profetizar en su nombre. El texto añade: *«Entonces supe que esta era palabra de Dios»* (Jer. 32: 8). Jeremías reconoció a Dios no en su mensaje inicial, *sino en el cumplimiento de ese mensaje*. Al comprobar que la palabra que recibía «de Dios» se cumplía, le quedó grabado en su mente que en realidad él era el profeta prometido.

Ante una transacción económica importante, Jeremías no calculó sus ganancias. A él no le importaba que este fuera un buen o mal negocio. Simplemente quería estar seguro de que Dios estaba obrando en su vida, y que su acción estaría de acuerdo con la voluntad divina. Y en la acción de fe del profeta y en el sacrificio de sus intereses, Dios confirmó su identidad, su llamado y su destino.

EL CAMPO DEL ALFARERO

Quiero adelantarme unos siglos y llevar esta historia al tiempo de Jesús. Judas había recibido treinta piezas de plata por cooperar en el arresto del Señor (Mat. 26: 14). Y luego, al ver que Jesús era condenado, «devolvió arrepentido las treinta piezas de plata a los principales sacerdotes y a los ancianos, diciendo: “Yo he pecado entregando sangre inocente”» (Mat. 27: 3, 4, RV95). Pero al ver que a los sacerdotes no le importaba nada (27: 4) arrojó las monedas en el templo y se ahorcó (27: 5).

Los sacerdotes y ancianos del pueblo, al considerar inapropiado el uso de esas monedas en el templo, porque fueron adquiridas a



Los que se identifican

con su causa no buscan su éxito personal, sino la victoria divina, aunque para ellos eso signifique su fracaso mundano.

«precio de sangre», compraron con ellas «el campo del alfarero» que se usaría para «sepultura de los extranjeros» (Mat. 27: 6-8). Mateo nos informa que con eso se cumplió una profecía que dice: «Y tomaron las treinta piezas de plata, precio del apreciado, según el precio fijado por los hijos de Israel; y las dieron para el campo del alfarero, como me ordenó el Señor» (Mat. 27: 9, 10). De hecho, el profeta Zacarías unos siglos antes había escrito: «Y les dije: Si les parece bien, denme mi salario; y si no, déjenlo». Y pesaron por salario mío treinta piezas de plata. Entonces el Señor me dijo: “Échalo al tesoro. ¡Magnífico precio con que me han apreciado!”. Yo tomé las treinta piezas de plata y las eché en el tesoro, en la casa del Señor» (Zac. 11: 12, 13, RVA2015).

Al parecer todo está bien en la historia. Pero hay varios problemas. Por ejemplo, Zacarías no habla que con el dinero se compraría un «campo del alfarero», como dice Mateo. En segundo lugar, y esta sí es una gran dificultad, Mateo dijo que el profeta aludido era Jeremías, no Zacarías. Leamos otra vez: «Entonces se cumplió lo que fue dicho por el profeta Jeremías» (Mat. 27: 9). ¿Se equivocó Mateo? ¿Trató de ajustar una profecía por fuerza a la historia de la pasión de Cristo? Se han propuesto muchas soluciones que no trataremos aquí. Pero es posible que Mateo estuviera intencionalmente usando un procedimiento que su audiencia entendería. Por ejemplo, Marcos atribuye a Isaías una cita que primeramente es de Malaquías, aunque también tiene una porción de Isaías.¹⁰

Parece que Mateo tomó la idea de un «campo del alfarero» del libro de Jeremías, y el resto de la información la tomó del libro de Zacarías y citó solo a Jeremías como hizo Marcos al inicio de su Evangelio. Debido a que, en Mateo, Jesús es presentado como un nuevo Moisés,¹¹ Jesús también es el nuevo Jeremías,¹² por lo que Mateo es intencional al atribuirle la cita a Jeremías. Solo nos resta encontrar «el campo del alfarero» en Jeremías y todo está solucionado. El problema es que la expresión «campo del alfarero» tampoco se encuentra en Jeremías. La idea de la compra de un campo del alfarero es compuesta de varios incidentes en la vida del profeta que apuntaban a un mensaje común.

En Jeremías 18: 1 Dios le ordenó ir a la «casa del alfarero». El mensaje es que, así como el alfarero moldea y rompe las vasijas que él quiere, Dios puede hacer lo que él quiera con su pueblo (18: 6-9). En Jeremías 19: 1, al profeta se le ordena comprar «una vasija del alfarero» y quebrarla en el valle de Ben-Hinom (19: 2), en señal del desagrado de Dios por la «sangre inocente» derramada allí (19: 4). Es interesante saber que este valle se encontraba en las cercanías del templo y que Mateo pudo estar refiriéndose a él cuando mencionó un campo comprado con el precio de sangre (Mat. 27: 6), sangre inocente (27: 4).¹³ Jeremías 18 y 19 hablan de una «casa del alfarero», de «vasijas de barro» adquiridas del alfarero, pero solo Jeremías 32 menciona al profeta *comprando* un campo y guardando el documento de compra en una vasija de barro (32: 7, 8, 14). El evangelista tomó todas estas acciones del profeta y las combinó en un solo acto: «comprar el campo del alfarero».

PROYECCIONES ETERNAS

Y es que Mateo, inspirado por Dios, es el único escritor bíblico que parece comprender las proyecciones eternas de las acciones de Jeremías. Jesús, como el profeta, anunció la inauguración de un nuevo pacto (Jer. 31: 31-34-; Mat. 26: 28). Jesús, como Jeremías, denunció el pecado de los líderes. Jesús, como Jeremías, fue rechazado por el pueblo. Jesús, como Jeremías, predijo la destrucción de Jerusalén y del templo y Jesús, como Jeremías, fue condenado y apresado por los sacerdotes. Mateo nos informó que quienes compraron el campo fueron los «sacerdotes» (27: 5-7). Pero Pedro nos dice que el campo fue «adquirido» por Judas (Hech. 1: 18, 19). Si recordamos que el campo

P

ondré mi temor
en el corazón
de ellos, para que
no se aparten de mí»
(Jer. 32: 38-40, RVA2015).

fue comprado *con el dinero de Judas*, entonces no hay problemas en admitir que en ese sentido el campo fue *comprado por Judas*.

Pero podemos aplicar el mismo principio y llevarlo más lejos. El dinero de Judas era el precio con que apreciaron la vida de Jesús (Mat. 27: 10). Eso indica que *el campo fue comprado con la vida de Jesús*. Y en no reconocer esa lógica del texto es que muchos han fallado en entender su mensaje. El punto de Mateo es que Jesús, con su vida, al igual que Jeremías, adquirió un campo mientras estaba bajo custodia oficial. La compra absurda de Jeremías era la prueba de que Dios cumpliría sus promesas y traería a la tierra prometida a sus hijos dispersos. El campo maldito de Judas era la señal de que la destrucción y el rechazo del pueblo judío no sería el final del plan de Dios. Por medio de Cristo, y en Cristo, Dios juntaría a judíos y gentiles en un nuevo pueblo.¹⁴

Moisés murió con la esperanza de que la nueva generación entraría a la tierra. Jeremías murió con la esperanza de que una nueva generación regresaría a la tierra. Jesús, nuevo Moisés y nuevo Jeremías, también murió, pero con la seguridad de que resucitaría, y en su vida juntaría «a los hijos de Dios que están dispersos» (Juan 11: 52). «Ellos serán mi pueblo, y yo seré su Dios. Les daré un solo corazón y un solo camino, a fin de que me teman perpetuamente, para su propio bien y para el bien de sus hijos después de ellos. Haré con ellos un pacto eterno; no desistiré de hacerles bien. Pondré mi temor en el corazón de ellos, para que no se aparten de mí» (Jer. 32: 38-40, RVA2015).

¡Me maravillo al ver lo que Dios puede hacer con un mal negocio!



REPASEMOS UN POCO

Hemos concluido la lectura del capítulo 10, Jeremías: inversiones de fe. Hemos estudiado sobre un incidente que solemos pasar por alto en la vida del profeta, pero que resulta interesante de leer y que deja aleccionadoras reflexiones. Entre las ideas más destacadas, reseñaremos las siguientes:

- En un acto que desafiaba su fe en la palabra de Dios, Jeremías debía comprar un terreno en un lugar que, según su propia profecía, estaba a punto de ser invadido y tomado por un ejército enemigo. La aparente consecuencia sería la pérdida total de la inversión. Sin embargo, Dios le pide llevar a cabo la compra, registrarla, sellarla y preservarla en un lugar que la protegiera por muchos años. La lección aquí es que cuando Dios nos envía un mensaje, espera que seamos los primeros en creer ese mensaje para que, al darlo, no solo vaya acompañado del poder de las palabras, sino también de nuestros actos de fe. ***Las personas no solo deben escuchar un mensaje, sino también verlo ilustrado en nuestras vidas.***
- Jeremías hizo todo lo que el Señor le pidió y de la manera en que el Señor le indicó. Luego le preguntó al Señor por qué le mandó hacer algo así en las circunstancias en las que se encontraba el país. Esta forma de actuar del profeta nos muestra el orden correcto en que debemos expresar nuestras actitudes con relación a la Palabra de Dios: ***primero obedecemos la Palabra y luego podemos pedir a Dios que nos ayude a entender lo que aún no sea claro para nosotros.*** Ponemos en primer lugar el triunfo de la obra de Dios y luego nuestros intereses personales.

Contestemos ahora algunas preguntas:

- Basados en este incidente de Jeremías, ***¿cuál debería ser la actitud de un cristiano si está convencido de que cumplir con la voluntad de Dios le ocasionará pérdidas materiales, familiares o de otros tipos?***
- Hoy día es común que las personas vean el mundo de los negocios y las inversiones financieras como algo que no se relaciona con la religión o la obediencia a Dios, pero según la historia en este capítulo, ***¿es ese el enfoque bíblico, o es el deseo de Dios que ambas cosas se consideren como un todo que debe honrarle?***
- ***¿Cómo podemos invertir nuestros recursos de una forma que testifique de la fe que tenemos en Dios y en su Palabra?***

• **¿Creemos que ser fiel a Dios al devolver los diezmos de todo y ser generosos dando ofrendas para su causa aun en tiempo de necesidad e inestabilidad económica son o no inversiones de fe que tienen el mismo significado que la compra que hizo Jeremías por orden de Dios?**

• **¿Qué mensaje nos está dando Dios con esta historia?**



1. El documento era un tipo de rollo.
2. Al fin de la solapa del rollo, se colocaba masilla de barro caliente. Mientras todavía estaba fresca, se imprimía un sello sobre ella. Al secarse, quedaba la impresión del sello, y el documento no se podía abrir.
3. Debido a que el documento oficial se invalidaba si el sello se rompía, este no se abría. Por eso se colocaba una copia no sellada (abierta) del documento, o un resumen de este, junto con el documento, para ser revisada constantemente sin abrir el documento sellado.
4. Los profetas, y este es el caso frecuente con Jeremías (Jer. 18, 19, 36), ilustran en su vida y acciones su mensaje. Ver Kelvin G. Friebe, *Jeremiah's and Ezekiel's Sign-Acts*. *Journal for the Study of the Old Testament Supplement Series*, ed. D. J. A. Clines and Ph. R. Davies (Sheffield, England: Sheffield Academic Press, 1999).
5. Sobre esto la bibliografía es amplia. Solo cito los artículos más pioneros y fecundos en el enfoque. William L. Holladay, «The Background of Jeremiah's Self-Understanding. Moses, Samuel and Psalm 22», *Journal of Biblical Literature* 83 (1964), pp. 153-164; William L. Holladay, «Jeremiah and Moses: Further Observations», *Journal of Biblical Literature* 85 (1966), pp. 17-27; Christopher R. Seitz, «The Prophet Moses and the Canonical Shape of Jeremiah», *Zeitschrift für die Alttestamentliche Wissenschaft* 101, n.º 1 (1989), pp. 3-27.
6. Por ejemplo, Moisés es el mediador del pacto (Éxo. 24), Jeremías promete un nuevo pacto (Jer. 31: 31-34). La rebelión del pueblo hace que los Diez Mandamientos tengan que escribirse dos veces (Éxo. 34: 1). Por la incredulidad del rey, Jeremías tuvo que escribir el rollo de sus profecías dos veces (Jer. 36: 27, 28).
7. *k*kal. Sobre este detalle, ver Jon D. Levenson, «Some Unnoticed Connotations in Jeremiah 20:9», *Catholic Biblical Quarterly* 46, n.º 2 (1984), pp. 223-225.
8. Sobre este detalle, ver Walter Brueggemann, *The Theology of the Book of Jeremiah*, *Old Testament Theology*, ed. B. A. Straw and P. D. Miller (New York: Cambridge University Press, 2007), p. 67.
9. El problema de distinguir una falsa profecía de una verdadera es más complicado de lo que parece. Para entender el problema, ver Thomas W Overholt, *The Threat of Falsehood. A Study in the Theology of the Book of Jeremiah*, *Studies in Biblical Theology*, 2nd. Series (London: SCM Press, 1970).; James L. Crenshaw, *Prophetic Conflict. Its Effect Upon Israelite Religion*, *Beihefte Zur Zeitschrift Für Die Alttestamentliche Wissenschaft*, ed. G. Fohrer, vol. 124 (Berlin: Walter de Gruyter, 1971).
10. Compare Marcos 1: 2, 3 con Malaquías 3: 1 e Isaías 40: 3.
11. Dale C. Allison, *The New Moses. A Matthew Typology* (Minneapolis: Augsburg Fortress, 1993).
12. Para la influencia de Jeremías en el Evangelio de Mateo, ver Michael Knowles, *Jeremiah in Matthew's Gospel. The Rejected-Prophet Motif in Matthaean Redaction*, *Journal for the Study of the New Testament Supplement Series*, ed. S. E. Porter, vol. 68 (Sheffield: Sheffield Academic Press, 1993). En las páginas 52-81 Knowles resume todas las propuestas al problema de Mateo 27 y propone una solución un poco diferente a la sugerida en este capítulo.
13. En Hechos 1: 19 se le llama al campo «acédama» (campo de sangre).
14. N. T. Wright, *The New Testament and the People of God, Christian Origins and the Question of God*, vol. 1 (Minneapolis: Fortress Press, 1992), pp. 280-338 da base a la idea de que el Nuevo Testamento es una respuesta (cristológica) a la esperanza judía de regresar del exilio. Para una obra más reciente, ver James M. Scott, ed., *Exile. A Conversation with N. T. Wright* (Downers Grove: IVP Academic, 2017).

11 Hageo: ahora es el tiempo



Este pueblo dice que aún
no ha llegado el tiempo
(Hag. 1: 2)



EN TIEMPOS de los profetas Jeremías, Daniel y Ezequiel, los babilonios depusieron al rey de Judá, llevaron al pueblo cautivo a Babilonia y destruyeron el templo. Después de décadas de exilio, Ciro, el rey persa, permitió que los judíos regresaran a su tierra: «Así ha dicho Ciro, rey de Persia: Jehová, el Dios de los cielos, me ha dado todos los reinos de la tierra y me ha mandado que le edifique una casa en Jerusalén, que está en Judá. Quien de entre vosotros pertenezca a su pueblo, sea Dios con él, suba a Jerusalén, que está en Judá, y edifique la casa a Jehová, Dios de Israel (él es el Dios), la cual está en Jerusalén. Y a todo el que haya quedado, en cualquier lugar donde habite, que las gentes de su lugar lo ayuden con plata, oro, bienes y ganados, además de ofrendas voluntarias para la casa de Dios, la cual está en Jerusalén» (Esd. 1: 2-4, RV95).

En este decreto el rey persa básicamente expresa:

- Que Jehová lo ha comisionado para que le edifique un templo en Jerusalén.
- Que cada judío tiene la libertad de regresar a su tierra a edificar la casa de Jehová.
- Que a todos los habitantes del imperio se les motiva ayudar a los judíos «con ofrendas voluntarias, para la casa de Dios, la cual está en Jerusalén».

Puede observarse que el decreto del rey tenía como objetivo la reconstrucción del templo de Jerusalén. Decenas de miles de judíos regresaron (Esd. 2: 64, 65). Al llegar a Palestina

recogieron ofrendas para la obra (2: 68-69), reconstruyeron el altar (Esd. 3: 1-3), iniciaron los sacrificios (3: 4-7) y para el segundo año de la llegada ya habían puesto el fundamento del templo (3: 8-11).

Algunos desafíos externos desmoralizaron al pueblo y la obra se detuvo (Esd. 4: 1-6). Esdras nos cuenta que «los profetas Hageo y Zacarías hijo de Ido profetizaron a los judíos que estaban en Judá y en Jerusalén, en el nombre del Dios de Israel, que estaba sobre ellos. Entonces se levantaron Zorobabel hijo de Salatiel y Josué hijo de Josadac, y comenzaron a reedificar la casa de Dios en Jerusalén, y con ellos estaban los profetas de Dios que les apoyaban» (Esd. 5: 1, 2).

Ahora bien, el ministerio de Hageo y Zacarías, según el testimonio de sus libros, se inicia a partir del segundo año de Darío¹ rey de Persia (Hag. 1: 1, 15; 2: 1, 10, 18, 20; Zac. 1: 1, 7). Si este es el caso, la obra de la reconstrucción del templo se detuvo por más de diez años. Según Esdras, las razones de la demora fueron externas. El problema estuvo en «los enemigos de Judá y de Benjamín» (Esd. 4: 1), en «el pueblo de la tierra» que desmoralizaba a los judíos (4: 4) y en los «consejeros» de los reyes persas que habían sido sobornados para representar mal las intenciones de los judíos (4: 5).

Pero Hageo no menciona los obstáculos externos aducidos por Esdras. Según el profeta, el cese de la construcción del templo se debía al mismo pueblo. ¿Por qué dejaron los judíos de construir su templo? ¿Qué los hizo detener la obra? El presente estudio responde estas preguntas a la luz del mensaje del profeta y al mismo tiempo muestra que:

- Dar prioridad a la obra de Dios es la clave del éxito en todas las áreas de la vida.
- No debemos esperar ser bendecidos para ser fieles; porque solo la fidelidad nos trae bendición.
- Este es el tiempo, precisamente ahora, para decidir nuestro destino y cumplir la tarea que Dios nos ha encomendado.

EL TIEMPO NO HA LLEGADO

En nombre de Dios, Hageo habló al gobernador Zorobabel y al sumo sacerdote Josué mostrándoles la situación del pueblo (Hag. 1: 1). La razón por la que habían sido liberados era para que construyeran el templo y, sin embargo, mucho tiempo después la obra del templo

no se había terminado. Según el profeta, «este pueblo dice que *aún no ha llegado el tiempo en que sea reedificada la casa de Jehová*» (Hag. 1: 2). El pueblo sabe que debe edificar el templo y está decidido a hacerlo, pero no ahora. ¿Qué razones pudo esgrimir el pueblo para creer que el tiempo no había llegado para reedificar la casa de Jehová? Mientras lees las siguientes posibles razones, revisa tu corazón y descubre si estas coinciden con las excusas que tú mismo has puesto para no hacer algo que Dios espera de ti.

En Génesis 29: 7 Jacob dice a unos pastores: «He aquí que todavía es temprano; *todavía no es tiempo* de reunir todo el rebaño. Dad de beber a las ovejas e id a apacentarlas». Aquí la expresión «todavía no es tiempo» indica que las circunstancias para ejecutar una acción no son las más adecuadas por el momento. Si este es el sentido en Hageo, entonces el pueblo se está excusando en las circunstancias adversas.

Durante el ministerio del profeta la lluvia escaseaba y no había mucho fruto en los campos (Hag. 1: 10). La sequía afectaba toda la economía: «El trigo, el vino nuevo, el aceite y todo lo que la tierra produce. A los hombres, al ganado y toda manufactura» (1: 11).

Por otro lado, debido a los nuevos impuestos de Darío, la inflación era alta, y esto creó una crisis económica en todo el imperio. Con mala economía y poca producción es razonable que la mayoría de los judíos pensara que «el tiempo no había llegado» para construir el templo.

El rey Darío ascendió al poder en medio de intrigas y rebeliones y fiera lucha por el trono de Persia. Sus primeros años como rey fueron dedicados a la consolidación del reino. Si los judíos construían un templo, ¿cómo lo vería el rey Darío? ¿Provocarían la reconstrucción la idea de que los israelitas se querían independizar del imperio? Esdras 4: 11-16; 5: 7-17 sugiere ese escenario.

Por otro lado, en el Antiguo Cercano Oriente la construcción de templos normalmente era autorizada por los reyes. De paso, el templo que ellos debían reconstruir había sido autorizado por el rey David y construido por el rey Salomón. Lo más sabio, según algunos, era esperar pacientemente a que el rey Darío los autorizara. Más aún, según la tradición, la orden de construir se iniciaba con los dioses. En Israel esto tenía sentido a la luz del tabernáculo de Moisés, que recibió la orden divina para la obra. «Jehová habló a Moisés diciendo, díles a los hijos

de Israel [...] que me hagan un santuario, y yo habitaré en medio de ellos» (Éxo. 25: 1, 2, 8). Si Dios no los había autorizados, algunos pensaban que no debían adelantarse a los planes divinos.

Pero ninguna de esas razones era justificada. No podían temerle a ser acusados de rebelión porque ellos habían sido autorizados por el mismo Ciro, tenían la autorización del rey. Lo único que necesitaban hacer era mostrar al rey Darío que sus acciones estaban de acuerdo con las políticas y decretos del imperio (Esd. 6: 1-11). Los que esperaban una orden directa de Dios no reconocían que fue el mismo Jehová quien «movió el espíritu de Ciro rey de Persa» a autorizar la construcción del templo (Esd. 1: 1, 2). Los que esperan grandes manifestaciones divinas como señales para cumplir con su deber usualmente son ciegos a las acciones de Dios. Cuando se detienen esperando una autorización divina, no son reconocidos por su fe, sino reprendidos por su falta de discernimiento para percibir la obra y el tiempo de Dios.

RAZONES EGOÍSTAS

En cuanto a las circunstancias económicas, estas no eran más que excusas. El profeta desafió al pueblo al respecto. Aunque ustedes dicen que no es el tiempo para reconstruir el templo de Dios: «¿Acaso es tiempo de que ustedes habiten en sus casas enmaderadas mientras que esta casa está en ruinas? (Hag. 1: 4, RVA2015). *Su supuesta escasez solo se aplicaba cuando se trataba de cooperar con la obra de Dios.*

Al hablar de casas «enmaderadas»² el profeta estaba indirectamente acusándolos de algo más grave. Hageo estaba haciendo alusión intencional al templo de Salomón. «Salomón edificó el templo y lo terminó. Después *revistió el lado interior de los muros del templo con tablas de cedro; los recubrió de madera por dentro*, desde el suelo del templo hasta las vigas del artesonado. También *cubrió el suelo del templo con tablas de ciprés*» (1 Rey. 6: 15). «Construyó, pues, el templo y lo terminó. Luego *cubrió (sapan)* el edificio con vigas y tablas de cedro» (1 Rey. 6: 9, RVA2015). «También edificó el Pórtico del Trono, o Pórtico del Juicio, donde había de juzgar, y *lo recubrió (sapan)* con cedro desde el suelo hasta las vigas» (1 Rey. 7: 7, RVA2015).

Hageo se refiere al templo de manera regular como la «casa» de Jehová (Hag. 1: 2, 4, 8, 9, 14; 2: 3, 7, 9),³ y lo contrasta con las casas del

pueblo (1: 4, 9). Este detalle sumado al hecho de que en el contexto de las Escrituras el edificio cubierto con madera era el templo, el mensaje del profeta es que, al ellos enmaderar sus casas, *han hecho de sus casas el templo*, y han tenido para sí mismos el cuidado que solo Dios merecía.

Si comparamos Hageo 1: 10-11 con Levítico 26: 19 y 20 notaremos que el profeta entiende la crisis económica en función de las maldiciones del pacto que Dios había hecho con ellos. *Mientras ellos esperan prosperar para ser fieles, Dios estaba esperando que fueran fieles para darles prosperidad.*

Las promesas del pacto eran claras. «Si andan según mis estatutos [...] les mandaré la lluvia a su tiempo. La tierra dará sus productos, y el árbol del campo dará su fruto. Su trilla alcanzará hasta la vendimia, y la vendimia hasta la siembra. Comerán su pan hasta saciarse y habitarán seguros en su tierra» (Lev. 26: 3-5, RVA2015).

Pero su falta de entendimiento se debía a que la búsqueda de sus intereses personales los había hecho insensibles al propósito de Dios. Si comparamos las acciones de los habitantes de la provincia de Judea en tiempos de Hageo con la actitud de David, descubriremos un contraste iluminador.⁴ «Aconteció que cuando el rey *habitaba ya en su casa*, y Jehová le había dado descanso de todos sus enemigos en derredor, el rey dijo al profeta Natán: “mira; *yo habito en una casa de cedro*, mientras que el arca de Dios habita en una tienda”» (2 Sam. 7: 1-2). David no se siente cómodo en su casa empanelada en cedro, mientras que el arca de Dios era cubierta con pieles deterioradas. Esa es la razón por la que luego el templo es también construido con paneles de cedro (1 Rey. 6: 9, 10; 7: 3, 7). David quiere que el templo de Dios posea todo el lujo que él buscaba para su casa. En contraste con su famoso rey, los judíos vivían en casas de lujo mientras el templo de Dios estaba en ruinas, y excusaban con hipocresía su falta de interés por la obra de Dios. Hasta que el pueblo de Judea no actuara como David, nunca recibirían las bendiciones de David.

FALSA ESCATOLOGÍA

Es posible que entre las excusas del pueblo hubiese otras específicamente proféticas. A veces, en el Antiguo Testamento, la palabra usada para tiempo (*et*) refiere a un momento específico señalado en el plan de Dios para una acción determinada (Jer. 46: 21; 50: 27, 31). El salmista

oró a Dios diciendo: «Levántate, ten misericordia de Sion, porque *ha llegado el tiempo* (*‘et*) de tener compasión de ella» (Sal. 102: 13). El profeta que había anunciado la calamidad también había predicho: «Yo he entregado todas estas tierras en mano de Nabucodonosor rey de Babilonia, mi siervo. Le he dado aun los animales del campo, para que le sirvan. Todas las naciones le servirán a él, como a su hijo y al hijo de su hijo, *hasta que llegue el tiempo* a su propia tierra» (Jer. 27: 6, 7).

¿A qué tiempo se refería el profeta? «Toda esta tierra será convertida en desolación y espanto. Y estas naciones servirán al rey de Babilonia *durante setenta años*» (Jer. 25: 11). Después de los sesenta años Dios castigaría a Babilonia y liberaría a su pueblo (2 Crón. 36: 21, 22; Esd. 1: 1; Jer. 25: 12; Dan. 9: 2). «Así dice el Señor: “Cuando a Babilonia se le hayan cumplido los setenta años, yo los visitaré y haré honor a mi promesa en favor de ustedes; los haré volver a este lugar”» (Jer. 29: 10, NVI).⁵

De modo que es también probable que los judíos excusaran su descuido de la obra de Dios, esperando el cumplimiento de los setenta años. Las profecías de tiempo, que fueron dadas para orientar al pueblo, se han convertido también hoy en una desgracia. La iglesia de Dios parece solo reaccionar cuando cree que se cumple un periodo profético y cuando le predicán que el tiempo llega a su fin. Pero el mensaje de Hageo implica que los que hacen depender su fidelidad del reloj profético son simplemente infieles.

FALSA TEOLOGÍA

Al ser destruido el templo, el profeta Ezequiel tuvo una serie de visiones que culminaron en la visión del nuevo templo de Jerusalén (Eze. 40). Dios no ordenó al profeta a construirlo, ni dio instrucciones sobre su construcción como hizo con Moisés. Eso sugería que el templo escatológico sería edificado directamente por Dios. Es posible que algunos en el tiempo de Hageo esperaran un prodigio especial y que el templo se construyera por medio de un milagro cósmico y divino. Para ese grupo construir el templo era una herejía, y posiblemente fueron los que tenían esas ideas los que lloraron y se desanimaron al ver el templo destruido (Esd. 3: 12, 13; Hag. 2: 3; Zac. 4: 10).⁶

Otros esperaban una era gloriosa cuando Dios retornaría a su pueblo (Isa. 60: 1, 2; Eze. 37: 26-28; 43: 2-5). Los profetas hablaban de que Dios vencería a los enemigos representados por las potencias opresoras (Jer. 29: 8; 51: 33; Eze. 21: 29), restauraría el trono de David con un rey/mesías (Isa. 11: 1, 10-16; Jer. 23: 5, 6) y se inauguraría un periodo de prosperidad económica y alta productividad de la tierra (Jer. 31: 12-14; Eze. 36: 30).⁷ En un tiempo cuando estaban sometidos por los persas, sufriendo una gran sequía y baja producción agrícola, y cuando ni siquiera tenían un rey sobre ellos, le era muy difícil al pueblo creer que estaban en el tiempo del cumplimiento de las promesas divinas. Y si Dios no había regresado a su pueblo, entonces no tenía sentido construirle un templo.

Pero todo eso era falsa teología. Notemos que cuando ellos escucharon la voz del profeta y decidieron construir el templo (Hag. 1: 12, 14, 15) Dios envió de inmediato un nuevo mensaje. «Entonces Hageo, mensajero de Jehová, habló al pueblo con el mensaje de Jehová, diciendo: *Yo estoy con vosotros, dice Jehová*» (Hag. 1: 13). «Y que me hagan un santuario para que yo habite en medio de ellos» (Éxo. 25: 8), le había dicho Dios a Moisés. Primero debían construir un santuario y luego esperar la gloria divina sobre ellos (Éxo. 40: 34, 35). Muchos se imaginan que su estado espiritual y material se debe a que Dios ha restringido su poder y gloria en ellos. *Pero, ¿será posible que Dios no ha manifestado su gloria porque ellos no han preparado un santuario?*

Nada, excepto nosotros mismo, detiene a Dios de llenar nuestras vidas con su presencia y cumplir todas sus promesas. «Hijo de hombre, ahora los de la casa de Israel dicen: “La visión que este ve es para dentro de muchos días; para lejanos tiempos profetiza este”. Diles, por tanto: “Así ha dicho Jehová, el Señor: No se tardará más ninguna de mis palabras, sino que la palabra que yo hable se cumplirá, dice Jehová, el Señor”» (Eze. 12: 27, 28, RV95). Hoy es el día de recibir la gloria. Ha llegado el tiempo de construir.

UNA VIDA DE REFLEXIÓN

Entrelazado en todo el mensaje del profeta está la invitación a reflexionar tomando en cuenta la visión de Dios para el mundo, para su pueblo y para nosotros. La expresión «reflexionad acerca de vuestros

caminos» o su equivalente es repetida varias veces en el libro (Hag. 1: 5, 7: 2: 15, 18).

- *El primer llamado a “reflexionar”* tiene que ver con su situación presente. «Reflexionen acerca de sus caminos. Han sembrado mucho pero han recogido poco; comen pero no se sacian; beben pero no quedan satisfechos; se visten pero no se abrigan; y el jornalero recibe su jornal en bolsa rota» (Hag. 1: 5, 6, RVA2015).
- *El segundo llamado a “reflexionar”* tiene que ver con lo que debían hacer. «Reflexionen acerca de sus caminos. Suban al monte, traigan madera y reedifiquen el templo. Yo tendré satisfacción en ello y seré honrado, ha dicho el Señor» (Hag. 1: 7, 8, RVA2015).
- *El tercer llamado a “reflexionar”* tiene que ver con su pasado. «Ahora pues, reflexionen desde este día en adelante, antes de poner piedra sobre piedra en el templo del Señor: ¿Qué les pasa? Vienen a un montón de veinte medidas y hay solo diez; y vienen al lagar para sacar cincuenta medidas y hay solo veinte» (Hag. 2: 15, 16, RVA2015).
- *El cuarto llamado a “reflexionar”* es doble y tiene que ver con el futuro prometido por Dios. «Reflexionen desde este día en adelante, desde el día veinticuatro del mes noveno, el día en que son puestos los cimientos del templo del Señor. Reflexionen: ¿Todavía hay semilla en el granero? Si bien ni la vid ni la higuera ni el granado ni el árbol de olivo han producido todavía, desde este día les daré bendición» (Hag. 2: 18, 19, RVA2015).

Cada cristiano debería vivir una vida de reflexión personal que incluya:

- Un examen detallado de su estado, condición y situación presente.
- Un proceso de descubrimiento por medio de la revelación e iluminación divinas de la voluntad de Dios en cuanto a su situación.
- Una retrospección, ubicando situaciones pasadas que puedan estar afectando el presente.
- Una apropiación de las promesas de Dios y una clara visión del futuro basado en esas promesas.

Los que pasan de un estado negativo a un estado positivo sin reflexionar, volverán a su estado anterior igualmente sin reflexionar. Reflexión es la única forma de edificar el santuario, de reconstruir el templo y preparar el corazón para que la gloria de Dios more en nosotros.

UN FUTURO GLORIOSO

La construcción del segundo templo se logró por la obra de un pueblo y sus líderes que escucharon la voz de Dios por medio de su profeta. «Y Jehová despertó el espíritu de Zorobabel hijo de Salatiel, gobernador de Judá, el espíritu de Josué hijo de Josadac, sumo sacerdote, y el espíritu de todo el remanente del pueblo, y ellos acudieron y emprendieron la obra de la casa de Jehová de los ejércitos, su Dios» (Hag. 1: 14). Pero en medio de tantas precariedades su obra no se podría comparar al pomposo templo de Salomón. Con todo, no debían desanimarse. «Porque así dice Jehová de los ejércitos: “De aquí a poco yo haré temblar los cielos y la tierra, el mar y la tierra seca; y haré temblar a todas las naciones, y vendrá el Deseado de todas las naciones; y llenaré de gloria esta casa, ha dicho Jehová de los ejércitos. Mía es la plata, y mío es el oro, dice Jehová de los ejércitos”» (Hag. 2: 6-8).

Debemos recordar que, aunque el Mesías es «el Deseado de todas las naciones», esta expresión en Hageo no se refiere primariamente a él. El texto hebreo habla de algo (no alguien) que es «preciado» (en singular) por todas las naciones. De ahí que muchas versiones traducen la palabra como «tesoro», o «riqueza».⁸ Si tomamos este detalle en mente, entonces lo que Dios predice en relación con el templo es lo siguiente:

- «Haré temblar a todas las naciones», es decir, Dios sacudirá el orden político y económico internacional.
- La «riqueza de todas las naciones» vendrá al templo de Dios.
- El templo entonces será lleno de gloria.

Con el sacudimiento divino de las naciones, el pueblo de Dios sería cabeza de los pueblos (Isa. 42: 6; 49: 6; Jer. 49: 5; Miq. 4: 2, 3; compare con Sal. 2). El contexto bíblico de la idea de que las riquezas de las naciones vendrían al templo, es el pago de tributos que una nación sometida pagaba a la nación que le había vencido (Jue. 3: 18; 2 Sam. 8: 2; 1 Rey. 4: 21; 2 Rey. 17: 3; 23: 33). De paso, cuando el pueblo de Judá fue sometido por naciones más poderosas, muchas veces tuvo que usar los tesoros del templo para pagar tributo (2 Rey. 12: 18; 16: 8; 18: 14, 15). Y cuando Nabucodonosor finalmente invadió Judá, «sacó de allí todos

los tesoros de la casa de Jehová y los tesoros de la casa del rey. Rompió en pedazos todos los utensilios de oro que había hecho Salomón, rey de Israel, para la casa de Jehová» (2 Rey. 24: 13).

Por medio del profeta Joel, Dios se queja de las naciones «porque han llevado mi plata y mi oro. Mis cosas preciosas y hermosas han introducido en sus templos» (Joel 3: 5, RVA2015). Este texto es importante, primero porque usa la misma palabra de Hageo 2: 7 (*hemdah*), traducida aquí como «cosas preciosas», para referirse al tesoro del pueblo de Dios. En segundo lugar, dice que el tesoro del pueblo de Dios fue llevado a los templos de las naciones paganas. A la luz de lo dicho, el texto de Hageo presenta una reversión de la opresión de Judá. Ahora son las naciones que pagan tributo al pueblo de Dios. «Entonces lo verás y resplandecerás. Tu corazón se estremecerá y se ensanchará, porque la abundancia del mar se habrá vuelto a ti, y la riqueza de las naciones te será traída» (Isa. 60: 5, RVA2015).

Ahora son los tesoros de las naciones que vienen al templo de Dios.⁹ La idea es que los tesoros pertenecen a Jehová y deben estar en el templo del verdadero Dios y no en los templos de falsos dioses de las naciones. Ese es el sentido del versículo que sigue en Hageo: «Mia es la plata y el oro declara Jehová de los ejércitos» (Hag. 2: 8). *Solo el verdadero Dios tiene derecho al «tesoro de las naciones».*

GLORIA Y RIQUEZAS

«Estremeceré todas las naciones, y vendrán los tesoros de las naciones. Y llenaré esta casa de gloria, ha dicho Jehová de los ejércitos» (Hag. 2: 7). Pasemos ahora a analizar la siguiente promesa en el texto: «llenaré esta casa con gloria» (Hag. 2: 7). Esto es una clara alusión a la inauguración del santuario. Cuando Moisés dedicó el tabernáculo, «entonces la nube cubrió el tabernáculo de reunión, y la gloria de Jehová llenó el tabernáculo» (Éxo. 40: 34). De la misma manera cuando Salomón dedicó el templo, «descendió fuego del cielo y consumió el holocausto y los sacrificios, y la gloria de Jehová llenó la casa» (2 Crón. 7: 1). La promesa divina en Hageo es que el precario templo que habían construido sería aprobado por Dios e inaugurado con su gloria.

Pero hay un detalle aún más interesante. En Hageo 2: 7 la expresión «vendrán los tesoros de las naciones» es paralela a «llenaré esta

casa con gloria». Al parecer, para el profeta, *la gloria de Dios en el templo incluye las riquezas provenientes de todas las naciones*. Aunque algunos pueden alarmarse por esta idea, esta tiene fuertes raíces bíblicas.

Veamos por ejemplo un texto muy conocido. «Levántate, resplandece, porque ha venido tu luz, y la gloria de Jehová ha nacido sobre ti. Porque he aquí que las tinieblas cubrirán la tierra; y la oscuridad, los pueblos. Pero sobre ti resplandecerá Jehová, y sobre ti será vista su gloria» (Isa. 60: 1, 2). La idea del pasaje es que la gloria de Dios regresa a su pueblo. Sin embargo, el profeta explica esa gloria de Jehová en términos de «las riquezas de las naciones» (Isa. 60: 5, 11). Esas riquezas son la «gloria» de esas naciones. «*La gloria del Líbano vendrá a ti, cipreses, pinos y bojés juntamente, para decorar el lugar de mi santuario; y yo honraré el lugar de mis pies*».¹⁰ (Isa. 60: 13). La idea es que Dios llenará su santuario con la gloria (riqueza) del Líbano (naciones).

Otro texto que equipara la «gloria» con la «riqueza de las naciones» es Isaías 61: 6: «Y vosotros seréis llamados sacerdotes de Jehová, ministros de nuestro Dios seréis llamados; *comeréis las riquezas de las naciones, y con su gloria seréis sublimes*» (RVA).¹¹ Aunque la gloria de Dios no es material, la relación bíblica entre «gloria» y «riquezas» indica que cuando Dios está presente en su pueblo los recursos del mundo milagrosamente se ponen también al servicio de la causa de Dios. Así glorificar a Dios incluye traer a su templo y apoyar su misión con la plata y el oro que le pertenecen.

JESÚS, EL NUEVO TEMPLO

El Evangelio de Juan comparó a Jesús con un templo/tabernáculo, un edificio que, aunque humano, está lleno de la gloria divina. «Y aquel Verbo fue hecho carne, y *puso su tabernáculo*¹² entre nosotros, y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad» (Juan 1: 14). Decir que Jesús es el templo no solo implicaba que la gloria de Dios moraba en él, sino que la historia del templo se repetiría en su vida. Y esta historia no siempre fue gloriosa.

El hecho de que el templo fuera destruido y restaurado por la comunidad a la que Hageo predicó apuntaba a los eventos más importantes del ministerio de Cristo. «Destruid este templo, y en tres días lo levantaré», dijo Jesús a los judíos (Juan 2: 19) refiriéndose «al templo de

su cuerpo» (2: 21). «Por tanto, cuando resucitó de entre los muertos, sus discípulos recordaron que había dicho esto, y creyeron en la Escritura y en la palabra que Jesús había dicho» (2: 22, RV95).¹³

Así el trabajo de reedificación al que motivó el profeta representaba la resurrección del cuerpo de Cristo. Debido a que ese cuerpo resucitado de Cristo es la iglesia (Efe. 1: 22, 23; Col. 1: 18, 24), el llamado a reedificar el templo por Hageo equivale a la edificación de la iglesia. «Porque ustedes son [...] edificio de Dios» (1 Cor. 3: 9). Esa es la razón por la que el apóstol une la imagen de un cuerpo con la de un edificio describiendo la misión de la iglesia. Efesios habla de «la edificación¹⁴ del cuerpo de Cristo» (4: 12). Este proyecto se mantendrá «hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo» (Efe. 4: 13).

En Hageo, el edificio terminado sería llenado con la gloria de Dios y la gloria/riqueza de las naciones. Esto sería posible con la iniciativa divina de cambiar el orden normal de las cosas. «Porque así dice Jehová de los ejércitos: De aquí a poco yo haré temblar los cielos y la tierra, el mar y la tierra seca; y haré temblar a todas las naciones, y vendrán los tesoros de todas las naciones; y llenaré de gloria esta casa, ha dicho Jehová de los ejércitos» (Hag. 2: 6, 7).

La iglesia espera hoy el cumplimiento de esta profecía. La voz de Dios que conmovió el monte Sinaí (Éxo. 19: 18) es la misma voz de Dios que conmoverá el mundo que conocemos hoy. «La voz del cual conmovió entonces la tierra, pero ahora ha prometido, diciendo: Aún una vez, y conmoveré no solamente la tierra, sino también el cielo» (Heb. 12: 26). Esta conmoción indica la anulación del sistema actual del mundo para dar paso al cumplimiento glorioso de las promesas escatológicas de Dios. El apóstol lo explica muy claro. «Y esta frase: Aún una vez, indica la remoción de las cosas movibles, como cosas hechas, para que queden las inmovibles» (Heb. 12: 27).

Pero nada pasará si el templo no está terminado. La gloria no vendrá si no hay un templo que llenar. Por eso te ruego, como el profeta hace dos mil quinientos años, que te unas al proyecto de edificación. Porque el tiempo sí ha llegado para, olvidándonos de nuestros intereses personales, darlo todo para la causa de Dios.

REPASEMOS UN POCO

Terminó el capítulo 11. ¡Cuántas lecciones espirituales y pertinentes nos ha dejado el profeta Hageo! Mencionaremos algunos de los puntos más sobresalientes de este capítulo:

- Desde que Dios reveló a Moisés su decisión de habitar en medio de su pueblo y solicitó la construcción de un santuario como símbolo de su presencia, el Señor ha mantenido invariable su compromiso de que el templo, ya sea en forma física o espiritual, permanecerá como un emblema de que su obra continuará hasta el fin de los tiempos, culminando en la victoria. De ahí que el templo que fue destruido por los babilonios, décadas más tarde fue reconstruido gracias a los decretos promulgados por los reyes persas y las ofrendas voluntarias entregadas por el pueblo de Dios. Tanto los reyes paganos, como los israelitas, actuaron bajo la dirección del Espíritu Santo.
- **Llevar a cabo la obra de Dios conlleva enfrentar obstáculos y desafíos.** Estos problemas pueden venir desde afuera, pero también se suscitan dentro del propio pueblo de Dios. En tiempos de Hageo, los trabajos de reconstrucción estaban paralizados por actitudes equivocadas que tenían los que regresaron a reconstruir. Su expresión «el tiempo no ha llegado» resume una serie de actitudes, creencias y posiciones teológicas que terminaron paralizando la obra de Dios.
- **Tal y como hemos visto aquí, dar prioridad a la obra de Dios es la clave para el éxito en todas las áreas de la vida.** No debemos esperar la bendición para ser fieles, sino entender que es una gran bendición ser fieles a Dios. Por lo tanto, no hay un mejor momento que este para empezar, continuar o simplemente apoyar el avance de la obra de Dios. Nadie mejor que cada uno de nosotros para llevar a cabo ahora mismo la misión que el Señor nos ha encomendado.

Algunas preguntas:

- El capítulo habla de personas que están esperando una señal divina en tanto que no se dan cuenta de que Dios ya está obrando; personas que están esperando una autorización del Señor para comenzar a trabajar y no se dan cuenta de que su parálisis constituye una infidelidad. ¿Cómo podría pasarnos lo mismo en este tiempo?
- En tiempos de Hageo, los israelitas decían que no era el tiempo para apoyar la reconstrucción del templo porque la situación económica no era la mejor; sin embargo, esas mismas personas vivían en casas que





atestiguaban que la supuesta escasez solo se argumentaba cuando se trataba de la obra de Dios. **¿Qué diferencia hay entre ellos y aquellos que hoy no son fieles a Dios al devolver sus diezmos ni generosos al dar ofrendas con el pretexto de que tienen problemas económicos o deudas que se lo impiden?**

- Así como se lo pidió a Israel, hoy el Señor nos pide que reflexionemos en nuestros caminos, en nuestro deber, en nuestro pasado y en el futuro que tenemos en Dios. **¿Cómo nos ayuda el mensaje de la mayordomía cristiana a vivir una vida de reflexión personal?**

1. 520/519 a. C.
2. El verbo *sapan* significa «cubrir», «dar terminación». En este contexto se refiera a «cubrir» con, o dar un «acabado en» madera.
3. Por contraste, Hageo usa la palabra «templo» (*hekal*) solo dos veces (Hag. 2: 15, 18).
4. La relación entre la historia de David y la audiencia de Hageo, aunque no es original de él la tomé de Mark J. Boda, *Haggai, Zechariah*, The NIV Application Commentary, (Grand Rapids, Michigan: Zondervan, 2004), p. 90.
5. Para la relación de la profecía de los setenta años con Hageo 1: 2, ver Hayim Tadmor, «The appointed Time has not yet arrived. The historical background of Haggai 1: 2», en *Ki Baruch Hu. Ancient Near Eastern, biblical and Judaic studies in honor of Baruch A. Levine*, ed. R. Chazan, W. W. Hallo, and L. H. Schiffman (Winona Lake, Indiana: Eisenbrauns, 1999), pp. 401-408.
6. Sobre esta opinión, ver R. G. Hamerton-Kelly, «The temple and the origins of jewish apocalyptic», *Vetus Testamentum* 20, n.º. 1 (1970), pp. 11, 12.
7. Para la influencia de estas expectativas en Hageo, ver Frank Y. Patrick, «Time and tradition in the book of Haggai», en *Tradition in transition. Haggai and Zechariah 1-8 in the Trajectory of Hebrew Theology*, ed. M. J. Boda and M. H. Floyd, Library of Hebrew Bible (New York: T&T Clark, 2008), pp. 43-47.
8. La palabra *hemdah* significa algo que es «deseable» o «deleitoso» (1 Sam. 9: 20; Sal. 106: 24; Isa. 2: 16). De que «lo deseado» se refiere a «riquezas» es claro por el contexto que habla de «plata y oro» (Hag. 2: 8) como es usual en muchos casos (2 Crón. 32: 27; 36: 10; Eze. 26: 12; Dan. 11: 8) y como es traducido por ejemplo en la Nueva Biblia de las Américas (*tesoros*), la Dios Habla hoy (*riquezas*). La palabra es femenina y en Hageo aparece en singular. Sin embargo, debido a que el verbo «venir» (*bw'*) aquí es plural, muchos enmiendan (o al menos leen) el nombre como plural (los tesoros/riquezas). Esta solución es motivada por la traducción griega (LXX) «cosas escogidas» (*ta eklekta*). De todos modos, la gramática hebrea permite un nombre femenino singular con un verbo en plural en algunos casos, especialmente cuando el femenino es un término colectivo (1 Sam. 17: 46; Amós 1: 8).
9. Cabe notar que las riquezas con las que fue construido el templo de Salomón provenían del pago de tributo de las naciones que Israel había sometido (2 Sam. 8: 7, 8, 10-12; compare con 1 Rey. 7: 51; 1 Crón. 29: 3-5).

10. La expresión «el lugar de mis pies» se refiere también al santuario (1 Crón. 28: 2; Sal. 99: 5; Lam. 2: 1; Eze. 43: 7).
11. Otros textos donde «gloria» (*kabod*) equivale a «riquezas» son Isaías 10: 3 y 66: 12.
12. La frase «puso su tabernáculo» (*skenoo*) normalmente es traducida «habitó». Esta palabra es el sustantivo verbal de *skenē*, que significa «tabernáculo» (Juan 7: 1; Heb. 8: 5; Apoc. 13: 6; 15: 5; 21: 3).
13. Estas palabras fueron aducidas contra Jesús en el tiempo de su juicio y crucifixión (Mat. 26: 61; 27: 40; Mar. 14: 58; 15: 59).
14. En la raíz de la palabra «edificación» (*oikodomé*), está la palabra casa/edificio (*oikos*).

12

Nehemías:
«cien
veces más»



¡Acuérdate de mí, oh Dios
mío, con respecto a esto,
y no borres las bondades
que hice por la casa de mi
Dios y por sus servicios!
(Neh. 13: 14, RVA2015)



EN 1556 ESCRIBÍA EL TEÓLOGO español Juan de Ávila en su libro *Audi, Filia*, que «aunque no hubiese infierno que amenazase, paraíso que convidase, ni mandamiento que constriñese, obraría el justo por amor de Dios».¹ Es posible que estas palabras sean la base de inspiración al autor anónimo del Soneto al Cristo Crucificado, que apareció por primera vez en 1628, en un libro cuyo original se ha perdido. Los versos ya son famosos en toda la cristiandad:

No me mueve, mi Dios,
para quererte
el cielo que me tienes
prometido,
ni me mueve el infierno
tan temido
para dejar por eso de
ofenderte.
Tú me mueves, Señor,
muéveme el verte
clavado en una cruz y
escarnecido,
muéveme ver tu cuerpo
tan herido,
muévenme tus afrentas y
tu muerte.
Muéveme, en fin, tu
amor, y en tal manera,

que aunque no hubiera cielo, yo te amara,
y aunque no hubiera infierno, te temiera.
No me tienes que dar porque te quiera,
pues aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.

Versos tan sublimes solo pueden salir de una persona cuya creación poética solo es superada por su devoción a Cristo. Con todo yo no creo que a Simón Pedro le hubiera gustado el poema. Él hizo clara sus intenciones cuando confrontó a Jesús diciendo: «Nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido. ¿Qué hay para nosotros?» (Mat. 19: 27). *Pedro esperaba una recompensa por su servicio*. Me llama la atención que Jesús no reprendió a Pedro, ¡ni le recitó el famoso poema! que acabamos de atisbar, ni nada por el estilo. La respuesta de Jesús fue simple y clara: «Les aseguro que [...] ustedes los que me han seguido, se sentarán sobre doce tronos para juzgar [...]. Y todo aquel que deje casas, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o campos por causa de mi nombre, recibirá cien veces más y heredará la vida eterna» (Mat. 19: 28-29).

Si Pedro no tuvo vergüenza en preguntar y Jesús no tuvo problemas en responder, yo creo que nosotros podemos tener una franca reflexión sobre las «recompensas» de la fidelidad a Dios. Pero antes de ir a la Biblia para nuestros puntos teológicos quiero que repasemos algunas historias de los reyes persas.

UNA COSTUMBRE PERSA

Los reyes persas tenían famas de ser muy agradecidos. El historiador griego Heródoto nos cuenta por ejemplo que «tan pronto como [el rey] Darío cruzó el Helesponto y vino a Sardes, recordó el buen servicio hecho a él por Histieo».² A una persona que mucho tiempo antes le había hecho un simple favor le dijo: «Tú fuiste quien me hiciste un presente cuando todavía yo no tenía poder; aunque este fue una cosa pequeña es digno de mi gratitud como si fuera un gran regalo. Toma como recompensa abundancia de oro y plata, y nunca te arrepientas del servicio que hiciste a Darío hijo de Histaspes».³

Heródoto dice que podía «mencionar muchos nombres de capitanes de barco [persas] que tomaron [en la batalla] barcos griegos».⁴

¿Cómo podía el historiador tener constancia de esos nombres? Unos capítulos más adelante él nos aclara: «Porque cada vez que Jerjes, sentado en la colina opuesto a Salamis llamada Aigaleo, veía cualquier hazaña (marítima) realizada por sus hombres en la batalla, él indagaba quién la había hecho, y sus escribas anotaban los nombres del capitán del barco, el nombre de su padre y de su ciudad».⁵

Al anotar las buenas obras de sus súbditos, los reyes persas mostraban que eran intensional y activamente agradecidos. De paso, es posible que esa gratitud sea parte de las leyes persas. Así, Diódoro Sículo nos describe casualmente un detalle: «Lo que Ctesias afirma está basado en los registros reales de los persas que, según una de sus leyes, ellos deben guardar un relato de los hechos antiguos».⁶ Eso sugería que los actos de gratitud hechos al rey quedaban registrados en los anales reales del palacio. Estas costumbres y tradiciones de gratitud de los persas pueden explicar las acciones del rey Asuero (Jerjes) en el libro de Ester. Al leer en los libros del palacio que en el pasado alguien le había salvado la vida, lo primero que preguntó fue: «¿Qué honra o qué distinción se le hizo a Mardoqueo por esto?» (Est. 6: 3). Al ser informado que «nada se ha hecho por él», de inmediato consultó a su hombre de confianza con la pregunta: «¿Qué se hará al hombre a quien el rey desea honrar?» (6: 3, 6).

LIBRO DE RECUERDOS

En esa historia de Ester se nos dan detalles interesantes. Cuando Mardoqueo advierte del complot para matar al rey, dice que «esto fue escrito en *el libro de las crónicas*, en presencia del rey» (Est. 2: 23). Tiempo más tarde, cuando el rey no puede dormir «pidió que le trajesen *el libro de las memorias*, las crónicas» del reino (Est. 6: 1). Este hecho muestra claramente que los «libros de memoria» no quedaban relegado al olvido en un archivo remoto del palacio. El rey revisaba constantemente los libros,⁷ y esa fue la razón por la que pudo recompensar a quien le había hecho bien.

Te menciono estos detalles sobre los reyes persas, porque su costumbre de escribir los hechos para luego recompensarlos *fue usada por Dios para comunicar un aspecto importante de cómo él trata con nosotros*. Por ejemplo, mientras Ester habla de un «libro de memorias»⁸ (Est. 6: 1) «en

presencia⁹ del rey» (Est. 2: 23), el profeta Malaquías, viviendo en el mismo tiempo de los persas, habla de un libro de memorias¹⁰ escrito «en presencia»¹¹ de Dios (Mal. 3: 16). Nuestro Señor no es menos agradecido que los reyes persas, y él tiene muy cerca de sí el sacrificio que sus hijos hacen en su nombre. Dios también tiene su «libro de memoria». Y si los reyes persas sabían pagar con plata y oro sus favores, nuestro Dios los supera «cien veces más». El salmista dijo: «Mis andanzas tú has contado: Pon *mis lágrimas ante ti*. ¿Acaso no están escritas en tu libro?» (Sal. 56: 8, RVA2015). Todo dolor y sufrimiento por causa de Cristo, toda lágrima derramada por su causa queda registrada en los anales del rey del universo para ser compensada en la eternidad.

En tiempos del profeta Malaquías muchos judíos, al contemplar en el mundo la falta de correspondencia entre la fidelidad a Dios y la prosperidad material, se decían unos a otros: «Está demás servir a Dios y no hay provecho en guardar su ley [...] pues los soberbios son felices y los impíos son prosperados» (Mal. 3: 14, 15). Dios consideraba estas palabras como muestras de rebelión contra él (vers. 14). Por otro lado, mientras los impíos murmuraban contra Dios, «los que temían a Jehová hablaron unos a otros» (Mal. 3: 16). No sabemos su conversación, pero el contexto sugiere que fue lo contrario a la de los impíos. Probablemente sus palabras fueron de aliento y de ánimo. Lo más importante fue que «Jehová prestó atención y escuchó» (3: 16). Dios está muy pendiente, él presta atención a las conversaciones de su pueblo.

Según el profeta, fueron precisamente esas conversaciones las que fueron escritas en «el libro de memoria para los que temen a Jehová y para los que toman en cuenta su nombre» (Mal. 3: 16). Eso indica que Dios recompensará no solo cada alabanza elevada a él, sino también cada palabra de ánimo que hablamos «entre nosotros».

NEHEMÍAS

Todo lo anterior es suficiente para introducir a Nehemías, personaje en cuyas acciones vamos a reflexionar hoy. Se trata de un hombre de Dios que también vivió en el tiempo de los reyes persas y es muy probable que haya sido un contemporáneo de Malaquías. Las historias y hazañas de Nehemías son muy conocidas. Con todo, vale la pena dedicar unos párrafos para recordarlas.

Nehemías gozaba de una posición de privilegio en el mismo palacio imperial, bajo el rey Artajerjes. Un familiar que vino de Judá le informó que «el remanente, los que han quedado de la cautividad en la provincia están en aprietos, y vergüenza. La muralla de Jerusalén está derribada y sus puertas quemadas a fuego» (Neh. 1: 3). Nehemías se entristeció, lloró y ayunó por su pueblo. Confesó a Dios sus pecados y los pecados de su pueblo, y le pidió a Dios que le permitiera comunicar al rey su preocupación (Neh. 1: 4-11). Dios hizo el milagro, el rey se mostró empático con Nehemías y le permitió regresar a su tierra, en Judá (Neh. 2: 4).

Cuando llegó a Jerusalén, Nehemías convenció a los líderes locales (Neh. 2: 11-20) y de una vez comenzó la obra de edificación (Neh. 3: 1-32). Pero cuando todo parecía marchar de maravillas, los enemigos de Dios y de su pueblo se levantaron airados con el objetivo de detener la obra. Primero se burlaron y menospreciaron lo que el pueblo hacía (Neh. 4: 1-2). Cuando eso no funcionó, entonces amenazaron (4: 13), chantajearon (Neh. 6: 4-7) y trataron no solo de engañar (6: 10) sino de matar a Nehemías (6: 1, 2) y al pueblo que construía (4: 7, 8).

En cada caso Nehemías actuó con sabiduría, valentía y dependencia de Dios (Neh. 6: 3, 9, 11). En solo cincuenta y dos días la muralla de Jerusalén fue levantada. «Y sucedió que cuando nuestros enemigos oyeron esto, y lo vieron todos los pueblos de nuestros alrededores, se sintieron muy humillados ante sus propios ojos y se dieron cuenta de que esta obra había sido llevada a cabo por nuestro Dios» (Neh. 6: 16).

Pero Nehemías no se detuvo al terminar la construcción material. El muro caído era una imagen de un pueblo en ruinas. El rico abusaba del pobre, se cometían toda clase de injusticias y, sobre todo, no se cumplían los requerimientos del Señor. Nehemías dio el ejemplo renunciando a sus privilegios de gobernador (Neh. 5: 14-19) y así eliminó la explotación de los pobres, devolviéndoles su propiedad y prohibiendo la usura (5: 1-13). Luego instruyó al pueblo en la ley de Dios (Neh. 8: 1-18), en nombre del pueblo confesó los pecados (Neh. 9: 1-37) y motivó a que todos se comprometieran a ser fieles (9: 38-10: 39).

No cabe duda de que Nehemías era precisamente el hombre que Dios necesitaba para cumplir sus propósitos en ese momento de crisis. Y la historia muestra que Nehemías hizo precisamente lo que Dios

esperaba. Yo estoy seguro de que si «el tiempo» no le hubiera «faltado» al autor de la Carta a los Hebreos, en su galería de héroes de fe (Heb. 11), encontraríamos algo así como «por la fe Nehemías levantó las murallas y al pueblo de Dios que estaba caído».

ACUÉRDATE DE MÍ

El punto que quiero resaltar en la historia de Nehemías se refiere a una oración que él siempre eleva a Dios. Él es notorio entre los personajes bíblicos por pedirle a Dios que se acuerde de lo que él ha hecho, presumiblemente reclamando una recompensa divina. Como gobernador, a Nehemías le tocaba ser sostenido por los impuestos del pueblo, pero Dios lo había bendecido, y él renunció a sus privilegios para no cargar al pueblo empobrecido. Nehemías nos informa que durante todo el tiempo de su posición oficial «ni yo ni mis compañeros comimos del pan del gobernador», «porque la carga del pueblo era pesada» (Neh. 5: 14, 18). Al terminar de contarnos ese detalle, Nehemías clamó a Dios: «*Acuérdate de mí para bien, oh Dios mío, de todo lo hecho por este pueblo*» (5: 19).

Cuando en su ausencia el pueblo se descuidó y no cumplió con sus compromisos de traer los diezmos y ofrendas a Dios, Nehemías resolvió la situación de inmediato (Neh. 13: 6-13). Al finalizar su reporte oró a Dios y dijo: «*¡Acuérdate de mí, oh Dios mío, con respecto a esto, y no borres las bondades que hice por la casa de mi Dios y por sus servicios!*» (13: 14, RVA2015). Nota que el acto de «borrar» implica que Nehemías pensaba que sus buenas acciones estaban guardadas en el «libro de las memorias» en el cielo.

Luego Nehemías purificó a los levitas y corrigió la violación del sábado: «*También por esto acuérdate de mí, Dios mío, y perdóname según la grandeza de tu misericordia*» (Neh. 13: 22). Y después de mencionar otras reformas, este hombre de Dios termina su libro con la exclamación: «*¡Acuérdate de mí, Dios mío, ¡para bien!*» (13: 31).

En la Biblia, la acción de Dios «acordarse» conlleva esperar que Dios actúe de acuerdo con su pacto y cumpla su promesa de liberación y restauración del pueblo (Gén. 8: 1; 9: 15; 19: 29; Éxo. 2: 24; 6: 5; Sal. 105: 8, 42; 106: 45). Nehemías tomó este sentido de la frase, pero le dio un matiz personal. No le pidió a Dios que se acuerde del pueblo, sino que se acuerde de él. Dios había cumplido su promesa al pueblo *por medio de*

Nehemías. En este caso entonces, el pedir a Dios que se «acuerde» no era pedir que Dios cumpliera su promesa, sino que lo recompensara *por haber hecho posible que Dios cumpliera su promesa*.

PARADOJAS DE SALVACIÓN Y JUICIO

Al hablar de «recompensas» eternas para los que sirven a Dios entramos en un tema que para muchos crea dificultad. «*La salvación es un regalo*», dicen algunos. «*Las obras buenas que hacemos no tienen nada que ver con nuestra entrada al cielo*», dicen otros con mucha razón. «Si hay recompensas en el cielo entonces algunos tendrían más y otros menos, lo que haría del cielo un lugar de competencia, o a lo menos de desigualdad», me dijo un amigo teólogo.

Yo estoy seguro de que parte del problema reside en nuestra dificultad para tratar con paradojas. Por ejemplo, cuando encontramos dos afirmaciones verdaderas pero que parecen contradecirse, nuestra primera reacción es reconciliarlas; pero si esa reconciliación se nos hace difícil naturalmente nos inclinamos a afirmar una de esas verdades y a negar la otra según nuestra conveniencia.

Una característica de un verdadero pensador cristiano es *humildad* para reconocer que no tiene todas las respuestas, y *obediencia* para seguir afirmando lo que él sabe que Dios ha dicho aún le parezca contradictorio. Por ejemplo, la Biblia enseña que la salvación solo es posible por medio de la fe en Cristo¹² y que el pecador es declarado justo basado, no en lo que es o hizo, sino en lo que Cristo hizo y hace por él.¹³ Esa declaración de justicia es efectiva para el pecador al momento de creer¹⁴ y afecta el resultado del juicio final.¹⁵ En todo este proceso, las obras buenas o malas, pasadas o futuras del creyente no tienen ningún valor o mérito.¹⁶

Pero también es cierto que seremos juzgados por lo que hemos hecho (Rom. 14: 12; 2 Cor. 5: 10; 1 Ped. 1: 17; Apoc. 2: 23), y que «es necesario que todos» (incluyendo los ya justificados) «*comparezcamos ante el tribunal de Cristo*, para que cada uno reciba según lo que haya hecho por medio del cuerpo, sea bueno o malo» (2 Cor. 5: 10). En ese juicio Dios «pagará a cada uno conforme a sus obras» (Job 34: 11; Sal. 62: 12; Prov. 24: 12; Jer. 17: 10; 32: 19; Mat. 16: 27; Rom. 2: 16; 1 Cor. 3: 8; Apoc. 22: 12). ¿Cómo puede esto ser reconciliado con la doctrina de

La idea de que en el cielo habrá recompensas y que estas variarán de una persona a otra, aunque rechazada por algunos y abusada por otros, ha sido una enseñanza cristiana importante desde los tiempos primitivos.

la justificación por la fe? La respuesta es difícil y no es mi propósito dar una ahora. Pero, aunque yo no sepa cómo conciliar esas realidades estoy obligado a *aceptar ambas verdades*.

RECOMPENSAS

La idea de que en el cielo habrá recompensas y que estas variarán de una persona a otra, aunque rechazada por algunos¹⁷ y abusada por otros,¹⁸ ha sido una enseñanza cristiana importante desde los tiempos primitivos.¹⁹ Lutero²⁰, Calvino²¹ y Wesley²² la enseñaron, así como las principales corrientes de teología protestante desde entonces.²³ Pero lo más importante es que la idea tiene un sólido fundamento bíblico. Por ejemplo, a todos los que leen los Evangelios les es claro que Jesús prometió recompensas reales para sus discípulos.²⁴ «Gozaos y alegraos, porque vuestra *recompensa* es grande *en los cielos*» (Mat. 5: 12). Por favor, nota que la recompensa no es «*el cielo*», sino una recompensa [adicional] «*en el cielo*».

Esas recompensas pueden variar de un redimido a otro. «Y él le dijo: Muy bien, buen siervo; puesto que en lo poco has sido fiel, tendrás autoridad *sobre diez ciudades*. Vino el segundo y dijo: Señor, tu mina ha hecho cinco minas. También a este le dijo: Tú también estarás *sobre cinco ciudades*» (Luc. 19: 17-19).

El apóstol Pablo también enseñó la realidad de recompensas diferentes por el servicio que prestamos a Dios²⁵. «El que planta y el que riega son una misma cosa; *aunque cada uno recibirá su recompensa conforme a su propia labor*» (1 Cor. 3: 8, RVA2015). Según el apóstol Juan,

nuestra negligencia en el ministerio nos puede privar, no necesariamente de la salvación, sino de ciertas recompensas que Dios tiene para los fieles. «Tengan ustedes cuidado, para *no perder el resultado de nuestro trabajo, sino recibir su recompensa completa*» (2 Juan 1: 8, DHH).

VERDADES QUE HACEN TEMBLAR

Este estudio no pretende ser exhaustivo, pero sería muy incompleto si no refiere a lo que dice Pablo en 1 Corintios 3.²⁶ Este texto ha desempeñado un importante papel en mi vida por lo que te invito a que lo leas con mente atenta y corazón temeroso: «Si alguien edifica sobre este fundamento con oro, plata, piedras preciosas, madera, heno u hojarasca, la obra de cada uno será evidente, pues el día la dejará manifiesta. Porque por el fuego será revelada; y a la obra de cada uno, sea la que sea, el fuego la probará. Si permanece la obra que alguien ha edificado sobre el fundamento, *él recibirá recompensa*. Si la obra de alguien es quemada, *él sufrirá pérdida; aunque él mismo será salvo, pero apenas, como por fuego*» (1 Cor. 3: 12-15, RVA2015).

Estos versículos inspirados nos enseñan dos grandes verdades. La primera es que existe una recompensa en el cielo para cada uno de los redimidos, y esta corresponderá a la naturaleza de su servicio a Cristo. Usando la imagen del agricultor, el apóstol había dicho antes: «El que planta y el que riega son una misma cosa; *aunque cada uno recibirá su recompensa conforme a su propia labor*» (1 Cor. 3: 8, RVA2015).

Ahora, usando la imagen del constructor, dice que, en el edificio, cuyo fundamento es Cristo, algunos pueden poner materiales de buena calidad (oro, plata, piedras preciosas, madera), mientras que otros pueden construir con malos materiales (paja y hojarasca). Pero en el día del juicio se «revelará» lo que realmente fuimos y somos. Solo recibirán recompensa aquellos cuya obra tenga repercusiones eternas. «Si permanece la obra que alguien ha edificado sobre el fundamento, *él recibirá recompensa*».

La segunda gran verdad se desprende de la primera. *Aunque nos salvemos, si Dios no aprueba lo que hicimos en la tierra ni nuestro ministerio, sufriremos una pérdida eterna*. «Si la obra de alguien es quemada, *él sufrirá pérdida; aunque él mismo será salvo, pero apenas, como por fuego*». De seguro que tú, como yo, has oído frases como: «Eso no es de salvación»,

«Yo no me voy a perder por eso». Pero las palabras inspiradas del apóstol son una advertencia contra todo tipo de mezquindad espiritual. Mucho del esfuerzo y trabajo que ofrecemos a Dios es mediocre y contaminado con intereses personales. El deseo de grandeza, posición y ganancias es una plaga entre los llamados cristianos. A muchos que han trabajado por falsos motivos, Dios les dirá: «Ya tuviste tu recompensa».

El templo que le hemos dedicado a quien nos redimió está hecho de paja y no es digno del Dios del cielo. El fuego del juicio final destruirá mucho de nuestra obra mediocre y egoísta. La eternidad, antes que borrar las consecuencias de nuestra simulación, nos dará la sensibilidad para comprender su magnitud. Esa será una razón más para alabar a Dios al comprender que en realidad no merecíamos ser salvos.

Hoy, al repasar esas solemnes palabras apostólicas siento la inspiración en mi alma de dar lo mejor que Dios ha puesto en mí para su servicio. No habrá esfuerzo muy grande, desafío tan difícil, que yo no lo quiera hacer para gloria de mi Dios. El Señor me ha dado, y a ti también, mi hermano, la oportunidad de construir algo que soporte la eternidad. Por la gracia y el poder de Cristo, yo seré todo lo que él quiere que yo sea, haré todo lo que él quiere que yo haga, soportaré lo que él quiere que soporte, y aspiraré al ideal más alto que él tiene para mí.

Sí, mi amigo, yo espero una «recompensa grande en el cielo». Yo quiero mi «galardón completo». Tomando las imágenes del libro de Ester, yo quiero que un ángel me pasee ante el universo, como Amán a Mardoqueo, y que un pregonero proclame: «Así se hace con el hombre a quien Dios quiere honrar». Es cierto que no es el deseo de ser recompensado, sino el amor lo que debe motivar al cristiano (1 Cor. 13: 7; 2 Cor. 5: 14). Es cierto que todo lo que somos lo hacemos por su poder y gracia (Fil. 4: 13), pero si Dios me ha prometido recompensas por lo que hago por su gracia y poder, sería presunción no esperarlas.

Yo sí espero ser recompensado y hoy le digo a Dios con Nehemías: «¡Acuérdate de mí, oh Dios mío, y no borres las bondades que hice por la casa de mi Dios y por sus servicios!». Y a ti, mi querido hermano y hermana, solo les digo que sigan «constantes y firmes, abundando siempre en la obra del Señor, sabiendo que vuestro arduo trabajo en el Señor no es en vano» (1 Cor. 15: 58).

REPASEMOS UN POCO

Hemos concluido la lectura del capítulo 12, y durante esta lectura hemos reflexionado sobre el interesante tema bíblico de las recompensas que Dios promete a sus hijos fieles. Destaquemos algunas de las enseñanzas más relevantes de este capítulo:

- Malaquías 3:16 nos revela que Dios tiene un libro de memoria, no porque necesite recordar, sino para enfatizar que no olvida ni deja sin recompensa el sacrificio y las obras de amor realizadas por sus hijos. Malaquías utiliza la imagen de los libros de registro persas para comunicar una gran verdad espiritual: **Dios recompensa las buenas obras que hacemos para el avance de su reino.**
- La idea de que no vale la pena servir a Dios porque en este mundo los impíos prosperan es considerada una rebelión contra él. La Biblia nos dice que Dios recompensa a aquellos que le sirven, ofreciéndoles cien veces más en esta tierra y la vida eterna en el siglo venidero (Mat. 19: 29), contrarrestando la noción de que **Dios es insensible al amor y servicio de sus hijos.**
- El hábito de Nehemías de pedir a Dios que recordara sus actos a favor de su causa muestra a un hombre que no trabaja primariamente motivado por la recompensa, sino que cree en la promesa de Dios y expresa su fe pidiendo que se cumpla en él. **Al pedir recompensas con fe, honramos al Señor y demostramos nuestra confianza en sus promesas,** las cuales están en la Biblia para animarnos y motivarnos a seguir adelante hasta la victoria final.

Algunas preguntas para reflexionar:

- 2 Juan 1: 8 nos anima a asegurarnos de recibir la recompensa completa del Señor. **¿Es posible ser salvo y, aun así, perder algunas recompensas que Dios quiere darnos? ¿Podrías mencionar algunas recompensas que podríamos perder, aunque llegemos a ser salvos?**
- En 1 Corintios 3: 12-15, Pablo enseña que cada redimido recibirá una recompensa correspondiente a la naturaleza de su servicio para Cristo. **¿Qué nos enseña esto acerca de la actitud con la que debemos servir a Cristo?**





- **¿Te sentirías feliz si tuvieras que hacer la misma oración de Nehemías: «Acuérdame de mí, Dios mío»?**
- **¿Cuál de estos materiales simboliza mejor el servicio que damos al Señor: oro, plata, piedras preciosas, madera, heno u hojarasca?**

1. Beato Juan de Ávila. *Obras Espirituales del Padre Maestro Beato Juan de Ávila*. (Madrid: Apostolado de la Prensa, 1941), pp. 161, 162.
2. Heródoto . *Historia*. v, 11. (cf. ix, 107).
3. Heródoto. *Historia*. iii, 140.
4. Heródoto. *Historia*. viii, 85.
5. Heródoto. *Historia*. viii, 90.
6. Diodoro Sículo, *Biblioteca de Historia*. ii, 32.
7. En una obra del siglo tercero, o inicios del segundo siglo, a. C., se pregunta: «¿En qué asunto deben los reyes dedicar más de su tiempo?»; y la respuesta es: «en leer y estudiar los registros oficiales» (*Cartas de Aristeas*, 283).
8. *zefer zikronot*.
9. *pane*.
10. *zefer zikkaron*.
11. *pane*.
12. (Rom. 1: 16; 3: 22; 4: 5).
13. (Rom. 3: 23-26; 4: 17, 23; 5: 1; 8: 34).
14. (Juan 6: 47; Rom. 4: 1-3, 10-12, 17).
15. (Juan 3: 18; 5: 24).
16. (Rom. 3: 20, 28; Efe. 2: 9; 2 Tim. 1: 9; Tito 3: 5).
17. Craig L. Blomberg, «Degrees of reward in the kingdom of heaven», *Journal of the Evangelical Theological Society* 35, n.º. 2 (1992), pp. 159-172.
18. Cualquier verdad en manos de una mala teología es deformada. La verdad de grados de recompensa se presta al mismo mal uso como por ejemplo en las teologías del «evangelio de la prosperidad» y de «señorío».
19. Attilio Rossi, «Differences of Reward in Heaven: The Development of the Doctrine from the Fathers to the Definition at the Council of Florence», *Lumen* 8, n.º. 1, 2 (2020), pp. 75-103.
20. Un excelente estudio sobre la relación de la recompensa, los méritos y la fe en Lutero lo presenta el teólogo adventista Johann Heinz, «Luther's doctrine of work and reward», *Andrews University Seminary Studies* 22, n.º. 1 (1984), pp. 45-69.
21. Ver por ejemplo *Instituciones*, libro 3, capítulo 18 in John Calvin, *Institute of the Christian Religion*, trans. F. L. Battles, vol. 2, ed. J. T. McNeill (Louisville, Kentucky: Westminster John Knox Press, 2006), pp. 821-832.
22. Por ejemplo el Sermón 99, «la recompensa de los justos», en John Wesley, *The Works of the Rev. John Wesley*, vol. 7. Sermons on several occasions (London: John Mason, 1856), pp. 121-132. En sus notas sobre 1 Corintios 3: 14 habla de un «peculiar grado de gloria» como recompensa.

23. Emma Disley, «Degrees of glory: protestant doctrine and the concept of reward», *The Journal of Theological Studies* 42, n.º. 1 (1991), pp. 77-105. Russell Pregeant, «Grace and Recompense», *Journal of the American Academy of Religion* 47, n.º. 1 (1979), pp. 73-96.
24. Mateo 5: 11, 12; 6: 1-4, 20; 10: 41; 19: 27-30; Lucas 16: 9. Ver G. De Ru, «The Conception of Reward in the Teaching of Jesus», *Novum Testamentum* 8, n.º. 2/4 (1966), pp. 202-222, y Blaine Charette, *The Theme of Recompense in Matthew's Gospel*, The Library of New Testament Studies, (Sheffield: JSOT Press, 1992).
25. La obra clásica sobre el tema en Pablo es de Floyd V. Filson, *St. Paul's Conception of Recompense*, ed. H. Windisch, Untersuchungen zum Neuen Testament, (Leipzig: J. C. Hinrichs'sche Buchhandlung, 1931).
26. Para un útil entendimiento de estos versículos, recomiendo los siguientes artículos: Daniel Frayer-Griggs, «Neither Proof Text nor Proverb: The Instrumental Sense of δία and the Soteriological Function of Fire in 1 Corinthians 3.15», *New Testament Studies* 59, n.º. 4 (2013), pp. 517-534; Alexander N. Kirk, «Building with the Corinthians: Human Persons as the Building Materials of 1 Corinthians 3.12 and the "Work" of 3.13-15», *New Testament Studies* 58, n.º. 4 (2012), pp. 549-570; Ronald Herms, «"Being Saved without Honor". A Conceptual Link between 1 Corinthians 3 and 1 Enoch 50?», *Journal for the Study of the New Testament* 29, n.º. 2 (2006), pp. 187-210; Harm W. Hollander, «The Testing by fire of the buiders's work. 1 Corinthians 3: 10-15», *New Testament Studies* 4, n.º. 1 (1994), pp. 89-104; John Proctor, «Fire in God's House. Influence of Malachi 3 in the New Testament», *Journal of the Evangelical Theological Society* 36, n.º. 1 (1993), pp. 9-14; Jay Shanor, «Paul as master buider. Construction terms in First Corinthians», *New Testament Studies* 34, n.º. 3 (1988), pp. 461-471.

13

Isaías:
en la presencia
de lo sagrado



He aquí que esto ha
tocado tus labios;
tu culpa ha sido quitada,
y tu pecado ha sido
perdonado
(Isa. 6: 7, RVA2015)



«SANTO, SANTO, SANTO, JEHOVÁ de los ejércitos; la tierra entera está llena de su gloria [...], santo, santo, santo». El Poder del cielo ha entrado en concilio y el universo calla en expectación. El esplendor de su gloria, la profundidad de su presencia y la excelencia de su ser crean un sentido de misterio, miedo y asombro que arranca de seres ya perfectos el susurro de «santo, santo...». Es como si reconocieran un abismo de «santidad» separando su presunta «santidad» de la «santidad» y perfección infinitas del ser y carácter divinos.¹ El canto sublime se interrumpe con el trueno del clamor divino: «¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros?». Innumerables seres se acercan queriendo complacer a su Rey, pero en la insistencia divina infieren que, a pesar de su perfección, ellos no son idóneos.

Mientras tanto, aquí en la tierra, el león asirio salía de su guarida causando temor entre las naciones.² Las sospechas no eran gratuitas en Palestina, donde pronto amenazarían al sur y pondrían fin al reino del norte. Para colmo, el rey que había fortalecido a Judá acababa de morir.³ Un joven se dirige al templo, llevado tal vez por el deber religioso. El sacerdote estaba oficiando, orando, quien sabe, por la supervivencia de la nación. Mientras se acerca a la multitud expectante, las voces y cantos se amplifican. Una nube

luminosa cubre el templo y, tratando de descubrir su origen, sus ojos se elevan lentamente y se transmutan más allá de lo mundano.⁴

De repente Isaías descubre que está ante el mismo trono de Dios. Seres misteriosos lo rodean y en reverencia se protegen de la presencia de Jehová. En tono sublime y poderoso que hace temblar al templo, los serafines intercambian sus alabanzas al Rey: «Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; la tierra entera está llena de su gloria» (Isa. 6: 1-4). En movimiento involuntario sus labios susurran como si quisieran unirse a las voces celestiales. De repente un rayo de conciencia lo despierta y se acuerda que sus labios son «impuros» para adorar al «Santo». Una convicción aterradora se apodera de él mientras clama: «¡Estoy acabado!». Él pertenece a la esfera de lo «impuro» y ha permitido que sus ojos descubran al «rey, Jehová de los ejércitos» (Isa. 6: 5).

Tiempo después, cuando recontaba la escena, el profeta hizo notar que la visión ocurrió «en el año que murió el rey Uzías» (Isa. 6: 1). La amenaza de muerte ante la presencia de Dios le recuerda al profeta la tragedia del rey que acababa de morir.

UZÍAS

Uzías fue un rey de quien el cronista sagrado dijo que «hizo lo recto ante los ojos de Jehová» (2 Crón. 26: 4). El secreto de su éxito fue que «se dispuso a buscar a Dios [...] y en el tiempo en que buscó a Jehová, Dios lo prosperó» (26: 5). Uzías, como estadista fue un rey sabio, quien organizó un ejército grande y efectivo (2 Crón. 26: 11-14), dotado de la última tecnología (26: 15) con la que conquistó difíciles objetivos militares (26: 6-8). Debido a que «era amante del suelo» creó una sólida infraestructura para la producción agrícola (26: 9, 10).

Por sobre todas las cosas, Uzías fue un constructor. Él *edificó* (*bnh*) la ciudad de Eilat, (2 Crón. 26: 2), «*edificó* (*bnh*) ciudades en Asdod, y en la tierra de los filisteos» (26: 6), «*edificó* (*bnh*) torres en Jerusalén» (26: 9) y «*edificó* (*bnh*) torres en el desierto» (26: 10).⁵ El texto dice que «su fama» [*sem*, literalmente *nombre*] se extendió lejos, porque fue ayudado maravillosamente, *hasta*⁶ hacerse poderoso» (2 Crón. 26: 15). «Pero cuando se hizo fuerte, su corazón creció (orgullosa) para su destrucción» (26: 16). La insistencia del texto en el verbo «edificar» (2 Crón. 26: 2, 6, 9, 10) relacionado con «torres» (26: 10),



El hecho de que los serafines proclaman ante Dios su santidad y ante Isaías su perdón, indica que la santidad de Dios se manifiesta perdonando al pecador.

la «fama/nombre»⁷ que resulta del proyecto de edificación (26: 15), el crecimiento en prosperidad y fuerza, y el límite divino impuesto sobre este crecimiento con la ruina/destrucción del rey (26: 16), nos recuerdan otra historia bíblica.

TRASPASANDO LOS LÍMITES

«Y dijeron: Vamos, *edifiquémonos* una ciudad y *una torre*, cuya cúspide llegue al cielo; y hagámonos *un nombre*, por si fuéremos esparcidos sobre la faz de toda la tierra» (Gén. 11: 4, RVA). Aquí otra vez encontramos un proyecto de edificación de una torre que pretende resultar en fama/nombre para sus constructores. *Así la historia del rey Uzías es modelada aludiendo a la historia de la edificación de la torre de Babel en Génesis 11.*

Para entender el sentido de la historia de Babel debemos recordar tres puntos importantes. *En primer lugar*, el trasfondo de la historia hace alusión a las populares pirámides escalonadas, comunes en la antigua Mesopotamia, los llamados «zigurat». Un zigurat es un tipo de torre con un templo en la cúspide donde se colocaban las imágenes de los dioses. La historia en Génesis ve en esas edificaciones el intento profano de los hombres en llegar a la esfera de lo divino por medio de su propia «edificación». *En segundo lugar*, debemos recordar que la historia de Babel es el último drama en una sección bíblica que comienza con la creación del

hombre y su colocación en el Edén (Gén. 1-3). El pecado de Adán y Eva fue intentar ser «como Dios» (Gén. 3: 5, 22) y el plan de los edificadores de Babel fue construir una torre «cuya cúspide llegue al cielo», es decir, traspasar la esfera divina (Gén. 11: 4). Así, Génesis 1-11 se abre y se cierra mostrando que el hombre ha renunciado a su lugar en la jerarquía de la creación, pretendiendo llegar al nivel de Dios. *El tercer punto* que estas historias enseñan es que Dios no permite que su espacio sea invadido. Cuando el hombre usurpó el derecho divino y cruzó el límite impuesto, fue expulsado del paraíso (Gén. 3: 22-24). De la misma manera, Dios interrumpió la construcción de la torre confundiendo a sus edificadores (Gén. 11: 6-9).

Es interesante observar que el *plural divino* (compare con Gén. 1: 26), se usa en ambas historias. «Y dijo Jehová Dios: He aquí el hombre es como *uno de nosotros*, sabiendo el bien y el mal» (Gén. 3: 22). De la historia de Babel se nos dice: «Y dijo Jehová [...] *descendamos, y confundamos* allí su lengua» (11: 6, 7, RVA). Es decir, es el *concilio divino* que reacciona tanto al pecado en Edén como al pecado en Babel. *En ambos casos las acciones de los hombres constituyen una amenaza contra la esencia de la Deidad.*

LA TORRE DEL ORGULLO

Es sabido que el profeta Sofonías alude a la historia de Babel. Tanto Génesis 11 como Sofonías 3 tienen como foco «toda la tierra» (Gén. 11: 3, 4, 8, 9; Sof. 3: 8). El profeta vaticina un tiempo cuando las acciones divinas en Babel serán revertidas. Por ejemplo, mientras que a los constructores de la torre «los *dispersó* Jehová de allí sobre la faz de toda la tierra» (Gén. 11: 8), en Sofonías el plan de Dios es «*reunir* las naciones y *juntar* los reinos» (Sof. 3: 8).

Al principio de la historia de Babel, «toda la tierra tenía un solo idioma y las mismas palabras» (Gén. 11: 1). Esto cambia al final cuando Dios «confundió allí el lenguaje de toda la tierra» (11: 9). En Sofonías, al contrario, Dios promete dar «a los pueblos *un lenguaje puro* para que todos invoquen el nombre de Jehová y le sirvan *de común acuerdo*» (Sof. 3: 9). Mientras que los constructores de la torre quieren «hacer un nombre» por ellos mismos (Gén. 11: 4), los redimidos en Sofonías

serán «un pueblo humilde y pobre, el cual se refugiará en el nombre de Jehová» (3: 12).

Los dispersos (*pwts*) en la torre de Babel (Gén. 11: 8) son un tipo del pueblo de Dios disperso en toda la tierra, pero que Dios quiere reunir. «Desde más allá de los ríos de Etiopía me traerán ofrenda los que me invocan en medio de la *dispersión*» (Sof. 3: 10). Pero todo esto nos lleva a un descubrimiento interesante. Sigamos con Sofonías: «En aquel día no serás avergonzada por ninguno de tus actos con que *te rebelaste* contra mí, porque entonces quitaré de en medio de ti a los que se alegran en su *soberbia*. Y nunca más te *ensoberbecerás* en el monte de mi santidad» (3: 11).

Para Sofonías, por analogía al pecado de Israel, el pecado en Babel fue el «orgullo» y la «soberbia».⁸ Mientras que los constructores de Babel pretendieron llevar su arrogancia al nivel de Dios, los israelitas mostraron «soberbia en el monte de mi santidad», dijo Jehová.

PROFANANDO LO SAGRADO

Habiendo entendido el trasfondo de las acciones de Uzías, podemos volver a su historia. El rey prosperó «maravillosamente, hasta hacerse poderoso» (2 Crón. 26: 15). «Mas cuando ya era fuerte, su corazón se enaltecó para su ruina; porque se rebeló contra Jehová su Dios, entrando en el templo de Jehová para quemar incienso en el altar del incienso» (26: 16). En Uzías encontramos a otro constructor que quiso invadir la esfera de lo sagrado. Los constructores de Babel colocarían un templo en la cima que culminaría su proyecto blasfemo. Así Uzías pensaba culminar su proyecto de edificación entrando a la esfera de Dios. «No te corresponde a ti, oh, Uzías, el quemar incienso a Jehová, sino a los sacerdotes hijos de Aarón, que son consagrados para quemarlo» (2 Crón. 26: 18), le advirtió Azarías.

Pero dispuesto a violar el límite que Dios había establecido, no hizo caso al consejo, y lleno de ira, «la lepra le brotó en la frente, delante de los sacerdotes en la casa de Jehová, junto al altar del incienso» (26: 20). «Y le miró el sumo sacerdote Azarías, y todos los sacerdotes, y he aquí la lepra estaba en su frente; y le hicieron salir apresuradamente de aquel lugar; y él también se dio prisa a salir, porque Jehová lo había herido. Así el rey Uzías fue leproso hasta el día de su muerte, y habitó

leproso en una casa apartada, por lo cual fue excluido de la casa de Jehová» (26: 20, 21).

La lepra era considerada como lo opuesto a la santidad (Lev. 13: 44, 45; 22: 4). Esa era la razón por la que el leproso no podía estar en el campamento de Israel (Lev. 13: 46; Núm. 5: 2). Adán y Eva por querer ser «como Dios» fueron «echados» del paraíso (Gén. 3: 23, 24). Los edificadores de Babel que quisieron llegar a la esfera divina fueron «dispersados» en la tierra (Gén. 11: 8, 9), y el rey Uzías por violar el límite de lo sagrado «fue excluido de la casa de Jehová» (2 Crón. 26: 21).⁹

El sumo sacerdote debía llevar a la presencia de Dios «una lámina de oro fino» que debía estar sobre la mitra, que a su vez debía estar «sobre su frente continuamente» (Éxo. 28: 36, 38). En la lámina estaba escrito «Santidad a Jehová» (28: 36). A eso alude la historia de Uzías cuando dice «y he aquí la lepra estaba en su frente» (2 Crón. 26: 20). En vez de santidad, Uzías ha encontrado la lepra. *Santidad no es cercanía a Dios, sino el respeto a sus límites.*

ISAÍAS EL LEPROSO

Todo lo anterior es la razón por la que Isaías data su encuentro con lo divino «en el año en que murió el rey Uzías» (Isa. 6: 1). Él, como el fallecido rey, ha cruzado más allá del límite, y por eso se describe a sí mismo como un leproso con «labios inmundos, habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos» (6: 5).¹⁰ La visión de Isaías (capítulo 6) está cuidadosamente organizada de forma que revela la gradación desde lo sagrado hasta lo profano.¹¹ El versículo 1 muestra al «Señor sentado sobre un trono, alto y sublime». Dios está en la cúspide de lo sagrado. Los versículos 2 al 4 describen a los serafines en contacto y adoración a Dios. Finalmente, el versículo 5 muestra a Isaías reconociendo su impureza.

Isaías no entra en contacto con Dios, pero sí los serafines. De la misma manera, al principio, solo los serafines entran en contacto con Isaías. Así los serafines cumplen el rol de intermediarios entre lo santo y lo profano. El siguiente cuadro puede ayudarnos a entender mejor Isaías 6:

Versículo 1	Jehová	Esfera de lo sagrado
Versículos 2-4	Serafines	Mediadores <i>entre lo santo y lo profano</i>
Versículo 5	Isaías	Esfera de lo profano

Por eso les toca a los serafines, como intermediarios, entrar en contacto con el inmundo Isaías. «Entonces voló hacia mí uno de los serafines trayendo en su mano, con unas tenazas, un carbón encendido tomado del altar. Y tocó con él mi boca, diciendo: He aquí que esto ha tocado tus labios; tu culpa ha sido quitada, y tu pecado ha sido perdonado» (Isa. 6: 6, 7, RVA2015). Esta progresión temática de lo santo a lo impuro y de lo impuro al perdón se muestra en una comparación de los principales bloques de textos en Isaías 6.¹² El primer bloque está compuesto de los versículos 1 al 4, mientras el segundo bloque se compone de los versículos 5 al 7.

Ambos bloques se inician reportando que Isaías ha visto a Jehová. En el versículo 1, Isaías dice «yo vi al Señor» y en el versículo 5 dice: «mis ojos han visto al Rey, a Jehová de los ejércitos». La segunda parte de cada bloque tiene que ver con los serafines. En el primer bloque se muestra a los serafines volando alrededor de Jehová (6: 2), mientras en el segundo bloque Isaías reporta que «voló hacia mí uno de los serafines trayendo en su mano, con unas tenazas, un carbón encendido tomado del altar. Y tocó con él mi boca» (6: 6, 7, RVA2015). Cada bloque termina con la voz de los serafines. En el primer bloque «el uno proclamaba al otro diciendo: ¡Santo, santo, santo es Jehová de los Ejércitos! ¡Toda la tierra está llena de su gloria! Los umbrales de las puertas se estremecieron con la voz del que proclamaba, y el templo se llenó de humo» (Isa. 6: 3, 4). En el segundo bloque los serafines proclaman el perdón de Isaías: «He aquí que esto ha tocado tus labios; tu culpa ha sido quitada, y tu pecado

ha sido perdonado» (6: 7, RVA2015). El siguiente cuadro muestra la relación entre los bloques de Isaías 6:

Primer bloque (6: 1-4)	Segundo bloque (6: 5-7)
Jehová es visto por Isaías (6: 1)	Jehová es visto por Isaías (6: 5)
Serafinos vuelan alrededor de Jehová (6: 2)	Serafinos vuelan alrededor de Isaías (6: 6, 7a)
Los serafines proclaman: «Santo, Santo, Santo» (6: 3, 4)	Los serafines proclaman: Isaías ha sido perdonado (6: 7b)

El hecho de que los serafines proclaman ante Dios su santidad y ante Isaías su perdón, indica que la santidad de Dios se manifiesta perdonando al pecador. Cuando la rebelión y la arrogancia hacen al hombre cruzar el límite de lo sagrado, la santidad de Dios los convierte en impuros destituidos de su presencia. Pero cuando en humildad y confesión nos dejamos elevar por Dios, su santidad nos redime, perdona y nos da acceso a su persona.

ENVÍAME A MÍ

Después de ser perdonado, Isaías oye «la voz del Señor que decía: —¿A quién enviaré? ¿Quién irá por nosotros? Y respondí: —Aquí estoy. ¡Envíame a mí!» (Isa. 6: 8, NVI). Debemos notar que aquí también, como en los varios lugares de Génesis citados anteriormente, aparece Dios como una pluralidad. Cuando Adán y Eva quisieron ser «como Dios», la pluralidad divina se manifestó para echar al hombre de su presencia. Cuando los hombres quisieron invadir la esfera de Dios en Babel, la pluralidad de Dios se manifestó para dispersarlos. Y ahora, cuando el profeta «impuro» ha entrado en contacto con la santidad divina, la pluralidad de Dios también se manifiesta. Pero ahora el intruso no es echado o dispersado, sino invitado a cumplir una misión. La forma del texto sugiere que Dios no ha tomado parte activa en lo que le ha ocurrido al profeta. Dios no habla al profeta, pero sigue en el diálogo de su concilio.

El perdón de Isaías ha ocurrido en el tiempo preciso para permitirle al profeta escuchar lo que Dios anda buscando.

El profeta no se demora y, como si Dios le hubiera preguntado a él, responde «Aquí estoy. ¡Envíame a mí!» (Isa. 6: 8, NVI). Dios acepta la disposición del profeta y le encomienda un mensaje especial para su pueblo (6: 9, 10).

Para muchos, la transformación divina consiste en convertir a los hombres de *pecadores perdidos* a *pecadores perdonados*. Pero el perdón divino es nuestra idoneidad para cumplir sus propósitos. Isaías entró a la presencia de Dios como un sucio y perdido pecador y salió del concilio divino como un perdonado y comisionado misionero. Mirando la condición de los cristianos hoy, parece que muchos, una vez reciben el perdón, cierran su oído a la voz de Dios que los llama a una tarea especial y nunca encuentran su lugar en el campo de servicio.

¿PERDIDOS O SILENCIADOS?

Antes de terminar nuestro estudio, debemos tratar el significado de una palabra que le da sentido a todo el capítulo 6. Ante su encuentro con lo divino el profeta exclamó: «¡Ay de mí, pues soy *muerto*!» (Isa. 6: 5, RVA2015). Al inicio de nuestra exposición yo traduje esa palabra como «acabado». El asunto es que la palabra que estamos tratando de traducir (*nidmeti*) proviene de una raíz hebrea (*dmh*) que puede ser la base de un verbo con el sentido de «estar destruido», «muerto», «desecho», «acabado» (Sal. 49: 13; Isa. 15: 1; Ose. 4: 6).

La exposición que hemos provisto provisionalmente se basa en esa traducción. Al entrar en la esfera sagrada como antes lo había hecho el rey Uzías, el profeta teme morir de la misma manera en que había muerto el rey. En ese sentido, Isaías 6: 5 (el temor a morir del profeta) cierra el tema de Isaías 6: 1 (el reporte de la muerte del rey). Por otro lado, la interjección hebrea «ay» usada por el profeta («ay de mí») se relaciona con el llanto fúnebre.¹³ Adicionalmente, la idea de que a Dios no se puede ver sin el riesgo de «morir» (Éxo. 33: 20) puede subyacer en la explicación del profeta de su terror: «porque han visto mis ojos a Jehová» (Isa. 6: 5). Sin embargo, tradiciones judías antiquísimas y traducciones primitivas¹⁴ entendieron la raíz como la base de la palabra «ser silenciado» (Sal. 62: 2, 6; 65: 2). El debate no se resuelve, aunque proponentes

de cada opción han declarado el problema resuelto a su favor.¹⁵ Personalmente creo que, lingüísticamente, la primera opción es más factible pero no hay datos suficientes para decidir el caso.

Me veo inclinado a aceptar la opinión de J. J. M. Roberts, que cree que la distancia semántica entre las dos opciones no es grande,¹⁶ que el profeta parece estar jugando con la ambigüedad del verbo¹⁷ y que debido a que Isaías 6: 5 es un clásico ejemplo de doble sentido, podemos fallar en apreciar el arte comunicativo del profeta resolviendo la ambigüedad exclusivamente con una opción.¹⁸

La opinión anterior me justifica a mirar el texto desde otra perspectiva sin excluir la primera opción. El profeta exclama: «¡Ay de mí, pues he sido *silenciado*!» (Isa. 6: 5). En el contexto del versículo mencionado, se puede interpretar que el dolor del profeta se debe a su silencio forzado, lo cual se vincula con la referencia a sus «labios inmundos» en el mismo versículo. Sin embargo, es importante considerar que, aunque el profeta afirma estar mudo, sigue hablando al expresar su incapacidad para hablar, lo cual sugiere que su imposibilidad para hablar tiene que ver con algo que va más allá de simplemente articular sonidos.

ADORACIÓN

Si incluimos estos detalles en nuestra búsqueda de sentido del texto, entonces una nueva perspectiva de lo que le pasa al profeta se abre ante nosotros. Confrontado con la belleza sublime de la santidad y gloria de Dios, el profeta no puede hacer más que *querer unirse a la adoración angelical*. Sin embargo, descubre que, *aunque puede hablar, no puede adorar*. Sus labios impuros *no le permiten confesar la santidad de Dios*. Adorar no es hablar *acerca de* Dios, es *hablarle a* Dios. Cuando creemos que adorar es decir cosas buenas y bonitas acerca de Dios, entonces hasta el diablo puede adorar. Pero si adorar es hablarle a Dios, entonces, la adoración requiere pureza y santidad.

La ironía es que estamos hablando de un profeta que tiene como oficio hablar acerca de Dios y dar mensajes en su nombre. Sin embargo, aunque recibe mensajes de Dios, *el profeta no es puro, y por eso no puede adorar*, es decir, hablarle a Dios. De ahí que las primeras palabras que oímos del profeta después de ser perdonado son dirigidas a Dios:

«Aquí estoy, envíame a mí». Antes, en su impureza, aunque oía a otras criaturas diciendo «santo», al profeta le era imposible oír la voz de Dios directamente buscando a alguien para enviar, y mucho menos responder al llamado divino. Pero ahora el profeta habla directamente a Dios.

Ahora bien, su rehabilitación a la adoración divina no lo hace parte del coro angelical. Cuando es perdonado Isaías no dice «santo, santo, santo», sino «envíame». La adoración verdadera no es solo una experiencia sobrehumana en la presencia de Dios, junto a los ángeles, sino entrega total a su servicio cumpliendo su propósito entre los hombres. Así, mis queridos amigos, solo la adoración de quien ha sido perdonado puede traspasar el límite que separa a Dios y a sus criaturas. Solo por medio de la auténtica adoración podemos cruzar a la esfera divina. Pero esa adoración es nuestra entrega total al servicio de Dios y a su causa.

Desde el templo, Isaías fue enviado a confrontar a un pueblo rebelde. Lo veremos enfrentando reyes, denunciando el pecado, resolviendo conflictos, trayendo esperanza, anunciando la llegada del Mesías. Finalmente, según una antigua tradición, el profeta moriría acerrado como un trozo de madera por el malvado rey Manasés. Pero en él no hubo vacilaciones, porque, una vez confrontado con la gloria de Dios, no podía parar de adorar, y cumplir la misión de Dios era su forma de decir «santo».



REPASEMOS UN POCO

Hemos llegado al final de este viaje. Si leíste con atención, habrás notado que es una buena conclusión para un libro que, a través de historias sobre personajes que fueron probados al confrontarse con valores eternos, nos ha hecho reflexionar en varios principios bíblicos aplicables a nuestro diario vivir. Permíteme compartirte algunas lecciones que debemos retener:

- La vivencia del profeta Isaías en este capítulo requiere ser considerada en el contexto de la historia del rey Uzías y el relato de la torre de Babel. Desde esta perspectiva, se presenta como un relato que ilustra la audacia humana al intentar alcanzar lo divino mediante sus propios medios, abandonando el lugar que Dios le ha asignado y sufriendo la expulsión de la presencia y santidad divinas. Esta narración aborda los límites que impone la existencia de Dios y la única vía para acceder a lo sagrado, a pesar de nuestra inmunda condición.
- La historia del rey Uzías nos enseña que la santidad no es intentar estar cerca de Dios, sino más bien respetar los límites que Dios establece. El rey pensó que debido a lo que había logrado, tenía el derecho de entrar en el templo y realizar funciones de un sacerdote sin autorización divina. En lugar de obtener santidad, obtuvo lepra, símbolo de la inmundicia del pecado. Dios no permite que su espacio sea invadido por nadie, ni que su posición en el universo sea disputada por ninguna criatura.
- La historia de Isaías nos muestra que la única forma de entrar en la esfera de lo sagrado es a través del arrepentimiento y la humildad que nos permiten recibir el perdón divino, la purificación del pecado nos habilitan para ser invitados a entrar a la esfera de santidad. Nos capacita para llevar a cabo su misión en su nombre.

Algunas preguntas para reflexionar:

- ***¿Qué actitudes hoy podrían indicar que también estamos intentando construir nuestra propia torre de Babel?***
- ***¿Por qué Isaías, a pesar de tener labios inmundos y vivir entre pecadores, pudo ver a Dios, entrar en su consejo, hablarle a Dios y salir a cumplir con la misión?***
- ***¿De qué manera asuntos como la observancia del sábado, la devolución de los diezmos, la adoración a Dios y el trabajo misionero representan formas en las que Dios nos invita a entrar en la esfera de lo sagrado?***

1. La repetición de la palabra «santo» indica el grado de santidad: Dios es infinita y excesivamente santo.
2. La visión se sitúa «en el año en que murió el rey Uzías», que es probablemente el 740 a. C. En ese tiempo el reino Asirio preparaba su expansión al oeste bajo el rey Tiglath-pileser III.
3. Me refiero a Uzías. 2 Crónicas 26: 1-15 describe los logros militares estratégicos de este rey. Que la visión ocurrió no solo en el año de la muerte del rey, sino también después de la muerte es deducido de Isaías 1: 1 y 14: 28.
4. La palabra traducida como «templo» (*hekal*) es común en el Antiguo Testamento (1 Sam. 1: 9; 3: 3; 22: 7) y puede también significar «palacio» (1 Rey. 21: 1; 2 Rey. 20: 18). Puede referirse a la morada terrenal o celestial de Dios (Sal. 11: 4; 68: 29; Miq. 1: 2). Debido a que Isaías usa la palabra «casa» (*bet*) para referirse al templo (6: 4) podía indicar el santuario en la tierra (Éxo. 23: 9; 34: 26; Jue. 18: 31). Pero toda la descripción del profeta no encaja con lo que sabemos del santuario en la tierra. Debemos recordar que los israelitas concebían una correspondencia entre los dos santuarios (Éxo. 25: 8, 9, 40) de naturaleza lineal (Isa. 66: 1).
5. Es interesante notar que la palabra para el muro de «Jabneh» en el versículo 6 (*ybnh*) es la misma raíz del verbo «construir» (*bnh*). El autor posiblemente quiere enfatizar el concepto de «edificar».
6. La preposición ‘*ad* tanto en sentido local como temporal implica un límite (Gén. 11: 31; Deut. 12: 9).
7. 2 Crónicas 26: 8 también dice que «su fama se extendió hasta los límites de Egipto». Según S. Japhet el énfasis en «nombre/fama» dado en Crónicas al rey Uzías lo hace resaltar entre todos los demás reyes de Judá mencionados en el libro. Sara Japhet, *I And II Chronicles. A Commentary*, The Old Testament Library, (London: SCM Press, 1993), p. 880.
8. El profeta usa las palabras hebreas *gaawat* y *gabah* respectivamente.
9. La Biblia revela que ser «echado fuera» es el destino de todo quien usurpa el derecho de Dios (Sal. 5: 10; Isa. 14: 12-19; Juan 12: 31; Apoc. 12: 9).
10. Isaías 1: 5, 6 describe la condición del pueblo como un tipo de lepra.
11. Lyle Eslinger, «The Infinite in a Finite Perception (Isaiah VI 1-5)», *Vetus Testamentum* 45, n°. 2 (1995), p.155.
12. George W. Savran, *Encountering the Divine. Theophany in Biblical Narrative*, ed. C. V. Camp and A. Mein, Journal for the Study of the Old Testament Supplement Series, (London: T&T Clark International, 2005), p. 107.
13. De los muchos estudios sobre “ay” yo recomiendo sobre todo Jacques Vermeulen, *Du prophète Isaïe à L’Apocalyptique. Isaïe, 1-35, miroir d’un demi-millénaire d’expérience religieuse en Israël*, 2 vols., Collection des dissertations présentées - Université Catholique de Louvain, (Paris: Librairie Lecoivre. J. Gabalda et Cie éditeurs, 1978), pp. 603-631.
14. La Vulgata, Septuaginta, Aquila, Símaco, Teodocio y el Targún favorecen variantes que apoyan la traducción ser «silenciado».
15. Por ejemplo, entre los principales comentadores J. D. Watts, L. Kohler. E Jenni, W. Eichrodt, G. Fohrer, O. Kaiser y H. Wildberger favorecen «ser silenciado»; mientras que G. B. Gray, E. Young, R. E. Clements, J. Blenkinsopp, B. Child favorecen «ser destruido».
16. J. J. M. Roberts, «Double entendre in First Isaiah», *Catholic Biblical Quarterly* 54, n°. 1 (1992), p. 44.
17. *Ibid.*, p. 45.
18. *Ibid.*, p. 46.